

BECCA DEVEREUX

• • • • •
Cuanto más lejos mejor,

mi amor



Cuanto más lejos mejor, mi amor

Becca Devereux

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux

© Por la portada: Alexia Jorques.

Índice

1. [El club de las solteras](#)
 2. [El nuevo candidato](#)
 3. [Un breve y accidentado tour](#)
 4. [¿Será posible!](#)
 5. [¿Tienes pareja?](#)
 6. [Hacer la pelota... o no.](#)
 7. [Hecha una furia](#)
 8. [¿Queeeeé?](#)
 9. [¿Quieres ser mi pareja?](#)
 10. [Eres toda una sorpresa](#)
 11. [De paquete](#)
 12. [Un sueño inconfesable](#)
 13. [Trabajo en equipo](#)
 14. [¿Qué te pone de buen humor?](#)
 15. [Y ahora, ¿estás mejor?](#)
 16. [Un baño](#)
 17. [Bailar pegados.](#)
 18. [Dulce despedida](#)
 19. [N de Noelia.](#)
 20. [I de ingenua](#)
 21. [Me debes una explicación](#)
 22. [Lolo... y lo que surja.](#)
 23. [¡Paso de ti!](#)
 24. [El único asiento libre](#)
 25. [No voy a perseguirte como un perrito faldero](#)
 26. [Aliados... y nada más.](#)
 27. [Un grupo de WhatsApp y un caco mental](#)
 28. [Dejándome llevar](#)
 29. [Me gusta estar contigo](#)
 30. [Una gymkana y una advertencia](#)
 31. [No me queda otra opción](#)
 32. [Una amiga es un tesoro](#)
 33. [¿Y a este qué le pasa?](#)
 34. [Un malentendido](#)
 35. [Lo más inesperado y extraordinario](#)
 36. [Como una pareja](#)
 37. [Un accidentado torneo de fútbolín](#)
 38. [Noelia](#)
- [El club de las solteras](#)

[Sobre mí](#)

[Y si te ha gustado este libro...](#)

1. El club de las solteras

Siete de la tarde de un domingo cualquiera. Como todos los domingos, me preparo para ir al club al que pertenezco desde hace dos años y medio. Siempre quedamos en el mismo bar. Lo regenta el hermano de Cris, una de las integrantes del club, y allí nos sentimos como en nuestra propia casa. ¿De qué va mi club? Bueno... es un poco raro de explicar. Solo te diré que hace dos años y medio mi vida era una auténtica mierda. Me quedé sola. Literalmente. Después de un desengaño amoroso del que prefiero no hablar, que conste que ya lo he superado, ejem, me vi más sola que la una y enterrando mis penas en helado de chocolate. Entonces me tropecé por casualidad con Lina, aunque yo sigo pensando que fue obra de mi ángel de la guardia, que después de ver lo mal que lo había pasado, decidió echarme un cable. Lina me presentó a Cris. Decían haber formado un exclusivo club que consistía básicamente en beber margaritas, despotricar del sexo contrario y apoyarnos mutuamente. El club de las solteras. ¿La única norma para entrar en él? No permitir, bajo ningún concepto, que un tío te volviese a romper el corazón. Lina tiene un dicho que repite constantemente para que no se nos olvide: el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. La mujer es más lista y la siguiente vez la esquiva.

Después llegaron Lola y María. Así, cuando nos dimos cuenta, éramos un grupo de seis mujeres que se apoyaban mutuamente entre sí. Dispuestas a dar una palmadita en la espalda de la otra cuando había tenido un día horrible, o a dar un tirón de oreja cuando una de nosotras cometía un error. Ese es nuestro club. Nos aconsejamos, nos reímos, bebemos margaritas y lo pasamos en grande. No hay excusa para no quedar porque aquel es, sin lugar a duda, el mejor día de la semana. Hablamos sin tapujos sobre sexo, trabajo o nuestros problemas. Nos escuchamos sin juzgar y nos divertimos de lo lindo. Tengo tal conexión con estas mujeres que ya las considero mi familia. Una familia de mujeres, algunas de ellas madres, otras separadas, triunfadoras o unas completas guerreras, que se escuchan sin juzgar y se quieren incondicionalmente. El club de las solteras donde el único requisito es aprender a vivir sin un tío porque, ¿de verdad tengo que decirlo? ¡Sola se está mejor!

Hoy estoy de buen humor. En realidad, todos los domingos lo estoy. Me lo paso genial con las chicas y estoy deseando conocer el último ligue con el que Lina se ha ido a la cama. Escuchar sus aventuras de Tinder es más entretenido que una telenovela de Netflix. Aunque también estoy preocupada por María y la crisis adolescente de su hija. A su ex le ha dado por hacer de “buen” padre y ahora intenta comprar a la niña con entradas a conciertos y ropa de marca. Pobre María, últimamente no levanta cabeza. Menos mal que ahí estamos nosotras para apoyarla. Estoy tan ensimismada en mis pensamientos que cruzo el paso de peatones sin mirar. Sucede tan deprisa que ni siquiera me da tiempo a pensar. Un fuerte golpe en la espinilla me tira de boca sobre la carretera. Escucho el derrape de unas ruedas y a alguien maldecir en voz alta. Y entonces sí que aúllo de dolor. Tengo la rodilla en carne viva y las palmas de las manos magulladas porque he conseguido apoyarlas antes de caerme al suelo. Uf, al menos no me he roto nada.

—¿Te encuentras bien?

Lanzo una mirada furiosa al motorista que acaba de atropellarme. Camiseta de un grupo de rock, vaqueros desaliñados y brazos tatuados. Menudas pintas. Me estoy poniendo de pie cuando

me agarra de la cintura.

—¿Qué haces? —le espeto furiosa, y me aparto de mala manera. Ni en broma permitiría que un tío con aspecto de malote me pusiera una mano encima—. ¿Primero me atropellas y luego me manoseas?

El motorista se sobresalta y retrocede. Se quita el casco y me observa con una mezcla de estupor y enfado. Esa mirada chulesca confirma mis peores sospechas. Es la clase de hombre que evito como la peste. No hay más que verlo.

—No te estaba sobando, intentaba ayudarte.

Sobando. Brrr... menuda palabra más desagradable. Pero qué se puede esperar de un hombre con semejante apariencia. ¿Qué tendrá? ¿Treinta años? Ni siquiera se ha afeitado. Por Dios, también tiene las manos tatuadas. Alguien debería decirle que le costará encontrar un trabajo decente con esa pinta de motorista greñudo. Ladea la cabeza y me dedica una sonrisa pretenciosa.

—¿Me quito la camiseta para que me veas mejor?

Pongo cara de asco.

—Ay, no. Ya he visto toda la mercancía y no hay necesidad de desenvolverla —me agacho para recoger mi bolso y no lo encuentro por ninguna parte—. Es culpa tuya. Deberías conducir con más cuidado.

—La furgoneta que hay aparcada delante del paso de peatones me ha cortado la visibilidad.

—Que excusa tan barata...

Cuando veo que sostiene algo en la mano, me pongo colorada al ver que es mi ropa interior. Tengo la absurda manía de llevar ropa interior de repuesto dentro del bolso. No sé para qué, si llevo tanto tiempo sin acostarme con alguien que a estas alturas podría volver a ser virgen. Toda la culpa la tiene Lina y sus consejitos sobre ir preparada por si acaso. El motorista sostiene mi tanga de encaje con un dedo y una sonrisa traviesa en los labios.

—Hagas lo que hagas ponte bra...

Se lo arrebato antes de que pueda terminar la frase. Menudo cretino. Encuentro mi bolso debajo de un coche y meto a toda prisa el resto de las pertenencias mientras él ni siquiera se digna a ayudarme.

—¿No me vas a decir cómo te llamas?

Me vuelvo hacia él con cara de póker. A ver ¿este tío de donde se ha escapado? Supongo que en algún lugar de su cerebro la única neurona que le queda ha debido de pensar que después de atropellarme lo podría encontrar remotamente atractivo.

—Claro, primero me atropellas y luego te digo mi nombre. ¿También quieres mi número?

—No estoy tan desesperado.

Le doy un empujón con el hombro para quitármelo de encima. Menudo energúmeno. Tampoco sé de qué me sorprende. En mi trabajo estoy acostumbrada a lidiar con tipos desagradables y ya debería estar curada de espanto.

—Espera, guapa.

Me vuelvo hacia él con cara de pocos amigos.

—No me llames guapa. Es sexista.

Me mira confundido y estoy a punto de reírme. Pobrecillo. Seguro que la palabra sexista no la conoce su reducido vocabulario.

—Te dejas tu juguetito.

Me lanza el estimulador de clítoris y está a punto de darme un infarto. Dios de mi vida, esto es el colmo. Lo cojo al vuelo, respiro profundamente y finjo no sentirme avergonzada. Soy una mujer

moderna que vive su sexualidad como le da la gana, ¿no?

—Gracias —respondo con fingida chulería.

—De nada, mujer. Pero si quieres llamar la atención del próximo desconocido que se te cruce, no hagas que te atropelle. Lo puedes invitar a un café. Es más efectivo.

Me meto el dedo en la boca y finjo vomitar. Él se ríe. Le doy la espalda y camino con decisión hacia el bar. Espero no volver a verlo en la vida.

—¡Adiós, guapa!

Me despido de él enseñándole el dedo corazón y lo escucho reírse más fuerte. Si es que... todos los tíos son iguales...

Cuando llego a nuestra mesa, la última del fondo con un desgastado sofá rojo, todas me miran horrorizadas. María se levanta con un pañuelo en la mano y hace de madre, como siempre.

—Llevo un botiquín en el bolso. No te muevas.

—No hace falta que...

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Lola.

—Un gilipollas en moto me ha atropellado —me dejo caer en el sofá con expresión resentida. Ahora me arrepiento de no haberlo puesto en su sitio—. ¡Estoy bien!

María hace caso omiso a mis quejas y me desinfecta la herida de la rodilla.

—Y luego dirán aquello de: *¡mujer tenías que ser!* Cuando nosotras conducimos —dice Lina, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué tal en el trabajo? Dime que traes esa cara por lo del atropello y no porque no consigues imponerte.

Desvío la mirada hacia un punto fijo de la pared. Aprovecho que Raúl, el hermano de Cris, mira en nuestra dirección para pedirle un cóctel margarita y así evitar la mirada inquisitiva de Lina. Ella se toma mi silencio como una respuesta y resopla.

—¿Hace falta que te diga que eres la jefa de esa panda de cretinos? Si tú no te impones, nadie irá a rescatarte. Eres su jefa, actúa como tal.

—No me soportan.

—Mejor. El jefe siempre cae mal. Eres su jefa, no tienes que ser su amiga.

Agacho los hombros y le doy un sorbo al margarita que Raúl acaba de dejar sobre la mesa.

—Hoy estás especialmente arrebatadora —le dice Raúl a Lina.

Ella le dedica una mirada glacial.

—Lárgate.

Él hace caso omiso a su orden y se sienta a mi lado. No se soportan y nadie sabe por qué. Al principio se llevaban bien, pero algo tuvo que suceder hace un año y medio para que desde entonces se traten de esa forma. Raúl la provoca con sus insinuaciones y Lina lo despacha sin miramientos.

—¿Qué se cuentan mis chicas?

—¿Por qué no te largas? Es una reunión de mujeres, por si no te has dado cuenta —le espeta Lina.

—Porque me encanta estar con vosotras. Técnicamente ya soy uno más, ¿no? —él le guiña un ojo.

—Raúl... —le pide su hermana.

Él pone los ojos en blanco, se levanta y le lanza un beso a Lina. Ella finge que no lo ha visto y

se vuelve hacia mí.

—¿Por dónde íbamos?

—¿Qué tal está Martina? —le pregunto a María, con tal de desviar la atención.

—Ha suspendido matemáticas, y su padre la llevó el viernes a comprarse un móvil como premio. ¿Qué os parece? Me hace quedar como la mala de la película. Ayer le quité el móvil para que estudiase para el examen de recuperación y me gritó que me odiaba. Lo próximo será decirme que se quiere ir a vivir con su padre.

—¡No dirá eso! —la tranquiliza Lola—. Ya sabes el carácter que se gastan a esa edad. Pero en el fondo Martina conoce la verdad. Su padre viaja de un sitio a otro y solo está con ella los fines de semana. Sabe que quien se desvive por ella eres tú.

—No lo tengo tan claro —María se vuelve hacia Cris con lágrimas en los ojos—. A veces preferiría ser madre soltera.

El rostro de Cris se ensombrece y se forma un silencio muy incómodo. María se arrepiente de inmediato y le coge la mano.

—¡Perdón! No sé ni lo que digo. Ay... normal que Martina no me soporte. ¿Creéis que soy una mujer insoportable?

—¡No!

—¡Qué dices!

—Ni hablar.

—¿Sabéis lo que necesitamos? Otra ronda. —sugiera Lina—. Necesito mínimo tres margaritas para contaros lo que me sucedió ayer con el tío de Tinder...

Todas abrimos los ojos de par en par y nos acercamos a la mesa. Lina y sus anécdotas nunca fallan. Y así, entre margaritas, confidencias y consejos, el domingo se me hace más llevadero a pesar del atropello.

2. El nuevo candidato

Vaya, tienes razón. Llegamos al capítulo dos de esta historia y ni siquiera me he presentado. ¿Quién soy? Me llamo Lara, tengo veintiocho años, mención de honor de mi carrera de ingeniería industrial y máster en automoción. Un cerebritito, para los que me conocen. Una aburrida, para el resto.

Estoy acostumbrada a moverme en un mundo de hombres, y a estas alturas debería conocerlos, pero la verdad es que los hombres, como los agujeros negros, son una gran incógnita para mí. Dejémoslo en que no caigo bien. Así, a bote pronto. En mi carrera fui la única mujer de mi curso y nunca se tomaron demasiado bien que les sacara ventaja. Para los profesores era una repelente que siempre levantaba la mano, y para mis compañeros una sabelotodo a la que evitar a toda costa. Desgraciadamente para ellos, mi escasa popularidad no impidió que me contratasen en una de las mejores empresas de automoción del país, ni que al poco tiempo me hicieran la jefa de un centenar de mecánicos a los que no les hace ni pizca de gracia que una mujer les dé órdenes.

¿Qué más puedo decir? Siempre he sido una empollona. Cuando los demás niños pedían juguetes, yo exigía libros de física cuántica y que me llevasen a la ciudad de las artes y las ciencias. Siempre fui una completa desconocida para mis padres, que vieron como iba creciendo y no podían resolver mis dudas. Y al mismo tiempo fui su mayor orgullo por mi expediente académico y mis logros profesionales.

Si a nivel laboral me va bien... el terreno personal es harina de otro costal. Seré breve: he tenido pocas relaciones. Lina dice que los impresiono y que en el siglo del patriarcado no están preparados para salir con una mujer que los supere intelectualmente. Sinceramente, lo que creo es que no conecto con los hombres porque soy una aburrida. Hasta que llegó Bruno, mi alma gemela. El hombre del que me enamoré, por el que rechacé un ascenso y que después me rompió el corazón. ¿Sigo resentida? Obviamente.

—Buenos días.

Todos se cuadran cuando me ven llegar. Normal. Solo me ha hecho falta un vistazo para darme cuenta de que Paco estaba jugando al Candy Crush mientras Hugo y Jorge charlaban sobre fútbol.

—Necesito el informe para antes de las seis —les digo.

—Imposible —se queja Paco. Lleva toda la vida en la empresa y no ve con buenos ojos que una recién llegada le cambie su forma de trabajar—. Estamos hasta arriba de trabajo. Todavía nos quedan varias pruebas técnicas y ...

—Ese no es mi problema. La semana pasada os comuniqué el horario —le digo, intentando mostrarme inflexible como me ha aconsejado Lina.

¿Quién es la jefa? ¡Yo soy la jefa!

—No damos abasto. Tal vez si contratases de una vez al nuevo mecánico... —me echa en cara con su habitual tono sibilino. Los demás asienten para mostrarle su apoyo—. Desde que Borja está de baja parental, nadie ha ocupado su puesto.

—No tengo por qué darte explicaciones sobre un proceso selectivo que es asunto de recursos humanos. Si te limitases a hacer tu trabajo en lugar de jugar con el móvil, tendrías tiempo para enviarme el informe.

Paco se pone colorado de rabia.

—¡Yo no juego con el móvil! ¿Qué dices?

Hago un gran esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Por Dios, pero si lo acabo de ver.

—Además, todos sabemos que te encargas de sabotear el trabajo de recursos humanos... —me echa en cara Jorge.

—¿Perdona? —enarco una ceja.

Hugo se coloca a su lado y asiente. Todos se cruzan de brazos y ponen mala cara. Lo que me faltaba, lo mismo de siempre. La mala de la película contra los pobres empleados. Aunque en realidad esos empleados se pasen la mitad de la jornada escaqueándose y haciendo oídos sordos a mis órdenes.

—Nos ha dicho un pajarito de recursos humanos que le pones pegas a todos los candidatos que te ofrecen.

Ahora soy yo quien arde de cólera. Esto es el colmo.

—Quiero ese informe en mi mesa para antes de las seis —me tiembla la voz e intento enmascarar mi nerviosismo. Como me vean vacilar, estoy jodida—. De lo contrario, elevaré una queja a la junta directiva con una propuesta de sanción. ¿Os ha quedado claro?

Todos murmuran entre dientes y asienten de mala gana. Me estoy alejando cuando escucho a alguien llamarme bruja.

—¿Quién ha sido?

—No sé de qué hablas.

—Os he oído —insisto cabreada.

Paco suspira y sacude la cabeza, como si realmente fuese imposible lidiar conmigo.

—Trabajamos con máquinas y motores. Aquí siempre hay mucho ruido. Habrás oído mal. Además, es tu palabra contra la de cientos de empleados —me dedica una mirada fanfarrona que me saca de mis casillas.

No sé qué decir. La impotencia recorre mis venas y estoy a punto de echarme a llorar por culpa de la rabia que siento. No es la primera vez que me pasa. La última vez se empezaron a reír y murmuraron que este trabajo no era para crías sentimentales que lloriqueaban a la mínima. Aprieto los dientes, me doy la vuelta y entro en mi despacho con los ojos vidriosos. Doy un portazo y cuento hasta tres. Soy la jefa, ¿por qué no puedo ponerlos en su sitio? Me agarro al escritorio y noto que me tiembla todo el cuerpo. Porque son cientos de trabajadores comandados por un capullo integral que no me respetan y cuestionan mi autoridad.

Descuelgo el teléfono y marco la línea de recursos humanos. Se acabó.

—Quiero todos los currículums que os hayan llegado. Yo misma haré la selección.

—Pero ese trabajo es...

—¿Vuestro? —le ladro a la chica que ha tenido la desgracia de atenderme—. ¡Ya lo sé! Pásame solo los que tengan un mínimo de dos años de experiencia, referencias profesionales y un expediente académico intachable.

—Eso me va a llevar...

—Lo quiero para ayer —digo antes de colgar.

Me masajeo las sienes mientras me hago una promesa: voy a tomar el control. La llevan clara si creen que pueden pisotearme. Soy la jefa y voy a empezar a comportarme como tal.

Tres horas y media después, tengo en la mano el único currículum que realmente merece la

pena. Es de un tal David Pérez. Treinta y cuatro años, una media de notable alto en la universidad y una carta de recomendación de la empresa en la que hizo las prácticas. No hay foto, tal y como exigí a los de recursos humanos. Jamás me dejó llevar por el aspecto de una persona cuando hago una selección. Soy mujer en un mundo profesional repleto de hombres y me costó un gran esfuerzo que me tomaran en serio. Me tuve que enfrentar a un montón de preguntas indiscretas sobre mi estado civil y mi disposición a tener hijos. Así que intento tener cero prejuicios a la hora de seleccionar al personal y no dejarme llevar por algo tan banal como el aspecto físico.

El currículum del tal David Pérez me intriga. Terminó el bachillerato con matrícula de honor, pero desde los dieciocho hasta los treinta años abandonó los estudios y fue dando tumbos de un taller a otro. A los treinta retomó los estudios y terminó la carrera de ingeniería industrial en cuatro años con una nota bastante decente. La media de una ingeniería está en cinco o seis años, y sé por experiencia propia que solo las personas trabajadoras y muy inteligentes la acaban en cuatro. Como yo.

¿Por qué alguien tan válido perdió el tiempo durante doce años? Me rasco la barbilla mientras marco el teléfono de recursos humanos.

—Concierta una entrevista con el candidato David Pérez para esta tarde.

Cuelgo el teléfono y me apoyo en el respaldo de la silla. Ojalá me convenza, porque necesito cubrir el hueco de la baja de Borja para callarle la boca a los demás. Como que me llamo Lara que se van a enterar de una vez de quien manda aquí.

Son las seis en punto de la tarde cuando llaman a la puerta de mi despacho. Sonríe con aprobación. La puntualidad es una cualidad que valoro muchísimo. Me siento muy erguida, respiro profundamente y observo mi reflejo en la pantalla del ordenador. Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y adopto un gesto serio. Jamás admitiré que las entrevistas me ponen nerviosa. Algo absurdo teniendo en cuenta que la entrevistadora soy yo. Pero siempre he tenido la ligera sospecha de que los candidatos se relajan en cuanto ven que una mujer va a entrevistarlos. Como si creyesen que impresionarme será más fácil porque no entiendo de lo que me hablan. Uf, algún día tendré que deshacerme de este complejo de inferioridad que me juega tan malas pasadas.

—¡Adelante! —ordeno con una impostada voz autoritaria.

Un hombre alto y vestido con un traje negro abre la puerta. Cabello oscuro, bronceado y con unos impresionantes ojos oscuros que destacan en un rostro muy atractivo. Me sostiene la mirada y frunce el ceño. Al principio no lo reconozco. El afeitado y el traje hacen un gran camuflaje. Hasta que reparo en las manos tatuadas y en esa media sonrisa que, por mucho que intente ocultar bajo un semblante adusto, sigue ahí.

¡¡¡El motorista!!!

Mi expresión seria y profesional se esfuma y a mis labios asoma una mueca de repugnancia que no soy capaz de disimular. Tampoco me apetece, la verdad.

—Señor Pérez, siéntese.

Está tan desconcertado que durante unos segundos se queda parado sin saber qué hacer. Pongo cara de impaciencia y señalo la silla. Él recobra la compostura y toma asiento con evidente malestar. Sonríe para mis adentros. ¿Ya no eres tan chulo, eh?

—Señorita...

—Habla cuando yo te lo pida, Pérez —le espeto.

Él cierra la boca y noto el destello de rabia de sus ojos. Hago un gran esfuerzo para no sonreír. Se lo tiene merecido.

—Su expediente académico es aceptable...

—Una nota media de ocho con setenta y cinco —su tono orgulloso no me pasa desapercibido.

—Pues eso, aceptable —le quito importancia—. ¿Por qué perdió el tiempo durante doce años? Enarca una ceja y me mira como si no entendiera a qué me refiero. Lo miro de manera inquisitiva y se me escapa un suspiro de impaciencia cuando no me contesta.

—Acabó el bachillerato y abandonó los estudios. Me gustaría saber por qué un hombre con cierto potencial dejó de tener ambición de manera repentina.

A él no le hace ni pizca de gracia lo que acabo de decir. Lo sé porque, a pesar de su gesto adusto, hay cierta rabia contenida en su expresión.

—No abandoné los estudios, los aparqué durante un tiempo por un tema personal del que prefiero no hablar.

Lo evaluó de manera descarada. ¿Alcohol? ¿Drogas? ¿Estuvo en la cárcel?

—En Anthony Motors nos tomamos muy en serio tanto la capacitación profesional como la valía personal de nuestros empleados. El candidato ideal es aquel que tiene una ambición profesional y unas expectativas de futuro que lo llevan a superarse día a día. No tengo claro que alguien... de su perfil... encaje adecuadamente en la compañía.

—Con todo mi respeto, no voy a justificarme por haber tomado una decisión que corresponde a mi ámbito de vida privada.

—No me interesa su vida privada, Señor Pérez —le aclaro de manera despectiva—. Lo único que quiero saber es si es lo suficiente válido para esta compañía. Pero supongo que con su tono arrogante ya me voy haciendo una idea.

—¿Arrogante? —replica atónito—. Tenía otra entrevista, pero he venido hasta aquí porque creía que era una gran oportunidad para mí. No quiero que me haga perder el tiempo. Soy un gran profesional y le aseguro que no se arrepentiría si me da una oportunidad. Mis referencias profesionales, mi experiencia y mi expediente hablan por sí solos. Puede llamar a cualquiera de las empresas para las que he trabajado y estoy convencido de que en todas le hablarán bien de mí.

Reconozco que su seguridad me impresiona. Y es el candidato que más se acerca a lo que estaba buscando. Pero claro, no contaba con que fuera el imbécil que me atropelló el otro día. Eso le resta muchos puntos. Como si me leyera la mente, sacude la cabeza y se cruza de brazos.

—No tengo ninguna oportunidad, ¿verdad? Lo supe desde que la vi. Se le cambió la expresión en cuanto me reconoció. ¿Va a ser profesional o me voy yendo por donde he venido?

Aprieto los dientes y hago un gran esfuerzo por contenerme. ¿De qué va este tío?

—Le aseguro que puedo separar el terreno profesional de mi ámbito privado en el que ciertas personas me producen un absoluto rechazo.

Vaya, eso último no ha sido muy profesional. Él asiente de mala gana, se cruza de brazos y me dedica una mirada sombría. Me dedico a ojear su currículum buscando algún fallo que se me haya pasado por alto. Maldición, no lo hay. Tiene un currículum intachable y es más que apto para el puesto. De hecho, le da mil vueltas a cualquiera de los mecánicos que tengo bajo mis órdenes.

—Hay un periodo de prueba de dos semanas en el que la empresa puede prescindir de usted sin ningún motivo.

—No prescindirán de mí, se lo aseguro.

Su arrogancia me saca de mis casillas, pero lo dejo pasar.

—Utilizamos las más avanzadas tecnologías del mercado y mis empleados no tienen tiempo para formar a un nuevo mecánico. Si no consigues seguir el ritmo...

—No será necesario que nadie me instruya, se lo aseguro. Estoy al tanto de todas las nuevas

tecnologías y sistemas informáticos.

—Tendría que empezar mañana.

—Puedo empezar hoy.

Aprieto los labios. No sé si me gusta o le estoy empezando a coger más manía de la que ya le tengo.

—Contrato de cuatro meses con posibilidad de ser indefinido.

Me tiende la mano y esboza una sonrisa repleta de confianza.

—No se arrepentirá.

—No he dicho que esté contratado.

Está a punto de retirar el brazo cuando pongo los ojos en blanco y respondo a su apretón. Es un hombre muy seguro de sí mismo. Lo sé en cuanto le estrecho la mano. Una mano callosa que tiene muchas horas de trabajo encima.

—Gracias por la oportunidad, señorita...

—Lara.

—Lara —repite con voz grave.

No me hace ni pizca de gracia que pronuncie mi nombre de esa manera. Probablemente ni siquiera lo ha hecho a propósito. No sé exactamente qué es lo que tanto me saca de mis casillas. Aparte de que me haya atropellado, claro. Pero hay algo en él que me pone de los nervios. ¿Serán sus tatuajes? ¿Esa pinta de chulo que no puede quitarse de encima por mucho que se vista con un traje? ¿Esa mirada repleta de arrogancia? Espero no arrepentirme de haberlo contratado.

—No se arrepentirá, señorita Lara —me asegura, y tengo la impresión de que soy un libro abierto. Seguro que se me nota en la cara lo mucho que me desagrada.

Fuerzo una sonrisa porque ante todo tengo que ser una profesional.

—Le voy a enseñar las instalaciones —le digo, como hago con las nuevas incorporaciones.

Nos dirigimos a la puerta y él me coloca una mano en la espalda mientras con la otra abre la puerta. Lo miro de reojo y él me sonrío.

—¿Qué haces?

—Ser un caballero —responde extrañado.

Pongo los ojos en blanco y me aparto de él. Lo que me faltaba.

3. Un breve y accidentado tour

Definitivamente me saca de mis casillas. Me saca de mis casillas que camine con esa seguridad innata como si ya conociese el camino y nada lo impresionara. Me saca de mis casillas que acabe todas mis frases cada vez que le explico el funcionamiento de una máquina o el software que utiliza.

—Como te iba diciendo, utilizamos la versión de 2017 porque la del 2019...

—Tiene ciertos fallos que todavía no se han solventado —responde él—. Las actualizaciones dejan colgado el sistema, ¿verdad?

Aprieto los labios y me doy la vuelta para llevarlo hacia el comedor. Quién sabe. Lo mismo se pone a explicarme el funcionamiento del microondas. Vaaaale, lo sé. Debería estar satisfecha con él por estar al tanto de las tecnologías que utilizamos, pero tenía la absurda esperanza de dejarlo en evidencia en algún momento y que se viera obligado a preguntarme alguna duda. Es un maldito sabelotodo. Que rabia. Dios, nunca creí que yo pudiera decir eso de otro ser humano.

—Esta sala hace las veces de comedor, área de descanso...

—Tenéis fútbolín —dice emocionado.

Pongo los ojos en blanco. Típico de un tío. No sé qué le ven a ese trasto con muñequitos, pero lo cierto es que se pasan las horas muertas ahí. Hasta han organizado un torneo de la empresa que empieza la semana que viene. Torneo del que me han excluido, por cierto. Me enteré de su existencia porque pillé a Jorge y Paco cuchicheando en la puerta del baño y se callaron de golpe cuando pasé por su lado. En fin, como si a mí me importara que me hicieran de lado. ¡No tengo diez años!

—¿Una partidita a los dardos? —me guiña un ojo.

Le quito la flecha y la lanzo sin mirar. Doy en el centro. David suelta un silbido y se me escapa una sonrisa de suficiencia.

—Buena puntería, jefa.

—No me llames jefa.

—¿Cómo te llamo?

Se me eriza el vello de la nuca cuando me habla a escasos centímetros de la piel. Su aliento cálido me produce cosquillas. Me aparto mosqueada y sigo caminando. Intuyo que lo ha hecho a propósito, pero le otorgaré el beneficio de la duda.

—Lara.

—¿Señorita Lara? —su tono socarrón hace que me vuelva hacia él con cara de pocos amigos.

—Aquí todos me llaman Lara. ¿Te parecería bien que te llamase señorito?

—Eh... —murmura desconcertado—. Lo dejamos en Lara, entonces.

Continúo caminando y él me sigue con una sonrisa. Lo sé porque lo veo reflejado en uno de los espejos del pasillo. Qué cretino. No sé qué pretende, pero se equivoca conmigo. No me gustan los tipos que van de graciosos. Y menos los motoristas con pinta de chulos que no se disculpan después de atropellarte.

Llegamos hasta las taquillas y señalo la que le corresponde.

—Esta es la zona de vestuario. Mañana se te asignaran los monos de trabajo y la llave de tu

taquilla.

—No tenía una taquilla desde el instituto.

No digo nada y él se rasca el codo con cierta incomodidad. Sé que intenta caerme bien, pero no soy propensa a hacer bromas en el trabajo. Me gusta ser seria y no traspasar la línea jefa empleado. Aunque, para ser sincera, mis subordinados tampoco me respetan mucho...

—Gracias por la oportunidad —me dice de repente.

Me encojo de hombros.

—No me las des. Encajas con el perfil de la empresa. Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Lo sé —vuelve a sonreír—. Pero no negarás que podrías haberme despachado sin ningún miramiento por ser quien soy.

Va a tocarme el brazo y me echo hacia atrás. No lo hago aposta. No estoy acostumbrada a los gestos amables ni personales en el trabajo, así que me pilla desprevenida y reacciono de manera desmedida. Con tan mala suerte que me tropiezo con el banco del vestuario que tengo justo detrás. Pierdo el equilibrio y me caigo hacia atrás soltando un grito. David me agarra de la cintura y se me escapa el aire por la boca cuando me levanta de un tirón con tanto ímpetu que nos chocamos con las taquillas. Acabo con mi cabeza escondida en su pecho y respirando aceleradamente. Sus manos siguen en mi cintura y me desconcierta que huelga tan bien. Tiene un cuerpo duro y unos brazos fornidos que me agarran de manera protectora. Uf, qué calor. ¿Por qué de repente tengo tanto calor? Estoy tan desconcertada que ni siquiera me muevo.

—¿Estás bien? —su boca me hace cosquillas en el lóbulo de la oreja.

De repente soy consciente de lo impropio de la situación. Me separo de él tan abochornada que apenas soy capaz de mirarlo a la cara.

—Sí. Gracias —respondo con un hilo de voz. Le doy la espalda y soy consciente de que el corazón me va a mil por hora. ¿Qué demonios ha sido eso? —. Tengo mucho trabajo. Te acompaño hasta la salida.

Llegamos hacia la zona de fichar sin dirigirnos la palabra. Estoy furiosa conmigo misma por no haberme apartado de él en cuanto me puso de pie. Ha estado completamente fuera de lugar.

—Hay que fichar todos los días a la entrada y a la salida —le digo con voz monótona—. Hay dos minutos de cortesía, pero será mejor que no te retrases. Aquí valoramos mucho la puntualidad.

—Seré puntual. Voy en moto, eso limita los atascos.

Se me cambia la expresión cuando menciona la palabra moto. Él se da cuenta y pone cara de circunstancia. Intenta arreglarlo.

—Oye, respecto a eso...

—Hasta mañana —le espeto.

Prácticamente huyo despavorida y con la espalda erguida para fingir que soy la jefa exigente y segura de sí misma que en realidad no soy. Uf, ¿por qué me he puesto tan nerviosa? Estoy tan desconcertada que me bebo dos vasos de agua al llegar al despacho. Me quito la americana y la arrojo de mala manera sobre la silla. No lo entiendo. Todo mi cuerpo se ha despertado cuando ese motorista imbécil me ha puesto las manos encima. ¡Será posible! Ni siquiera es mi tipo.

Me froto el rostro y sacudo la cabeza. Madre mía... espero que no lo haya notado. Sería el colmo para mi reputación de jefa siesa y fría como el hielo. Supongo que Lina tiene razón. Llevo tanto tiempo sin tener sexo que empiezo a echarlo en falta y me pongo como una moto, nunca mejor dicho, cuando el primer tío que se me cruza por delante me pone las manos encima.

Patético.

Le escribo un mensaje a Lina dejándome llevar por un impulso. Sé que dentro de unas horas me

arrepentiré, pero a lo hecho...

Yo: De acuerdo, apúntame a la aplicación esa para ligar...

Su respuesta no se hace de rogar.

Lina: ¿Quieres follar?

Me da vergüenza ser tan transparente, pero por lo visto, después de tanto tiempo es justo lo que necesito.

Lina: Nos vemos en tu casa a las nueve. Te voy a descubrir un mundo de posibilidades, nena ??

Vale, estoy empezando a arrepentirme. Miedo me da de ese mundo de posibilidades. Llevo tanto tiempo fuera del mercado que la palabra sexo está borrada de mi vocabulario. No me puedo creer que me lo esté replanteando por culpa de un jeta con tatuajes al que le gustan las motos. ¡Lo que hace un afeitado!

4. ¡Será posible!

Definitivamente me arrepiento de haber enviado ese mensaje en cuanto llego a mi casa. Mi sueldo me permite vivir en una zona bastante acomodada a las afueras de la ciudad. Una casa enorme de dos plantas que se me antoja demasiado vacía y que no sé por qué diantres compré. Total, con mi carácter me voy haciendo a la idea de que envejeceré sola y rodeada de gatos. Lina está sentada en la escalinata de la entrada con un pack de doce cervezas en la mano. Ay, madre, no debería haberla llamado. Lina es... Lina. Treinta y seis años, morena, alta, con un cuerpazo que trabaja en el gimnasio seis días a la semana. Independiente, resuelta, atrevida y un bombón para el sexo contrario. Utiliza a los tíos como si fueran kleenex y vive la vida como si fuera una fiesta que no tiene fin. Es abogada, no tiene pelos en la lengua y produce una envidia insana en la mayoría de las mujeres que la conocen. Le tengo una mezcla de admiración y cariño porque es fuerte, decidida y me echó una mano cuando más falta me hacía.

—¡Hooooooooooooooooola! —me enseña las cervezas y sonrío de oreja a oreja—. Hoy es un día para celebrar. He ganado un juicio y tú has decidido dejar de ser virgen. ¡La vida nos sonrío!

—No soy virgen.

—Casi virgen —bromea, y me sigue al interior de la casa cuando abro la puerta. Aparta con el pie a Félix, mi gato, y éste le bufa como respuesta—. ¿Se puede saber qué te ha hecho cambiar de opinión a estas alturas? Llevo como... no sé, dos años diciéndote que lo que te hacía falta es echar un polvo para liberar tensión. Y ahora, sin venir a cuento, tienes la iniciativa. ¿Me estás ocultando algo?

Entrecierra los ojos y me mira de esa manera que tanto detesto. Es buena leyendo a la gente, o tal vez yo sea un libro abierto. Pero no pienso contarle mi incidente con el motorista. De ninguna manera. Pondría el grito en el cielo y me exigiría que lo despidiese. O tal vez me animara a tirármelo para después ponerlo de patitas en la calle. Definitivamente, ese capítulo me lo guardo para mí. Jamás cruzaría la línea con un empleado y menos cuanto tiene toda la pinta de ser un exconvicto que se sacó la carrera en la cárcel.

—Tengo ganas —digo vagamente, lo cual no es del todo mentira. Me entraron de repente en cuanto ese patán me puso las manos encima. No lo entiendo. No tiene sentido. Recuperé el deseo y descubrí ese fuego en mi interior que llevaba tanto tiempo apagado—. En fin, vamos al lío.

Lina me pasa una cerveza y abre el portátil.

—Lo primero de todo será crearte un perfil. A ver... qué ponemos. ¡La foto! Dame una foto.

No soy de hacerme muchas fotos. Tampoco tengo Instagram ni Facebook. Solo un perfil de LinkedIn para temas relacionados con mi trabajo.

—Tengo esta del currículum...

Lina la observa horrorizada.

—¡Venga ya! ¿Por qué no me das también la del DNI? ¿Tú te crees que se puede ligar con una foto de cara? Madre mía... estás muy perdida. Menos mal que me tienes a mí. A ver, ponte de pie.

Hago lo que me dice y ella me obliga a colocarme en una postura ridícula.

—No seas sosa. Desabróchate unos botones de la blusa, sonrío...

—No me voy a desabrochar la blusa, pareceré una...

—¿Tía que quiere echar un polvo? —termina la frase con retintín—. No seas tan aburrida, ¡por lo que más quieras!

Aburrida, la palabra estrella para definirme. Pues sí, por lo visto a todo el mundo se lo parezco. Supongo que por eso no me como nunca un colín.

—Te voy a soltar el pelo. Con ese moño tan apretado tienes pinta de ser una estirada. No te sacas partido, ¿sabes? Eres alta y tienes una constitución muy agradecida. El problema es que te escondes bajo esos trajes grises tan poco favorecedores.

—Es mi atuendo de ir al trabajo.

—No es excusa. A veces creo que estás ciega —me suelta el pelo y lo coloca por encima de mis hombros. En mi opinión, mi pelo es de un castaño claro apagado la mar de soso. Lina me quita la americana y me pinta los labios de un tono frambuesa bastante provocativo—. En serio, lo que cambias con un poco de ayuda.

Me obliga a mirarme en el espejo y me encojo de hombros. Solo veo a una mujer de metro sesenta y cinco, delgada y sin curvas con unos ojos almendrados y el pelo castaño claro. Lo que yo te diga: nada del otro mundo.

—Eres una chica la mar de mona, ¿no te habías dado cuenta nunca? Ay... Lara... ¡ojalá tuviese tus piernas! Iría todo el día en minifalda. Puedes comer lo que te dé la gana y no engordas.

¿Mis piernas? Se me escapa una risilla floja. Soy una tabla de planchar sin curvas a la que los tíos ni siquiera miran. Ella, por el contrario, es exuberante. Daría lo que fuera por tener ese cuerpo.

Lina me toma varias fotos y me pide que pose con Félix.

—Las mujeres con animalitos monos tienen mucho éxito. Y con esa carita tan dulce lo vas a petar.

—Estás loca —bromeo, y noto que ya empiezo a tener esa chispilla que me entra a partir de la tercera cerveza—. O me quieres demasiado y por eso me regalas los oídos.

—Eres tonta y tienes la autoestima por los suelos. Que curioso teniendo en cuenta que eres una empollona con un trabajo de la hostia, un casoplón increíble y un cerebritito que ya quisiera yo para mí. Ojalá fueras más lista para contigo misma...

Ignoro sus palabras porque, precisamente, el ser inteligente me hace muy realista. Soy del montón. Ya está, no pasa nada. En este mundo hay mujeres bellísimas como ella, y mujeres sosas como yo. Cuanto antes lo acepte, mejor.

—¡Ya está! —exclama satisfecha cuando me crea el perfil—. Te van a llover las solicitudes, ya verás.

Sacudo la cabeza y me siento a su lado. Lo dudo. Probablemente lo borraré en cuanto se vaya de casa. No tendré éxito, lo sé. Los hombres se fijan en mujeres como ella, y no en alguien tan anodino como yo.

—¡Ya te ha hablado el primero! Uy, que feo. Ni hablar.

—¡Espera! —exclamo emocionada—. No quiero dejarme llevar por el físico. A lo mejor es simpático.

—Vas a echar un polvo, ¿para qué quieres que sea simpático?

—Pero...

—¡Otro! —Lina suelta un gritito de satisfacción—. ¡Te lo dije! Eres nueva y estás de buen ver. Te los vas a tener que quitar de encima. Uy, este no está mal.

Me pongo colorada por culpa del alcohol y el nerviosismo.

—Este sale con su perro. Siempre me fio de los tíos que tienen perro. No sé, los hace como

más legales.

—Pero si no te gustan los animales...

—Y qué. No me entiendes. Estás muy verde en estos temas. Nunca te fíes de los que no ponen foto, por cierto. Ni de los que suben una foto de cara o salen sonriendo en plan psicópata o mirando de espaldas al atardecer. Los que hacen deporte, los surfistas... esos merecen la pena. Los petados de gimnasio que se hacen fotos haciendo pesas... a esos ni los tengas en cuenta. Por no hablar de los que se hacen fotos sin camiseta en el baño. Es cutre y apesta.

—Pero no entiendo...

—¡Otro! —Lina aplaude como si me hubiera tocado la lotería—. Vaya... este no está mal. Lolo, treinta y un años. Le gustan los deportes de riesgo y es camarero. ¿Qué te parece?

—No está mal...

Lina resopla.

—A ver, que vas a echar un polvo. Te tiene que entrar por los ojos, ¿qué tiene de malo?

—Es que así... en plan frío...

—¡Otro! ¿Lo ves? Y tú pensando que no te ibas a comer una rosca. A ver qué tal... ¡¡¡Será posible!!! —Lina suelta tal alarido que estoy a punto de caerme del sofá.

—¿Qué pasa? —pregunto alarmada.

—¡Pedazo de cerdo!

Observo la pantalla y estoy a punto de salir corriendo. Pero bueno, una foto de su... de su...

—Una foto polla.

—¿Qué?

—A algunos tíos les parece gracioso mandar una foto de amiguito. Es asqueroso.

—Qué barbaridad —respondo horrorizada—. ¿Esto es normal?

—A veces. No sé por qué lo hacen. ¿Te imaginas a una mujer enviando una foto de su vagina para ligar? Claro que no. Se creen con el derecho a intimidarnos porque mean de pie.

Se me pone tan mal cuerpo que tengo ganas de cerrar el perfil y olvidarme del tema. ¿Me habré quedado anticuada? ¿Cómo es posible que alguien intente ligar con una foto de su...?

—¡Se va a enterar! —Lina habla con esa determinación que en ocasiones me asusta—. Foto pollas a mí... Este no sabe con quién se ha metido. Se le van a quitar las ganas de enviar guarradas sin el permiso de la otra parte....

—¿Qué vas a hacer?

—Mira y aprende. Así es como se reacciona con esta clase de tipejos.

Yo: Hola, @arturo5967

Arturo5967: Hola, guapa.

Arturo5967: ¿Te gusta?

—¡Dile que no! —chillo horrorizada.

—Calla y aprende de una profesional.

Yo: ¿es tuya?

Arturo5967: toda mía.

Arturo5967: ¿la quieres conocer en persona? ??

—¡Qué asco! Lina, no le hables más. ¿Qué haces? —me espanto al ver que le contesta.

Yo: Arturo, tienes que escucharme atentamente.

Yo: soy médico.

Yo: lamento comunicarte que viendo la foto observo una inflamación muy alarmante.

Observo de reojo a Lina, que sonrío con cara de mala. Ahora sí que me he perdido.

Arturo5967: ¿qué dices?

Arturo5967: ¿me estás vacilando?

Yo: sospecho que puedes tener una ETS.

Arturo5967: ¿qué?

Arturo5967: qué hablas, tía.

Arturo5967: soy muy limpio.

Yo: no tiene nada que ver...

Yo: ¿has notado picazón, escozor en la zona...?

Arturo5967: no sé...

Arturo5967: ¿me estás vacilando?

Yo: soy una profesional de la salud. Mi obligación es informar cuando observo una posible enfermedad. ¿Has tenido alguna relación sexual reciente?

Arturo5967: joder, sí.

Yo: ¿sin protección?

Arturo5967: fue hace cuatro meses...

Yo: lamento decirte que estas infecciones son silenciosas y cuanto más tiempo transcurra, peor para el paciente.

Arturo5967: tía, qué dices.

Arturo5967: por favor, dime que no es verdad.

Arturo5967: ¿Qué hago?

Estoy tan atónita que sigo la conversación con los ojos abiertos. Lina está llorando de la risa mientras trolea al tal @arturo5967.

Yo: la infección podría ser más grave de lo que se aprecia en la fotografía, y entonces habría que intervenir de inmediato.

Arturo5967: ¿Qué? ¿Qué hago? ¡Dime por favor que hago? ¿Voy a la farmacia y me compro alguna crema?

Yo: no es tan sencillo.

Yo: la infección podría derivar en una gangrena... y en ese caso...

Arturo5967: ¡¡¡qué pasaría en ese caso!!!

Yo: te lo puedes imaginar, Arturo. Yo me iría preparando para lo peor. Deberías ir a urgencias cuanto antes.

Arturo5967: ¿no me puedo esperar a mañana?

Yo: depende. ¿Quieres seguir conservando tu miembro?

Arturo5967: joder... sí. Me voy al médico.

Arturo5967: ¡gracias!

Lina se parte de la risa y cierra la conversación.

—Me encantaría saber qué le dice el médico cuando se presente en urgencias.

—¡Lina! —no puedo sermonearla, porque me sobreviene un ataque de risa.

—Hará el ridículo en urgencias y se le quitarán las ganas de volver a enviar una foto de su amiguito a otras mujeres.

—¡Eres la mejor!

Brindamos y nos partimos de risa. Ella intenta ponerse seria y vuelve a la carga.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí... Lolo el camarero. Te pregunta si quieres quedar el viernes para tomar algo. Lina empieza a escribir.

Yo: allí estar

Le arranco el portátil de las manos antes de que cometa una locura.

—¡Para!

—A ver... ¿tú no querías follar?

—Sí... pero ni siquiera lo conozco.

—¿Y qué? ¿Le pedimos que te enseñe los antecedentes penales? —ella pone los ojos en blanco.

—Necesito pensármelo. No sé si estoy preparada para quedar con un hombre al que no conozco.

Lina resopla y finge pegarse un tiro.

—Pues vale, sigue comportándote como una monja. ¡No tienes remedio!

5. ¿Tienes pareja?

Como haría con cualquier otro empleado en su primer día de trabajo, superviso cada uno de los movimientos de David para saber si tomé una buena decisión al contratarlo. Me agrada reconocer que no me equivoqué porque se integra a la perfección con el resto del equipo. Tiene iniciativa y es rápido. Sus compañeros no le tienen que explicar los pormenores del trabajo dos veces porque pilla las cosas a la primera, y parece la clase de hombre con don de gentes que hace amigos allá donde va. Al cabo de dos horas está charlando animadamente con el resto de sus compañeros. No sé si me agrada que sea tan perfecto o, por el contrario, me causa un pelín de rabia no encontrarle ningún fallo. Me encantaría poder echarle la bronca para vengarme de él por haberme atropellado, pero soy una profesional y, por lo visto, él también. Al menos me consuela saber que tengo intuición para contratar a un empleado...

—La máquina se ha vuelto a colgar —le dice Paco a Jorge.

—Normal. Con la de años que tiene ese trasto, ya deberían haberlo actualizado.

—Reinicia el sistema —le pido.

No me pasa desapercibida la expresión de disgusto de Paco. Es el jefe de los mecánicos y no le gusta que le den órdenes. Sobre todo si vienen de mí.

—Ya lo hemos hecho —responde irritado—. Sé cómo hacer mi trabajo.

Me pongo colorada con una mezcla de vergüenza y rabia. El resto de los empleados nos miran de soslayo sin decir nada. David lanza una mirada en nuestra dirección con un desconcertado interés. Tengo que imponerme, o de lo contrario jamás me respetaran. Me cruzo de brazos y lo miro con una ceja enarcada.

—De acuerdo, hazlo. Me quedaré aquí para ver como lo solucionas.

Paco me dedica una sonrisa cargada de suficiencia y me da la espalda. Empieza a trastear y a pulsar botones. Transcurren varios minutos y suelto un suspiro cargado de irritación.

—No tengo todo el día.

—¡Un momento! —puedo ver su rostro congestionado por el esfuerzo. Se le escapa una maldición—. No es culpa mía que este trasto tenga más años que...

—No quiero excusas. Se supone que eres el jefe de mecánica. Deberías estar más que preparado para este tipo de contratiempos.

Se vuelve hacia mí con una expresión rabiosa.

—Si tan lista eres, hazlo tú.

Oigo algunas risillas mal disimuladas. Se van a enterar. Me remango la camisa y me meto debajo de la máquina. Los oigo cuchichear porque se creen que no soy capaz de arreglar ese trasto. Me subestiman. Estoy absolutamente cualificada para este trabajo, por eso soy la jefa. Tardo menos de un minuto en dar con la tecla. Uno de los engranajes está atascado. Me pongo de pie y me sacudo las manos.

—No tienes ni idea, eh —se burla Paco.

Enciendo la máquina y esta emite el mismo ruido monótono de siempre. A Paco se le ensombrece la expresión. Paso por su lado con una mezcla de satisfacción y orgullo.

—Esta tarde te quedas a echarle un ojo al manual de instrucciones. Es lo mínimo que te

mereces después de haber demostrado delante de toda tu falta de aptitud.

—¡Pero...!

—No hay peros que valgan —lo interrumpo con un tono autoritario que no sé de dónde ha salido—. La próxima vez que te dé una orden, la cumples sin ponerla en entredicho, ¿te ha quedado claro?

Paco no puede disimular el odio que emanan sus ojos. No dice nada.

—¿Entendido? —insisto.

Asiente de mala gana.

—Sí.

Me doy la vuelta y ahora nadie cuchichea a mi espalda. Se limitan a observarme en silencio pensando vete tú a saber qué. Me da igual no caerles bien. Lo único que quiero es su respeto.

Estoy fumando un cigarrillo en la hora del almuerzo para liberar tensión. Siempre que intento dejarlo, sucede algo que me obliga a dar una calada. Debería sentirme orgullosa por haberme impuesto, pero lo que siento es un nerviosismo que va in crescendo. Paco me va a causar problemas. Lo sé porque es la clase de hombre que no tolera que una mujer quede por encima de él. No sé cómo afrontar la situación. La última vez que hablé con mi superior sobre la posibilidad de amonestar a Paco, me explicó de manera muy sutil que era el empleado con más antigüedad de la empresa.

Despedirlo nos costaría una fortuna, me dejó caer. Y añadió por si no me había quedado claro: además, es el representante sindical de la empresa. No voy a iniciar un pleito que nos acarrearía mala reputación, problemas con el sindicato y un desembolso de dinero muy importante. Crearíamos un precedente que la empresa no está dispuesta a asumir. Imponte. Eres su jefa, ¿o no sabes hacer tu trabajo?

Desgraciadamente, tiene su parte de razón. Me cuesta imponerme porque Paco tiene de su parte al resto de los empleados. Es el que mueve los hilos en el sindicato, el que lucha por los derechos de los trabajadores y al que le deben haber conseguido un horario de trabajo más flexible y el aumento del sueldo. Los tiene comiendo de su mano. Yo, por el contrario, soy la jefa que los supervisa y les echa la bronca cuando cometen un error. La mujer que desentona entre tanto hombre. La jefa que no es como ellos. Sé que me apodan: la borde, la bruja, la del moño y otras lindezas que los he pillado diciendo cuando se creen que no los escucho.

—¿Tienes fuego?

Me sobresalto porque no lo he oído llegar. David me mira con una mezcla de curiosidad y preocupación que me hace sentir vulnerable.

—Sí.

Le paso el mechero y él enciende un cigarro.

—¿Estás bien?

Doy una calada e intento fingir que no me pasa nada. Lo último que quiero es que el nuevo empleado se percate de lo débil que soy.

—Perfectamente.

—Me ha dado la sensación de que te pasaba algo.

—No me pasa nada —lo digo de tal manera que es una advertencia inequívoca para que lo deje

estar—. ¿Qué tal tu primer día?

Sé que le va bien, pero lo pregunto para cambiar de tema. A él se le ilumina la mirada. Sus ojos azules son como un océano en mitad de la noche. Hay que reconocer que es un hombre muy atractivo. El afeitado le hace ganar varios puntos. Aunque sus tatuajes...

—Muy bien, gracias por preguntar.

—Veo que te has adaptado.

—Sí. Espero que estés satisfecha con mi trabajo.

Me encojo de hombros.

—Es muy pronto para juzgarte —le digo, y suavizo una sonrisa al ver que él se preocupa. Parece muy interesado en conseguir este empleo—. Por ahora vas bien.

—Oye, lo de antes ha sido impresionante.

Es la primera vez que alguien me hace un cumplido por mi trabajo, así que me pongo colorada y le doy una calada al cigarro para disimularlo.

—Soy la supervisora. Lo raro sería que no hubiera sabido solucionar el problema.

—Supongo —responde con tono amable—. Pero no deja de ser impresionante lo rápido que has dado con el problema.

Cuando tiro el cigarro, él hace lo mismo y se inclina hacia mí. Se me corta la respiración cuando alarga un brazo para acariciarme la mejilla. Me quedo completamente paralizada por el shock. Su pulgar me roza el pómulo con una delicadeza que me deja embelesada. Se me escapa el aire por la boca y noto que me tiemblan las piernas. Hacía mucho tiempo que un hombre... no me tocaba.

—¿Qué haces? —murmuro con voz trémula.

—Perdona —aparta la mano y me dedica una sonrisa de circunstancia—. Tenías una mancha de grasa en la mejilla. No he podido evitarlo.

Me desinflo como la idiota que soy. Conque era eso.

—No vuelvas a tocarme.

Él asiente con los labios apretados. Parece disgustado aunque logra disimularlo.

—No era mi intención hacerte sentir incómoda. Ha sido un gesto espontáneo. Lo siento.

—Da igual —le resto importancia, al darme cuenta de que estoy montando un circo por nada.

—Por cierto, ¿tienes pareja?

La pregunta me pilla completamente fuera de juego. Al principio creo que está bromeando, pero luego soy consciente de que lo pregunta muy en serio.

—¿Tú de qué vas? —ahora sí que estoy hecha una furia.

Parpadea desconcertado.

—¿He dicho algo malo?

—Soy tu jefa —le aclaro, por si le quedaba alguna duda—. ¡No me puedes preguntar eso!

De repente, David se empieza a reír mientras lo miro atónita. Sacude la cabeza y los ojos le brillan de una manera muy especial que solo lo hace más atractivo.

—Me has malinterpretado. Culpa mía por no haberlo aclarado. Me refería a si tienes pareja para el torneo de fútbolín. Acabo de llegar y ya están todas las parejas hechas. Me preguntaba...

El torneo de fútbolín. El maldito torneo. Dios, ahora sí que me siento como una estúpida. Pensé que se refería a mi vida personal. Ay... qué manera tan espantosa de hacer el ridículo.

—Ah... no, no tengo.

—¿Te gustaría ser mi pareja?

Lo miro como si me estuviera vacilando. ¿Ser su pareja? ¡Lo que faltaba! No pienso ser

partícipe de esa chorrada masculina. Y menos ser la pareja de uno de mis empleados.

—No.

El entusiasmo de David se disipa de golpe. Ahora me siento culpable por ser tan directa. A mí tampoco me gustaría que me dieran una respuesta tan cortante. Intento arreglarlo.

—No es apropiado. Ya sabes... por eso de ser la jefa y tener favoritismo con uno de mis empleados —le digo con suavidad.

Su expresión se relaja y vuelve a sonreír. Joder, es muy atractivo. Puede que no sea mi tipo, pero me encanta la forma en la que su sonrisa le ilumina la cara.

—Claro... tienes razón.

—Tengo que volver al trabajo.

Se adelanta para abrirme la puerta. Supongo que me tendré que acostumbrar a sus alardes de caballero. Me pone una mano en la espalda y se me acelera el pulso. Madre mía, Lina tiene razón. ¡Soy una monja!

—De todos modos, si te lo piensas, ya sabes dónde estoy. Soy muy bueno en el fútbolín y me haría ilusión tener a la jefa en mi equipo —me guiña un ojo.

6. Hacer la pelota... o no.

Salgo la última del trabajo como es habitual. Me gusta supervisarlo todo antes de terminar el día. Me doy un paseo por la sala de máquinas y compruebo que todo está en orden antes de fichar. Estoy conduciendo cuando veo a David sentado en la parada del autobús. Qué raro, ¿estará esperando a alguien? A esta hora ya no pasa ningún autobús por aquí. Me digo a mí misma que no es asunto mío, pero entonces él me saluda y me siento algo culpable. Se ha cambiado, y sin la ropa del trabajo vuelve a ser el tipo con malas pintas que me atropelló hace unos días. Cazadora negra, vaqueros desgastados, aspecto de perdonavidas...

Bajo la ventanilla y piso el freno. Si me largase, no me lo perdonaría.

—¿Sabes que no pasa ningún autobús a esta hora?

Su expresión sorprendida me comunica que no estaba al tanto.

—¿En serio?

—El polígono está muy mal comunicado. Todos venimos en nuestro propio vehículo.

—Vaya... no tenía ni idea. Ayer vine en moto.

Me lo quedo mirando sin saber qué decir. Él es más lanzado.

—¿Me llevas? Si no te importa —al ver mi expresión recelosa, añade con suavidad—: también puedo pedir un taxi.

Me muerdo el labio con indecisión. Apenas lo conozco, pero tengo la impresión de que puedo fiarme de él. No obstante...

—No soy un psicópata, lo prometo —pone las manos en alto y contiene una risilla.

—Eso es lo que diría un psicópata.

Pone cara de circunstancia.

—Supongo que tienes razón. Pediré un taxi. Nos vemos mañana, que tengas un buen día.

Tiene pinta de empezar a llover de un momento a otro. Me lo pienso durante unos segundos y al final claudico. Maldita sea mi conciencia. Pulso el botón de la apertura de puertas y él se sorprende. En fin, supongo que no me cuesta nada. Me gustaría que hicieran lo mismo por mí.

—Sube.

Está tan sorprendido que no es capaz de disimular su entusiasmo.

—Gracias, jefa.

—Por favor, llámame Lara. Lo de jefa suena... no sé, raro.

—De acuerdo, Lara. ¿Es algún diminutivo de un nombre?

—No.

—En mi instituto había una chica que se llamaba Larissa, pero todos le decían Lara. Me gusta tu nombre.

Lo miro sin saber qué decir. Parece de esa clase de personas que te sacan conversación aunque tú no estés por la labor. No soy de esas, sino todo lo contrario. Me cuesta conectar con las personas. Siempre he preferido los números, las matemáticas y la ciencia. Son más simples y no dan pie a tergiversaciones absurdas. Ojalá las personas fuesen tan fáciles de resolver como una ecuación de segundo grado. Así no metería la pata y lograría caer bien.

—Vivo un poco lejos. Todo recto y la primera a la derecha. ¿Siempre supiste que querías

dedicarte a esto?

—No.

Me mira con curiosidad, pero no añado nada más. No sé por qué habría de hacerlo. No me gusta hablar de mí misma.

—Yo sí —me explica, como si le hubiera preguntado. Me entran ganas de responderle: *¿y a mí que me importa?* Pero no lo hago por educación. Él se lo toma como una invitación—. De pequeño me apasionaban las motos. Podía pasarme horas delante del televisor preguntándome cómo era posible que aquellas motos de Fórmula Uno corriesen tanto. Mis padres me regalaban coches teledirigidos que yo desmontaba para descubrir lo que tenían dentro. Los volvía locos. Luego me hice mayor, empecé a trucarlos para que corriesen más... ya sabes, cosas de críos.

Tiene una mirada soñadora mientras habla. No me pasa desapercibido que ha omitido la parte que va desde que abandona los estudios hasta que se matricula en la universidad con treinta años. Que curioso. ¿Habrá estado en la cárcel? ¿Algún negocio turbio? Si no habla de ello, será porque oculta algo malo, ¿no?

—No te lo tomes a mal.

Me da por reírme. Viniendo de él me puedo esperar cualquier cosa.

—A ver qué vas a decir.

—Es raro ver a una mujer en un trabajo donde predominan los hombres. En la carrera solo tuve una compañera de clase. Debes de tener una mente brillante.

—¿Por qué lo dices? Hemos estudiado lo mismo. ¿Te consideras a ti mismo una persona brillante?

—Uhm... ¿el físico cuenta?

Pongo los ojos en blanco y él se ríe. La verdad es que tiene una risa grave muy seductora. Supongo que porque se ríe con sinceridad y sin importarle la impresión que causa en los demás.

—Si es complicado abrirse paso en el mercado laboral... y lo digo por experiencia propia... para ti debe haber sido más difícil. ¿O me equivoco? Eres la supervisora de casi un centenar de empleados. Casi nada.

¿Me está regalando los oídos? Mi yo receloso no quiere dejarse engañar.

—Es complicado para todos.

—Uf, eres un hueso duro de roer —se vuelve para mirarme con todo el descaro del mundo. Entrecierra los ojos y me observa con una curiosidad que me hace sentir incómoda y desnuda—. No te gusta hablar de ti misma, eh. ¿Y eso?

—¿Por qué no has venido en moto? —le pregunto para que lo deje estar.

—Que lista eres —murmura sin dejar de mirarme, con esa sonrisa traviesa a la que empiezo a acostumbrarme—. Atropellé a una mujer preciosa y el karma me lo devolvió jodiéndome la moto. Al cabo de un par de días empezó a darme problemas. Está en el taller. Supongo que eso me pasa por no haberme disculpado.

Lo miro de reojo y noto que me sube un calorcillo por todo el cuerpo.

—¿Sabes que no me tienes que hacer la pelota por ser tu jefa?

Él me mira sin esa sonrisa tan característica. Se ha puesto serio.

—¿Y quién dice que te esté haciendo la pelota?

Mierda, le miro la boca de manera involuntaria. Aparto la mirada y rezo para que no se haya dado cuenta. Intento ser la jefa fría a la que no le haría ni pizca de gracia esa clase de insinuación.

—Lo digo yo.

Él vuelve la vista a la carretera y sospecho que lo he dejado muy cortado. Se lo merece. ¿De

qué va? Soy su jefa y no puede hacer lo que se suponga que esté haciendo.

—La próxima a la izquierda. ¿Puedo invitarte a una copa?

Lo miro tan sorprendida que estoy a punto de saltarme la salida. Eso sí que es ir al grano, madre mía.

—¡No!

—¿Por qué no? —lo pregunta con total naturalidad.

—Porque soy tu jefa.

—¿Hay alguna norma interna de la empresa que impida a los empleados tomarse una copa después del trabajo?

—No —admito de mala gana—. Pero es raro.

—No te estoy pidiendo una cita.

—No he dicho que me estés pidiendo una cita —me pongo de malhumor.

—Entonces ¿cuál es el problema? —no es de los que aceptan un no por respuesta.

—El problema es que yo tengo mis propias reglas. No quedo con mis empleados fuera del trabajo.

Tampoco le digo que nunca me han invitado. No tiene por qué saberlo.

—Que reglas más aburridas. Podríamos pasarlo bien.

Su tono provocador no me pasa desapercibido. Lo ha dicho con segundas. Ahora sí que estoy convencida. Lo miro de soslayo y no percibo una de sus sonrisas. Dios, qué hombre tan desconcertante. ¿Se habrá propuesto conquistar a la jefa para conseguir el puesto? ¡Joder! Pues claro, todavía está en periodo de prueba. Se pensará que soy la típica boba que se ablandaría si le echan un polvo.

—¿Dónde vives?

—Puedes dejarme aquí —señala un aparcamiento libre—. ¿Una copa?

—No —en lugar de aparcar, detengo el coche en doble fila—. Hasta mañana.

—¿Por qué no?

—Deja de insistir —le advierto irritada—. No me hace ni pizca de gracia.

—No pretendía molestarte.

Ya, claro. Pretendías conseguir el puesto a base de un polvo. Como si fuera tan tonta.

Desabrocha el cinturón de seguridad y se inclina para despedirse con dos besos, pero al ver mi expresión circunspecta, se lo piensa mejor y me tiende la mano. Tengo tanto calor que corto el apretón de manera abrupta.

Sostiene la puerta y me mira.

—Jefa.

—¿Qué?

—Entonces, ¿tienes pareja?

Le dedico una mirada asesina y él se ríe.

—Mujer, era una broma...

Piso el acelerador y ni siquiera me despido. Menudo jeta. ¡Las apariencias no engañan! Sabía que era un caradura de mucho cuidado.

7. Hecha una furia

Lolo, el de la aplicación para ligar, no deja de insistir, pero yo no me decido. A ver, a primera vista es bastante atractivo, pero así en frío no me apetece quedar con un hombre al que no conozco de nada.

Lolo: *¿estás ahí?*

Lolo: *¿es un gato persa? Tengo una muy parecida. Podríamos conocernos con la excusa de presentarlos, je, je ??*

Me hace gracia que nombre a Félix y me decido a responderle. En mi línea, por supuesto.

Yo: *es una mezcla de persa y gato común europeo. Un día fui a tirar la basura y lo oí maullar.*

Lolo: *que fuerte ☺ es increíble que haya desalmados capaces de abandonar a un animal. Por lo menos ahora tiene una dueña guapa que lo quiere un montón. Es un gato con suerte ??*

Está ligando conmigo. A ver... no sé de qué me sorprende. Es una página web para ligar. O mejor dicho, para conocer a gente con la que tener sexo sin compromiso. Lo normal es que se haga el gracioso e intente ganarse mi confianza. ¿No es lo que estaba buscando? Suspiro. Dejo el móvil sobre el escritorio y abro el email de la empresa para responder a los correos pendientes. ¿A quién quiero engañar? No soy como Lina. Ella es atrevida, sexual y no tiene vergüenza. Yo soy yo. Lo de quedar con un tío al que no conozco de nada no va conmigo.

—Lara, tengo que hablar contigo.

Paco entra en mi despacho como Pedro por su casa. Aparto la vista del ordenador y lo miro como haría cualquier jefe que ve menoscabada su autoridad. Él ni se inmuta. A veces me gustaría borrarle esa sonrisa pretenciosa de un puñetazo.

—Hola, Paco. Lo que tienes detrás es una puerta. Se llama antes de entrar, por si no lo sabías.

Tiene la osadía de soltar un bufido desdeñoso.

—No te des tantos humos.

—¿Cómo dices?

—Vengo a comunicarte que mañana no vengo a trabajar.

—Ah, muy bien. Tómate todo el tiempo libre que quieras. Sin presiones, eh. Tú como en tu casa. Y pasado mañana si no te apetece, tampoco vengas. Faltaría más.

No se deja amedrentar por mi ironía repleta de ira.

—Pues eso, ya lo sabes —responde, y se da la vuelta para marcharse.

—¿A dónde te crees que vas? —me levanto alzando la voz.

Él se queda parado, dándome la espalda.

—Lara, bonita, ese tono no es muy adecuado para dirigirte a un empleado. No me puedes faltar el respeto, eh.

—No me vuelvas a llamar bonita —rodeo mi escritorio y me coloco entre la puerta y él. Se me

queda mirando con esa expresión maliciosa que reserva para mí—. Aquí el único que me ha faltado el respeto eres tú.

—¿Yo? —se hace el ofendido—. He venido a comunicarte, como legalmente me corresponde, que mañana no vengo a trabajar. Me quedan tres días de asuntos propios.

Legalmente, una de sus palabras favoritas que utiliza en su propio beneficio.

—Los días de asuntos propios se comunican por escrito a la empresa con una antelación de cuarenta y ocho horas. Ya conoces el protocolo, tú mismo formaste parte de la redacción del convenio colectivo. Ah, lo mismo se te ha olvidado. Como el funcionamiento de la máquina el otro día. ¿Quieres que también te ponga a leer todo el papeleo legal de la empresa? Tendrás para rato y lo mismo así te apetece menos dejar de perder el tiempo.

Se le congestiona la expresión y ahora me mira con rabia. A lo lejos puedo ver que todos están observándonos con curiosidad.

—¿Te crees que te vas a salir con la tuya, niñata? —lo dice tan bajito que solo lo puedo oír yo.

—¡¡¡¿Qué demonios has dicho?!!! —estallo.

Él pone cara de indefensión y da un paso hacia atrás.

—Lara, creo que está perdiendo la compostura. ¿Por qué no se tranquiliza?

Lo miro confundida, pero entonces comprendo, demasiado tarde, a qué está jugando. Acabo de perder los papeles delante del resto de empleados y él ha quedado como el bueno de la película. Joder, ¿por qué soy tan tonta?

—Fuera de mi despacho —le ordeno con voz temblorosa. De repente tengo ganas de llorar.

—Quiero mi día de asuntos propios.

—Te voy a dar una mierda —le digo, igual de bajito que él me ha hablado a mí, y continúo en el mismo tono—: si quieres guerra, la vas a tener. No me conoces. Soy tu jefa. Tú eres prescindible.

—¿Prescindible yo? —lo pone en duda con chulería—. Soy el jefe del sindicato y el empleado con más antigüedad de la empresa. A ver quién gana, niñata.

—Mira como tiemblo —levanto la barbilla, pero en el fondo me tiembla todo el cuerpo—. Y ahora, lárgate de mi despacho.

—¿O qué?

Alguien entra en el despacho sin avisar y los dos guardamos silencio. Es David. Parece preocupado y nos mira de manera alternativa como tratando de descubrir qué está pasando.

—¿Va todo bien? —me lo pregunta directamente a mí.

—Sí, Paco ya se iba —digo muy alto, para que el resto de cotillas se enteren—. Y esto va para todo el mundo: los días de asuntos propios se solicitan con cuarenta y ocho horas de antelación, rellenando el correspondiente formulario y con el debido justificante.

—Has escondido los formularios para que no podamos acceder a nuestro derecho —me recrimina él.

Escucho algunos murmullos afirmativos a lo lejos. Lo que faltaba.

—Los formularios están a plena disposición de todos en el departamento de recursos humanos y en la plataforma web a la que se accede con las credenciales de cada empleado. ¿No te has leído el convenio que firmaste? Si fuera vosotros, me lo pensaría dos veces antes de elegir a un representante sindical que no está al tanto de los pormenores de los derechos que os corresponden como empleados.

Paco se pone de todos los colores del arcoíris. Quiere guerra y la va a tener.

—¿De qué vas? —gruñe, y está furioso.

—Por favor, Señor Gandía, vuelva al trabajo —respondo impasible.

Se va echando humo por las orejas y David lo sigue con la mirada. Luego la clava en mí. No hace falta que le diga nada porque él también se va. Me dejo caer en la silla y noto que me escuecen los ojos.

Le pego un puñetazo al saco de boxeo. Luego otro. Y otro. Puñetazo, patada, codazo. Patada, patada, puñetazo. Me imagino que es la cara de Paco, suelto un alarido y le pego con todas mis fuerzas.

Estoy en mi despacho, desquitándome con el saco de boxeo mientras los empleados almuerzan en su hora libre. En ocasiones de mucho estrés, como esta, aprovecho este rato libre para pegarle al saco y liberar tensión. Sirve para descargar mala leche. Hoy el saco se llama Paco y le estoy dando una paliza.

—¡Esta por menoscabar mi autoridad!

Doble puñetazo que impacta en su nariz.

—¡Esta por no acatar mis órdenes!

Patada alta.

—¡Y esta por burlarte de mí con el resto de los empleados!

Codazo y patada.

—¿Te gusta? —le grito hecha una furia—. ¡Ya no te ríes tanto, eh!

Escucho un ruido detrás de mí y me vuelvo soltando un gruñido. Actúo por puro reflejo. Es lo que me enseñaron en las clases de artes marciales. Anticípate a tu oponente y golpea primero.

—¡Yiaaaaah! —grito con la pierna en alto.

Le doy una patada en el pecho a David. Él se cae de espaldas y aterriza sobre la silla. Al menos el asiento de la silla es acolchado y tiene la suerte de caer sobre algo blando. Al ser consciente de lo que acabo de hacer, me quito los guantes, los tiro al suelo y me acerco a él con expresión abochornada.

—Ay, ¡dios mío! ¿Estás bien?

Él se lleva una mano al pecho y se inclina hacia delante con esfuerzo. Le cuesta respirar.

—Joder... pegas fuerte.

—¡Lo siento! No te he escuchado entrar. Ha sido un acto reflejo —me muerdo el labio y lo observo con una mezcla de lástima y angustia—. ¿Te he hecho daño?

—Me encantaría hacerme el duro y decirte que no, pero...

Intenta levantarse, pero le pongo la mano en el pecho para que no lo haga. A él se le escapa un gruñido y me doy cuenta de que lo estoy tocando justo donde acabo de darle una patada.

—¡Perdón! —me disculpo otra vez—. Espera, voy a buscar hielo. Quédate sentado. ¡No te muevas!

David se recuesta en la silla.

—¿Me vas a pegar si lo hago?

Se me escapa una risilla algo nerviosa. Voy hacia el minibar y cojo la cubitera. Coloco varios cubitos sobre una camiseta limpia que guardo en el armario de las mudas de ropa y me acerco a David.

—De mayor quiero tener un despacho como este —lo mira todo con admiración.

—Primero pasa el periodo de prueba.

—Pensé que ya te habías hecho a la idea de que soy imprescindible.

Lo dice de tal manera que no sé si es una provocación o está hablando en serio. Levanto su camiseta y él me dedica una mirada cargada de intenciones. Eso sí lo noto.

—Es para colocarte el hielo. No te emociones.

—Me acabas de pegar, ¿por qué iba a emocionarme?

Apoyo el paño contra la zona enrojecida de su pecho e intento mantener la mirada lejos de su tableta de chocolate. También tiene tatuajes en esa zona. Un corazón con un nombre sobre el pectoral izquierdo que no llego a leer porque él me pilla en el acto y aparto la mirada ruborizada.

—¿Te gusta lo que ves? —ahora su voz ronca es claramente provocativa.

Tiene el descaro de sujetar mi muñeca cuando la dejo caer. Contengo la respiración, apoyo el paño contra su pecho y finjo una entereza que no tengo.

—Te estaba examinando en busca de futuras lesiones. Es un simple traumatismo. Bastará con un ibuprofeno cada ocho horas.

—¿A todos tus empleados les haces lo mismo?

—A los que me caen peor los tiro por las escaleras.

Los dos nos reímos. Él me mira de una manera que no es apropiada y sigue sujetando mi muñeca. Me arde la piel y el corazón me late muy deprisa. Me recuerdo que tiene tatuajes, que es un chulo, que no es mi tipo... pero de repente me encuentro completamente perdida en el azul de sus ojos. Un océano que me absorbe por completo y en el que no me importaría darme un chapuzón. A mi cuerpo le invade un calor sofocante. Me desconcierta lo que estoy sintiendo porque no soy dueña de mis emociones. No lo entiendo, ¿qué me pasa?

—No me refería a eso —acaricia mi muñeca con un pulgar y noto esa chispa en su mirada—. ¿A todos tus empleados los cuidas con tanto mimo?

Aparto la mano de golpe y él se ve obligado a sostener el paño.

—Me sentía culpable por haberte golpeado —me justifico, y me pongo de pie dándole la espalda para que no vea mis mejillas enrojecidas—. ¿Qué hacías espíandome?

—No te estaba espionando. Llamé a tu puerta y entré cuando no me contestabas. Pensé que te había pasado algo.

Lo creo. Estaba tan furiosa que me desquitaba con el saco sin ser consciente de mi entorno.

—¿Qué querías?

—Lo de antes me ha dejado muy preocupado y quería saber si estabas bien.

Mi expresión se ensombrece. Un gesto muy noble por su parte, pero no es de su incumbencia.

—Estoy bien.

—No estás bien —me contradice con suavidad.

—Como estoy no es asunto tuyo —le aclaro.

—Tienes razón —admite, y vuelve a la carga—: pero no puedo dejarlo estar. ¿Paco te está haciendo la vida imposible en el trabajo? Puedes denunciarlo.

Aprieto los dientes. Esto es el colmo. El tipo nuevo se cree que soy una princesita indefensa que necesita su ayuda. O quizá intenta ganarse mi confianza para superar el periodo de prueba y quedarse con el puesto. A saber.

—¿Qué parte de no es asunto tuyo no has entendido?

—Pedir ayuda cuando la necesitas no es de ser débil.

—No necesito ni tu ayuda ni la de nadie.

David se pone de pie con cierto esfuerzo. Le he pegado tan fuerte que va a tener el pecho dolorido durante unos días.

—Lara...

Me aparto cuando él intenta tocarme. No voy a permitir que se acerque a mí. Él no se deja amilanar y vuelve a intentarlo. Juro que hago todo lo posible para remediarlo, pero estoy tan hundida que no opongo resistencia cuando él me acaricia los brazos. No sé qué demonios me pasa, pero de repente me encuentro temblando y amparada por unos brazos que me consuelan. Huele de maravilla y por un instante encuentro un inesperado refugio en el que me siento mejor. Su cuerpo es cálido, acogedor y duro como una roca. Uf, hacía tanto tiempo que un hombre no me tocaba que mi resistencia se viene abajo. Me gustaría dejarme llevar y olvidarme de todo. Hasta que soy consciente de esta locura y de lo inapropiado de la situación y me aparto hecha una furia.

—Vete —le ordeno con rabia. Una rabia dirigida principalmente a mí misma porque no entiendo este comportamiento tan absurdo—. Y no vuelvas a acercarte a mí. Soy tu jefa.

—Lo sé —responde de manera sombría—. Solo quería que supieras que puedes contar conmigo.

—Ya, seguro que era eso... —respondo con sorna.

Él me mira desconcertado.

—¿A qué te refieres?

—Nada... cosas mías.

Me dirijo hacia la puerta y la abro para que desaparezca de mi vista. Él pasa por mi lado y se detiene antes de irse. Se me escapa un suspiro irritado. Lo que me produce este hombre es una mezcla muy complicada de describir. Frustración, desconfianza, deseo...

—¿Qué he hecho para que dudes de mí? —quiere saber—. Aparte de atropellarte y disculparme por lo sucedido. Si es necesario, no me cuesta nada volver a pedirte perdón. Pero creo que hay algo más y me gustaría saberlo.

—Eres mi empleado, eso es lo que tienes que saber.

David aprieta los labios y sale de mi despacho sin dirigirme una última mirada.

8. ¿Queeeeé?

El domingo me reúno con las chicas. Lina, María, Lola y Cris notan que me pasa algo en cuanto me ven la cara. No puedo engañarlas. Mi entrecejo fruncido, el gesto de preocupación y las ojeras me delatan. Esta semana se me ha juntado todo. Los problemas en el trabajo, David, las ganas repentinas de echar un polvo...

—¿Qué te pasa? —Lola es la primera en preguntar.

Lola tiene veinticuatro años, es rubia, modelo y ninguna de nosotras sabe muy bien lo que hace aquí. Ella dice que le cuesta hacer amigas y que los hombres solo la quieren para una cosa. Supongo que lo de *la suerte de la fea, la guapa la desea*, en su caso es un hecho.

—¿Todavía sigues comiéndote el coco por lo de Tinder? —interviene Lina, y pone los ojos en blanco—. Madre mía, lo que te complicas la vida para tener sexo.

—No, no es eso...

A ver, es cierto que Lolo sigue insistiendo y que no me decido a quedar con él, pero esa es una de mis tantas preocupaciones.

—El trabajo —adivina Cris.

Asiento de mala gana y me decido a ser sincera. Ellas son las únicas personas a las que puedo contárselo.

—Ay cielo... ¿esos idiotas siguen menospreciándote? —María es la más compasiva de todas.

—En realidad, Paco es quien lleva la voz cantante. Es el representante sindical y el jefe de los mecánicos. Los tiene a todos de su parte y está en plena guerra conmigo. No sé qué hacer. La junta directiva me aclaró que no van a despedirlo porque no quieren echarse encima al sindicato. Y yo me veo entre la espada y la pared, porque él sabe que es intocable y no me tiene respeto.

—Una cosa es que no puedas despedirlo, y otra muy distinta que no te impongas. Si quieres le echo un vistazo a su contrato para descubrir si es tan intocable como él se cree —sugiere Lina.

—No, es muy listo. Es puntual, finge cumplir con sus obligaciones, y para colmo sus compañeros lo cubren si tiene algún fallo.

—Entonces gánate a sus compañeros —dice Lola.

—Imposible. No me tragan.

—¿Por qué? —preguntan todas a la vez.

—¡Y yo qué sé! Lo fácil sería decir que no me respetan porque soy mujer, pero en la empresa tengo reputación de ser una siesa. No me soportan. No lo entiendo. Vale... puede que sea un poco dura y no les pase ningún fallo, pero soy la supervisora. Mi trabajo es comprobar que todo está en orden.

—Algo habrá que puedas hacer... —insiste Cris—. Mira, en mi pastelería había dos trabajadoras que no se podían ni ver. Y lo que hice para mediar entre ellas fue obligarlas a pasar más tiempo juntas. A la hora del almuerzo las invitaba a comer conmigo. Bastaron tres almuerzos para que limasen sus asperezas.

—¿Quieres que los invite a un almuerzo? —pregunto sin entender.

—Noooo, que encuentres algo con lo que podáis congeniar. Yo qué sé. Los tíos suelen quedar con sus compañeros de trabajo para tomar una cerveza, ese tipo de cosas...

—Uhm... —intento encontrar la solución y de repente caigo en la cuenta de algo—. Hay un torneo de fútbolín. No me he apuntado.

—¿Lo ves? Tienes que ser uno de los suyos. Apúntate a ese torneo, riéte de sus bromas, sé cercana.

—Todos tienen pareja menos David —se me escapa.

—¿Quién es David?

—El nuevo empleado.

—Uy, ¿qué te pasa con ese David? —inquire Lola.

—¿A mí? Nada.

—Has puesto cara rara cuando lo has nombrado.

Todas asienten para mi desgracia. Suspiro y decido ser sincera.

—¿Os acordáis del tío que me atropelló la semana pasada? Lo seleccioné sin saber entre más de cincuenta candidatos. Era el más apto para la empresa y ya sabéis que soy una profesional. No iba a permitir que un simple malentendido de mi vida privada me obligase a tomar una decisión poco profesional.

Todas me miran boquiabiertas. Lina me da un guantazo y pone el grito en el cielo.

—¿Queeeeeé?

—No me mires así. Soy profesional. Pensé que tú me entenderías. Eres abogada.

—Lo que no soy es gilipollas.

—¿Yo sí? —me cabreo.

—¡Chicas! —intenta mediar María—. Seguro que Lina no quería insultarte, pero la verdad es que a todas nos ha sorprendido un poco que contratases a ese tal David. No obstante, si lo has hecho será porque se lo merecía.

Lina pone los ojos en blanco.

—Dale un aumento por atropellarte. ¡Es lo mínimo que se merece!

—¡Lina, ya! —la sermonea María—. A ver, ¿cuál es el problema que tienes con David?

—No tengo ningún problema con él —miento, porque me niego a admitir que me pone un pelín cardíaca.

—Has dicho que no querías apuntarte con él al torneo de fútbolín.

—Ah, eso —busco una salida y decido ser sincera, pero a medias—. Se comporta de una manera inapropiada conmigo.

Todas me miran confundidas.

—Que intenta ligar conmigo, vaya. En realidad supongo que lo hace porque está a prueba. Se pensará que soy la típica imbécil a la que puede embaucar.

—Si tan claro lo tienes, ¿por qué no lo utilizas tú? Para el torneo de fútbolín. Y luego lo ignoras —me aconseja Lina

—Eso es ruin —murmura María.

—Es la vida real. Cada uno va a lo suyo y que gane el mejor. Hazme caso. Le pides que sea tu pareja para el torneo de fútbolín, y luego pasas de él. Así aprenderá a no ir de listo por la vida.

Es la primera vez que un consejo de Lina no me parece una locura.

9. ¿Quieres ser mi pareja?

Me sudan las manos y no sé cómo afrontar la situación. Decido hacerlo a la salida del trabajo y le pido a David que se espere cinco minutos. No puede negarse porque soy su jefa. Al menos mi posición me confiere alguna ventaja.

—Hola.

—Hola —su tono seco no me pasa desapercibido.

—Te preguntarás para qué te he hecho quedarte.

—Sí.

—Me he pensado mejor lo del fútbolín y me apetece apuntarme al torneo. Los equipos ya están hechos y somos los únicos que no tenemos pareja. ¿Qué dices?

—No.

Agarra el casco de la moto y se dirige a la salida. Vale, no me esperaba esa respuesta. Lo sigo sin saber qué hacer.

—Vaya, te han arreglado la moto.

Él no contesta. Se nota que está cabreado por cómo lo traté el otro día.

—¿Por qué no? —quiero saber.

Se vuelve de mala gana hacia mí.

—Eres mi jefa. ¿Me vas a despedir si me niego?

—Por supuesto que no —respondo irritada—. ¿Por quién me tomas?

—No lo sé, dímelo tú. Primero me aclaras que eres mi jefa y que guarde las distancias, y ahora me vienes con estas. Permíteme que esté un poco desconcertado.

—He pensado que es una buena forma de entablar relación con mis empleados, ¿vale? —admito de mala gana, porque no sé qué otra cosa puedo hacer—. No te voy a obligar a ser mi pareja. Hasta mañana.

—¡Espera! —me pide, cuando me estoy dando la vuelta—. Seré tu pareja a cambio de algo.

Le dedico una mirada de advertencia y él se ríe.

—No seas malpensada. ¿Me dejas invitarte a una cerveza? En plan colegas de fútbolín. Y de paso compruebo tus habilidades con el fútbolín. No quiero tener por pareja a una completa inútil.

—¡Inútil lo serás tú! —exclamo ofendida—. Para tu información, se me da bastante bien. No sé si tú puedes decir lo mismo.

—¿Eso es un sí?

Me lo pienso durante unos segundos. No me apetece irme de copas con él. No es apropiado. Pero tampoco puedo hacer otra cosa. Las chicas tienen razón. Tengo que integrarme con los trabajadores para que no me vean como a una enemiga. El torneo de fútbolín es la oportunidad perfecta para relacionarme con la plantilla.

—Argh... sí. Pero solo una cerveza.

—Soy encantador. Querrás más de una cerveza cuando me conozcas mejor.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

Salimos del trabajo y él se acerca a su moto. Abre el asiento y me tiende un casco.

—Ja, ja, ni de coña. Voy en mi coche.
—¿Por qué eres tan reacia a probar cosas nuevas?
—Porque ese trasto me atropelló y porque no pienso ir de paquete agarrada a tu cintura.
—¿La quieres conducir tú?
—No.
—Te puedo enseñar.
Ahora la que se ríe soy yo.
—Para que te enteres, tengo carnet de moto, listillo.
Él me mira impresionado y luego se ríe.
—Vale, eso no me lo esperaba. Entonces, ¿me dejas ir agarrado a tu cintura?
Pulso la llave del coche y lo deslumbro con los faros.
—Más quisieras.

Estamos en el típico bar que no pisaría ni muerta. Es un club de moteros y desentono entre tanta chaqueta de cuero, barbas y tatuajes. Nos sentamos en la barra y saco un kleenex para limpiarla. David me mira de reojo, sacude la cabeza sin dar crédito y empieza a reírse.

—¿Qué?

—Eres tela de escrupulosa, eh.

—No quiero coger algo malo —le digo en voz baja, no vaya a ser que me escuche el armario empotrado que hay por camarero.

—Vengo aquí todas las semanas y mi salud está intacta.

Es el típico antro de mala muerte que aparece en las películas. Como sacado de una escena de hijos de la anarquía.

—¿No pertenecerás a ningún club? —le pregunto horrorizada.

—Sí, a los ángeles del infierno —se parte de risa—. ¿Por quién me tomas? Que vaya en moto y tenga tatuajes no me convierte en un delincuente, señorita remilgada.

Habrà que verlo. Pasó doce años sin estudiar. Me encantaría saber a qué chanchullos se dedicó mientras tanto.

—Eh, David. ¿Qué pasa tío? —el armario empotrado lo saluda con un apretón y me mira con curiosidad—. Dichosos los ojos. Esta quién es, ¿tu chorba?

Me pongo más erguida que una estatua. ¿Su qué?

—No, es mi... —comienza a decir David.

—Una conocida —le aclaro.

—¿Una conocida con derecho? —bromea el tipo.

—Una conocida a la que no le gustan las bromas —respondo en tono glacial.

El armario suelta un silbido y pone las manos en alto.

—Menudos humos se gasta —le dice a David, y le guiña un ojo—. ¿Qué te pongo, preciosa?

—Una Heineken. Y no me llames preciosa, ¿vale?

El armario se me queda mirando con el ceño fruncido. Se lo tiene merecido por tratarme con tanta familiaridad. ¿De qué va?

—Otra para mí —le pide David.

Nos deja a solas y noto que David hace un gran esfuerzo por contener la risa.

—Es la primera vez que veo que alguien lo deja tan cortado.

—Que no vaya de gracioso.

—Jamás entenderé por qué a una mujer preciosa le podría molestar que le dijeran que lo es.

—Las mujeres no necesitamos la aprobación de ningún hombre. Imagínate que yo fuera por ahí llamando precioso o guapo al primer tío con el que me encuentro.

Vale, ignoraré el hecho de que acaba de hacerme un cumplido. ¿Le parezco atractiva o solo entra dentro de su táctica para conseguir el empleo?

No te emociones, Lara... no te emociones.

—Me encantaría que se cambiaran los roles. Podría vivir en un mundo donde las mujeres me saludaran con un: *hola guapo, ¿qué tal?* A ver, pruébalo.

—Ja, ja.

—¿No decías que era sexista? Hazme un cumplido y estaremos en paz —se inclina hacia mí y me mira expectante—. ¿Lara?

—¡No te voy a hacer ningún cumplido! —exclamo, asombrada por la forma que tiene de darle la vuelta a la tortilla.

—¿Por qué no?

—No me apetece.

—¿No te parezco guapo?

Me cruzo de brazos y pongo los ojos en blanco. Él sigue inclinado hacia mí y su respiración cálida me hace cosquillas en la barbilla.

—Ese no es el tema —intento esquivarlo—. La cuestión es que no se puede ir por ahí juzgando el aspecto físico de los demás. Es poco respetuoso.

David se da por vencido y se echa hacia atrás.

—Que lista eres —en sus labios asoma una media sonrisa—. Sabes cómo desviar la conversación cuando no quieres hablar de algo.

—No sé de qué me hablas...

Me doy cuenta de que también estoy sonriendo y algo en mi interior se remueve con incomodidad. Es del todo inapropiado. No debería estar en un bar de mala muerte con uno de mis empleados.

Agarro la cerveza cuando el armario empotrado la deja sobre la barra y le doy un trago muy largo.

—Solo una.

—Bébetela más despacio. ¿Me vas a privar tan rápido de tu compañía?

—Eres un pelota.

—Soy un tipo sincero. Creí que las mujeres valorabais mucho la sinceridad.

—Eres un jeta... —sacudo la cabeza con una mezcla de diversión y recelo—. No te gusta estar conmigo. Soy tu jefa. Los empleados nunca quieren estar con sus jefes. Los evitan incluso a la hora del almuerzo. Forma parte del código no escrito de cualquier empresa.

—¿Eso es lo que te pasa en el trabajo? ¿Por eso estabas tan desesperada por apuntarte al torneo de fútbolín?

—No vayas por ahí —le pido con suavidad, y añado—. En serio, lo estamos pasando bien. No me apetece volver a ese momento en el que tú insistes en meterte donde no te llaman y yo me cabreo.

—Me parece bien —tamborilea con las manos en la barra y pide otra cerveza. Cuando lo miro, se limita a decir—. El límite es para ti, ¿no? Y para que lo sepas, me gusta estar contigo y me da igual que seas mi jefa. Y que conste que no te estoy haciendo la pelota, pero sé que no puedo hacer

nada para que confíes en mí.

Ahora sí que me he quedado sin palabras. Me queda el culillo de la cerveza y me resisto a acabarla.

—¿Una partida al fútbolín?

—Somos dos.

—Aquí hay gente de sobra.

Observo con desaprobación a todos los que nos rodean. Soy como una hormiga en mitad de un avispero.

—Te pones muy guapa cuando frunces el ceño —me susurra al oído, y se aparta muy rápido.

Me sobresalto por el contacto de sus labios sobre el lóbulo de mi oreja, y cuando quiero echarle la bronca, él ya se ha levantado y camina hacia un grupo de hombres. Me acabo la cerveza de un trago para enfriarme, porque de repente me ha entrado mucho calor.

10. Eres toda una sorpresa

—¡Gooooooooooooooooo! —grito como una verdadera loca.

Les estamos dando una paliza. Estoy que no quepo en mí del entusiasmo. Quién lo diría. David y yo formamos una gran pareja. De fútbolín, no me malinterpretes. Él hace de defensa y tiene buenos reflejos, porque las para todas. Y yo soy la que mete los goles.

Terminamos el partido con un siete a cero. Josemi y Manu, los amigos de David, se lo toman con deportividad y me invitan a una cerveza. David me mira intrigado para ver cómo salgo del aprieto. Si me niego, quedaré fatal.

—Gracias, chicos, pero debería irme a casa. Le dije a David que solo me iba a tomar una cerveza.

—Una no es ninguna.

—Venga mujer, no nos hagas el feo. La última y nos cuentas cómo os conocisteis.

—Vale —respondo, sin saber negarme.

David me arrastra hacia la mesa con una expresión de satisfacción que no sabe disimular por haberse salido con la suya.

—Te dije que te quedarías.

—Me dijiste que tu encanto me obligaría a tomarme otra cerveza, pero me han convencido tus amigos. Son bastante majos.

—Auch, eso ha solido —se lleva la mano al pecho—. ¿No sospechas que pueden ser delincuentes o algo por el estilo? Lo digo por sus tatuajes y esas pintas...

—Qué gracioso eres —le tiro una servilleta—. ¿Me culpas por pensar mal de un hombre que me atropelló?

—Fue sin querer —dice avergonzado—. Saliste de la nada. El camión me tapaba la visibilidad. Me sentí muy culpable y de hecho me sigo sintiendo como una mierda.

—¡Vale, vale! No sacaré más el tema. ¿Mejor?

—Casi —está sentado a mi lado y me pasa un brazo por los hombros como si nos conociéramos de toda la vida. O como si fuésemos algo más que amigos—. ¿Te puedo dar un beso de reconciliación?

—Eres lo peor —me aparto de él y le doy un guantazo—. No sé para qué te echo cuenta.

—En la cara, tampoco te emociones. Un beso en plan: se acabaron los malos rollos, pasamos página y a partir de ahora nos llevamos bien.

—Sigue soñando. Ni me voy a abrazar a tu cintura, ni te voy a dar un beso.

—A ver... yo sé que te impongo, pero tampoco hace falta que te cortes.

—¡Serás idiota!

Se me escapa la risa a borbotones a pesar de que intento contenerla. Josemi y Manu llegan en ese momento. Me ofrecen una cerveza que acepto con una sonrisa.

—¿Cómo os conocisteis? —me pregunta Manu—. Aquí el menda no suelta prenda.

—En el trabajo.

Me miran extrañados. No es para menos.

—No sé qué estaréis pensando, pero somos compañeros de trabajo.

—Es muy humilde. En realidad es mi jefa —les explica David.

—Pero ¿estáis saliendo juntos?

—¡No! —decimos al unísono.

—Estábamos entrenando para el torneo de fútbolín de la empresa —añado algo incómoda.

—¿También te dedicas al mundo de la automoción? —Josemi nota mi incomodidad y decide cambiar de tema—. Cuando éste se pone en plan cerebritito, lo dejamos por imposible. Es un pelín sabiondo, no se lo tengas en cuenta.

—No me digas —bromeo.

Los dos se ríen. David finge hacerse el ofendido. Para cuando quiero darme cuenta, las cervezas se multiplican en nuestra mesa y, para mi sorpresa, me lo estoy pasando muy bien. Los amigos de David son buena gente y el tiempo se me pasa volando.

No sé cuánto tiempo transcurre, pero sé que es hora de irme cuando nos quedamos a solas. Llevo más de cuatro cervezas y se me empieza a trabar la lengua.

—¿Te sigue doliendo el pecho?

—Que sepas que le tuve que decir a mi madre que me di un golpe en el gimnasio porque no sabía cómo explicarle que mi jefa me había pegado. No quería asustarla.

Se me escapa una risilla floja.

—Fue sin querer.

—Pegas duro —me aprieta el brazo y pone cara de aprobación—. ¿Haces pesas?

—Kick boxing tres veces a la semana.

—O sea, que mejor no me meto contigo.

—Ajá —le doy un último trago a la cerveza—. Debería...

—Se te da bien el fútbolín, el kick boxing... Eres toda una sorpresa. Tengo que admitir que no me lo esperaba.

—¿Porque soy una mujer?

—Porque eres un pelín... cómo decirlo sin que vuelvas a pegarme...

—¡Dilo ya!

—Tienes pinta de ser muy delicada. En plan desinfectar la barra del bar y ese tipo de manías que no casan con ser una tía dura que le da al saco de boxeo.

—¿Y qué? Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Tú también tenías pinta de gilipollas y estoy reconsiderando mi opinión.

—Muchas gracias —tuerce el gesto—. ¿De dónde te viene la afición por el fútbolín? Eres condenadamente buena.

Se me ensancha una sonrisa de orgullo.

—Mi padre me enseñó.

—¿Era de los que querían un niño?

—Que va —respondo con esa sonrisa tonta que se me pone cada vez que hablo de mi padre—. Pero era la única forma que tenía de conectar conmigo. El pobre me quería ayudar con los deberes y acababa agobiado cuando le pedía que me hablase de física cuántica. Era un cerebritito que los traía de cabeza porque ni él ni mi madre entendían mi pasión por las ecuaciones, los números... Así que cuando se dio cuenta de que me gustaban las cosas típicamente consideradas de chicos,

hizo lo que pudo para compartir aficiones conmigo.

—Parece un buen hombre.

—Lo es. Mis padres me quieren con locura y siempre han apostado por mí. ¿Y qué hay de ti?

—Mi padre murió cuando tenía diez años. Tengo muy bien recuerdo de él. Y de mi madre lo único que te puedo decir es que es una santa.

—Vaya... lo siento mucho.

—Gracias.

—¡Mira quién tenemos aquí!

Sé que la sensual pelirroja que se acerca a nosotros va a causarme problemas en cuanto le veo la expresión. Imagínate a Jessica Rabbit en versión de carne y hueso, pero con un apretado traje de dos piezas de cuero negro. Cara de resentimiento, sonrisa tensa y mirada asesina en mi dirección. No me hace falta sumar dos más dos. El gesto de incomodidad de David lo delata. Estos dos han tenido algo y ella no lo ha superado. Genial. Y yo en medio.

—Hola, Ángela. ¿Qué tal estás?

—De puta madre después de que no contestaras a mis mensajes. Que digo yo que podrías habérmelo preguntado por teléfono. Pero claro, era mejor evitarme, ¿no?

—¿Hace falta que me montes una escena delante de todo el mundo?

—¿Delante de todo el mundo o delante de ella? —me señala con la cabeza—. ¿De dónde has sacado a tu nueva amiguita?

—¿Te importaría dejar de hablar de mí como si no estuviera presente? Es una falta de educación por tu parte —le digo mosqueada. Una cosa es que tengan cuentas pendientes, y otra muy distinta que vaya a tolerar que me mezcle en sus asuntos. Por ahí no paso.

La pelirroja olvida por un instante a David y se centra en mí. Me disecciona sin disimulo alguno. Desde mi traje gris y anodino y mi escaso maquillaje, hasta mi moño apretado. De repente me siento fuera de lugar entre tanta mujer encuerada y hombre con tatuajes. Enarca las cejas y suelta un bufido desdeñoso. No la culpo por su escasez de modales. Sabe que físicamente no estoy a su altura.

—¿Y tú de dónde has salido?

—Me llamo Lara —le tiendo la mano porque, a diferencia de ella, a mí sí me enseñaron a ser educada con todo el mundo.

—Sí, sí —la acepta de mala gana y sigue con su escrutinio—. Lara la secretaria. Esta es nueva. Pensé que te iban más de mi estilo.

—No soy secretaria.

—Pues tienes toda la pinta de coger llamadas y hacer fotocopias.

—Soy ingeniera industrial —le digo para cerrarle la boca.

Ella se desconcierta un segundo, pero al siguiente deja escapar una risilla estridente y se vuelve hacia David.

—¿Desde cuándo te van las mojigatas con pinta de empollonas?

—Ángela, te estás dejando en evidencia a ti misma con esta forma de actuar tan lamentable. Lara no tiene nada que ver con esto. ¿Por qué no quedamos un día y lo hablamos como personas civilizadas?

—Ya... te estás intentando librar de mí. Ya me voy, tranquilo. Bonita, ten cuidado con él. Es un pájaro de mucho cuidado. Tendrá labia y encanto, pero es todo fachada. En cuanto te use un par de veces te mandará a freír espárragos. Y si no date una vuelta por el bar y pregunta a las asiduas. Te estoy haciendo un favor.

—Gracias por la información —respondo con ironía.

Ella se da la vuelta con un estudiado movimiento de melena y se macha con bamboleo de caderas incluido. David se queda tan chafado que deja de ser el tipo divertido que siempre tiene un comentario ingenioso para salvar la situación.

—¿Pedimos otra? —sugiero para distender la tensión.

—Lo siento —se disculpa con evidente incomodidad—. Lo que acabas de presenciar no tiene justificación alguna. Sé lo que estarás pensando de mí y quiero que sepas...

—¿Qué no eres tan malo como ella te pinta? —lo interrumpo de buen humor—. Tranquilo, no me ha asustado. Solo soy tu jefa, no tengo intenciones de ese tipo contigo.

—Me sorprende que te lo tomes de esa forma, la verdad.

—Quizá hubiera desconfiado de ti si estuviésemos saliendo, pero no es el caso. Tu vida privada y tus líos amorosos no tienen ningún interés para mí. No voy a formarme ninguna impresión solo porque una ex despechada quiera meterte en problemas.

—Qué práctica.

Parece desencantado y me encantaría saber el porqué. Al fin y al cabo estoy siendo justa. No soy su pareja ni quiero algo más con él. ¿Por qué tendría que enfadarme?

—De todos modos no quiero que pienses que soy un caradura.

—¿Qué más da lo que yo crea?

—No quiero que pienses mal de mí. Sé la idea que se puede estar formando en tu cabeza. No soy la clase de hombre que utiliza a las mujeres y les regala el oído para que confíen en él. No soy así.

Lo miro a los ojos y tengo la impresión de que está siendo sincero. Pero vete a saber.

—Oye, no es de mi incumbencia...

Me coge las manos y me busca con la mirada.

—Insisto, por favor. Sé lo que puede parecer por lo que ha contado Ángela, pero la historia dista mucho de ser así. No tuvimos nada serio. Y le expliqué de antemano que no estaba buscando una pareja. A ella no le importó hasta que decidí que debíamos dejar de vernos.

—¿Por qué lo decidiste?

—Porque noté que ella quería algo más. Lo último que quería es que ella sufriese por mi culpa, pero es obvio que no lo he conseguido. Ahora está cabreada conmigo.

—Si es tal y como tú lo cuentas, no tiene ningún derecho a estarlo. Fuiste sincero con ella y no debería haberse hecho ilusiones.

—¿Me crees? —pregunta esperanzado.

Lo miro a los ojos y no sé qué pensar. ¿Por qué le interesa tanto mi opinión? ¿Qué más le da?

—Sí.

Me mira impresionado y me entran ganas de reírme.

—Vaya... vaya... no soy la única que tiene prejuicios.

—¿A qué te refieres? —pregunta sin entender.

—A que me ves como la típica mujer que se lo iba a tomar fatal y huiría de ti como la peste después de conocer a Ángela. Crees que soy una desconfiada.

—¿Significa eso que no vas a salir huyendo?

Le agarro la mano cuando intenta acariciarme el pómulo. Frunzo el ceño y me echo hacia atrás.

—¿Qué ibas a hacer?

—Colocarte ese mechón de pelo detrás de la oreja. En las películas siempre les sale bien.

—Soy tu jefa —le doy una palmadita en el pecho—. No te montes películas.

Me levanto y señalo la diana.

—¿Una partida?

—¿No te ibas a tomar solo una cerveza? —bromea, y me agrada que se tome mi rechazo con deportividad.

—Agradéceselo a tus amigos.

Pasa por mi lado, coge los dardos y me provoca un escalofrío en la nuca cuando me habla muy cerca de la oreja.

—¿Quieres que me crea que yo no he tenido nada que ver?

Me vuelvo hacia él sin guardar la distancia de seguridad. Esa distancia que sería apropiada entre jefa y empleado, y que nosotros no respetamos casi nunca. A él le brillan los ojos. Yo tengo ganas de bajarle esos humos que se gasta. ¿Le funcionará con todas? Si Ángela tiene razón, tiene fama de ser un rompecorazones.

—Es la verdad.

—No te creo.

Ahora sí que me coloca el mechón de pelo detrás de la oreja. Me acaricia a propósito la mejilla y entrecierro los ojos. El contacto dura unos segundos, pero a mí me produce un millón de sensaciones inexplicables y despierta un fuego en mi interior que creía dormido para siempre. Intento ser la mujer sensata y prudente de siempre y busco un resquicio de determinación para apartarlo de mí. Le arrebató los dardos y le digo muy seria.

—Soy tu jefa.

—No lo sabía, como no lo repites nunca...

—Lo que quiero decir es —adopto una expresión seria—: cuanto más lejos mejor, mi amor.

Tiro el dardo y doy en el centro.

11. De paquete

Me lo he pasado tan bien que ahora me arrepiento de haber bebido tantas cervezas. Lo cierto es que perdí la cuenta cuando llevaba cinco. O puede que fueran seis. Madre mía, ni que tuviera quince años. No soy de las que se desmadran ni saliendo con las chicas. Mi límite está en tres cervezas. A partir de la cuarta me entra la risa tonta y me empiezo a marear. El suelo deja de ser estable y tengo que enderezar la espalda para caminar como una persona sobria.

No sé ni qué hora es. Seguro que casi de madrugada. Ay, Dios, ¿qué mosca me ha picado? Nunca me acuesto más tarde de las once si trabajo al día siguiente. Tampoco bebo alcohol entre semana. Soy metódica, organizada y reflexiva. ¿Desde cuándo me voy de cervecitas con un empleado? He perdido el juicio y tengo que recobrar el sentido común.

¿El primer paso para hacerlo? Ser una persona responsable y no conducir estando bajo los efectos del alcohol.

—No puedes coger el coche.

—Ya lo sé, listillo —respondo a la defensiva—. Soy una ciudadana ejemplar.

—Muy bien, ciudadana ejemplar. ¿Y cómo piensas irte a casa?

Saco mi teléfono del bolso y se lo enseño con expresión petulante.

—Voy a llamar a un taxi.

—Mira que eres tozuda. ¿Por qué no me dejas llevarte?

—Tú también has bebido.

—Me tomé la última cerveza hace más de una hora y media. Estoy bien.

Se coloca a la pata coja y se pone el dedo pulgar sobre la barbilla, en plan americano. Me hace tanta gracia que se me escapa una risilla estridente. Mierda, es por culpa de la cerveza.

—Uy, qué responsable eres —me vuelvo a partir de risa—. A ver si lo he entendido: me has emborrachado para obligarme a ir contigo en la moto.

—Me has pillado —se acerca a mí y me pone las manos en los hombros para que me mantenga en pie—. Te he puesto una pistola en la cabeza para que acabases con toda la reserva de cerveza del bar.

Intento poner mala cara, pero no me sale. El alcohol juega en mi contra. Me aparto de él con orgullo y lo miro con determinación.

—No voy a ir de paquete. Llamaré a un taxi.

David resopla.

—Qué cabezota eres.

—No tienes ni idea.

Observo con frustración la pantalla apagada de mi teléfono. No puede ser. ¿En serio?

—Vaya, no tengo batería —extendiendo el brazo—. Dame tu móvil.

—No.

—¿Qué? —lo miro sin dar crédito—. Dame tu móvil, tengo que llamar al taxi.

—No.

—¿Esa es tu estrategia para conseguir que me monte contigo en la moto?

—Sí.

—Me estoy cabreando —le advierto, pero de nuevo se me escapa otra risilla. Uf, así es imposible imponer respeto—. Dame tu móvil. En serio, no tiene gracia.

—No soy yo el que se está riendo...

—David...

—Lara...

Pierdo la paciencia y me abalanzo hacia él. Lo pillo completamente desprevenido cuando le meto la mano en el bolsillo para coger el móvil. Él se sobresalta e intenta forcejear conmigo.

—¡Ey! ¡Esto es acoso laboral! ¿Sabes que te puedo denunciar por tocarme sin mi consentimiento?

—¡Que me des el móvil! —se me escapa otra risilla y él también empieza a reírse—. ¡David, para ya!

—Te recuerdo que la que me está metiendo mano eres tú.

Me agarra las muñecas por detrás de mi espalda. Nos quedamos muy juntos. Su pecho contra el mío. Somos casi de la misma estatura. Me sacará diez centímetros. Sus ojos se pierden en mi boca unos segundos antes de fijarse en mis ojos. Se me acelera el pulso. Sería muy fácil besarlo si me pongo de puntillas. Ay ¿pero qué estoy diciendo?

—Tienes unos ojos preciosos —lo miro embelesada.

—¿Acabas de hacerme un cumplido? —está más extrañado que yo.

—No sé lo que digo —murmuro consternada—. Estoy borracha. ¿Me das tu móvil? Por favor.

A David se le escapa el aire por la boca, me mira con una intensidad que me traspasa y me suelta. A pesar de soltarme, nos quedamos allí parados en la misma postura. Su deseo es tan profundo que me alcanza por completo. Pensé que eran imaginaciones mías, pero la forma en la que me mira no deja opción a dudas. Si tomase la iniciativa, no podría rechazarlo. Si me besara, estaría perdida. Doy un paso hacia atrás y me muerdo el labio. Él parece decepcionado. Se mete la mano en el bolsillo, saca el móvil y pone cara de circunstancia.

—Pensarás que lo he hecho a propósito...

—¿Qué pasa?

—Apagado —me enseña la pantalla negra—. Señorita tozuda, ¿quieres irte andando o te llevo en moto?

Aprieto los dientes y me dirijo hacia su moto con cara de pocos amigos.

—¡No corras!

—Sí, jefa.

—¡No te saltes ningún semáforo!

—Sí, jefa.

—¡No hagas eso que hacen todos los motoristas de ir zigzagueando entre los coches! Es imprudente y me pone de los nervios.

—Sí, jefa. ¿Algo más?

—Que no me llames jefa.

—Sí, je... —se controla justo a tiempo y abre el compartimento del asiento para tenderme un casco—. Conduzco bien. Tú tranquila.

—Mientras no atropelles a nadie...

Me coloco el casco y me pregunto cuántas mujeres se lo habrán puesto antes que yo. Seguro que la tal Ángela lo llevo en ese cabeza de chorlito. Argh, no me puedo creer que al final se vaya a salir con la suya. Es la primera y la última vez que me monto en su moto.

Me siento en la moto y me agarro a las asas del asiento. David se levanta la visera del casco y

mira hacia atrás.

—¿Qué haces? Agárrate a mi cintura si no quieres caerte en la primera curva.

Me doy por vencida.

—¡Está bien! —claudico—. Pero como se lo digas a alguien en el trabajo, te mato.

—No me creerían...

Me agarro a su cintura y contengo la respiración. Madre del amor hermoso, está más duro que una roca. Está temblando. Y desprende un calor tan acogedor que podría quedarme dormida. Aflojo el agarre cuando soy consciente de mis pensamientos libidinosos. Será por hombres en el mundo, ¿por qué tengo que fantasear justo con él?

Acelera y me veo obligada a abrazarme a su cintura con todas mis fuerzas. Si pudiera verle la cara, seguro que lo vería sonreír de satisfacción. Es lo peor. Pero está buenísimo. Y para qué negarlo, disfruto del viaje como una quinceañera con las hormonas revolucionadas.

12. Un sueño inconfesable

No me quiero bajar de la moto cuando aparca delante de mi casa. Hacía mucho tiempo que no montaba en moto. Tengo la mía aparcada en el garaje y apenas le doy uso. Olvidaba lo que se siente cuando el viento te acaricia la cara. La adrenalina, la velocidad... Y para colmo, la nueva experiencia de ir agarrada a la cintura de un tío buenorro.

—Ya hemos llegado.

Al ver que no me muevo, David me da un apretón suave en el brazo.

—¿Te has muerto?

—Eh... no —despierto de mi ensimismamiento y me bajo de la moto—. Hacía mucho tiempo que no montaba en moto.

—Cuando quieras te doy otra vuelta —lo dice sin ningún alarde de chulería—. O también puedes llevarla tú. A mí no me importa ir agarrado de la cintura de una mujer guapa.

Me quito el casco. Me da que voy a tener que acostumbrarme a sus comentarios inapropiados. Me encantaría saber si lo dice en serio o realmente me encuentra atractiva. Todo sería más sencillo si yo no fuera su jefa.

Observa mi casa y suelta un silbido. Sé lo que está pensando. A simple vista es una casa imponente.

—Guau. ¿Me invitas a entrar?

—Ni hablar —le devuelvo el casco—. No es buena idea y lo sabes.

—¿Por qué no? —se hace el inocente.

—Porque...

—Eres mi jefa y no soy tu tipo —me lee la mente—. Que digo yo que si lo tienes tan claro, no deberías tener problemas en invitarme.

Vale, me acaba de dejar sin argumentos. Busco una respuesta rápida, pero él se me adelanta.

—Buenas noches, Lara.

—Hasta mañana —respondo aliviada.

Va a darse la vuelta, pero se lo piensa mejor y se me queda mirando de una manera muy extraña.

—Te daría un beso si no creyera que puedes noquearme de un puñetazo.

—¡Me voy! —subo la escalinata a toda prisa porque me entra el pánico.

—¡Lara! —exclama emocionado—. ¿Me pegarías si intento besarte?

Dios, no. Sucumbiría a ese beso porque me pones como una moto. Nunca mejor dicho.

—¡Por supuesto que sí!

Él se me queda mirando como si dudase de mí, pero entonces se da la vuelta y se monta en la moto.

—Hasta mañana, jefa.

David entra en mi despacho con una expresión circunspecta. Aparto la mirada del ordenador y

la centro en él. El mono de trabajo le da un aspecto de mecánico atractivo que me pone a mil por horas.

—Tienes que llamar antes de entrar. Lo que pasó anoche no te da ningún trato de favor.

—Cállate.

Enarco una ceja.

—No te voy a permitir que...

David corta la distancia que nos separa, barre con un brazo mi escritorio y me agarra por la cintura. Me sube a la mesa y me besa sin pedir permiso. Su boca reclama la mía con una ferocidad que me vuelve loca. Me olvido de donde estoy. Me olvido de quienes somos. Me olvido de todo y sucumbo a él con una intensidad que hasta a mí me sorprende. Mi cuerpo grita: ¡sí, sí, sí! Y mi mente piensa: Oh, sí, sí, sí...

Sus manos están por todas partes. Me arranca la ropa como si fuera un animal hambriento. Hambriento de piel y de sexo. Me besa el cuello. Lo muerde. Me susurra palabras sucias que me ponen muy cachonda. Me aprieta el trasero y me parte las medias.

Ay, Dios. Está pasando. Ay, Dios. Me muero. Ay, Dios. Me pueden despedir y me trae sin cuidado.

Tiro de su mono de trabajo y busco con desesperación la cremallera.

—Soy tuya. Hazme lo que quieras...

Pi, pi, pi

Pi, pi, pi.

Pi, pi, pi.

—Oh, David...

El timbre del despertador me saca de ese sueño tan húmedo. Abro los ojos de par en par y me llevo la mano al corazón. Por Dios bendito, soy una calentorra. Acabo de tener un sueño erótico con David en el que me poseía en mi despacho. Hasta le digo que soy suya y que me haga lo que quiera. ¡Será posible!

Ya está, he tocado fondo. O le pongo remedio a esto, o de lo contrario se me caerán las bragas al suelo cuando lo vuelva a ver. Acostarme con él está completamente descartado. Sería la comidilla de la empresa si llegan a enterarse. Si ahora me respetan poco, no me quiero ni imaginar lo que sucedería de llegar a oídos de los demás.

Me entra un arrebató y hago de las mías. De toda la vida un clavo saca a otro clavo. Lina tiene razón. Lo que me hace falta es un poco de marcha para alegrarme la vida. Ni me lo pienso cuando le escribo un mensaje a Lolo.

Yo: ey, ¿qué tal? ¿Te gustaría quedar este viernes?

Lolo no tarda en responder.

Lolo: por supuesto. Dime la hora y el sitio.

Yo: a las 21. 30. Te mando la ubicación.

Lolo: allí estaré. Me muero de ganas de conocerte.

Vale, ya está hecho. Ahora no cabe otra opción que acudir a la cita y rezar para que Lolo sea

mínimamente interesante. Lo sé, solo quiero echar un polvo. Pero me conozco lo suficiente para saber que necesito tener cierta conexión con un hombre para querer llegar a algo más. Maldita sea, justo lo que me sucede con David. Maldigo para mis adentros que sea mi empleado. Nunca cruzaría ese límite. Además, no me fío ni un pelo de él. Es encantador. El último hombre tan encantador que conocí me rompió el corazón. No estoy dispuesta a asumir de nuevo ese riesgo.

13. Trabajo en equipo

Es la primera y la última vez que acudo con resaca al trabajo. Me he tenido que maquillar más de lo normal para camuflar la cara pálida y las ojeras de panda. Tengo la boca seca, el estómago revuelto y un dolor de cabeza que va in crescendo. Paso la mitad de la mañana encerrada en el despacho y les digo a todos que hoy no estoy para nadie. Paco rumia por lo bajo, pero estoy tan cansada que paso de él. Reconozco que ignoro a David porque me da vergüenza mirarlo a la cara. He hecho memoria y caído en la cuenta de que le dije que tenía unos ojos preciosos. En fin, no se puede caer más bajo.

A la una menos cuarto, me preparo para la reunión que tengo dentro de quince minutos con la junta directiva. Menos mal que preparé el dossier la semana pasada. Les encantan mis estudios pormenorizados llenos de datos y tablas comparativas. Sé que estarán satisfechos porque la productividad ha crecido un 12 por ciento respecto al año pasado y además hemos conseguido reducir los gastos. Me merezco un aumento, pero lo pediré en otro momento porque hoy tengo que centrarme en mi problema con el personal. O mejor dicho con Paco. Sé que si lo elimino del tablero de juego, el resto son meros peones a los que puedo manipular con facilidad.

Salgo de mi despacho con la intuición de que hoy será un gran día. Sé que me valoran. Solo tengo que mostrarme asertiva para explicarles mi posición. Voy tan ensimismada que me tropiezo con alguien en mitad de la escalera. Me tiene que sujetar para que no me caiga rodando.

—¡Ay!

—Perdona, ¿estás bien?

David me sostiene por la cintura y se me acelera la respiración. Genial, el que faltaba. Es como si el destino se empeñara en reunirnos una y otra vez.

—Sí. Perdona, llego tarde a una reunión.

Me aparto de él con una visible incomodidad. Si lo nota, no dice nada.

—¿Qué tal la resaca?

Se me cae el alma a los pies.

—¿Tanto se me nota?

—No. Lo he preguntado porque con lo que bebiste anoche, debes de estar hecha polvo...

Le pongo la mano en la boca para que se calle. Aquí hasta las paredes tienen oídos.

—Ssssh —le pido agobiada—. No quiero... ya sabes, que alguien se entere.

Le aparto la mano de la boca y él me mira contrariado.

—Vale.

Creo que se ha molestado. A ver, lo puedo llegar a entender. Anoche no hicimos nada malo y tengo todo el derecho del mundo a disfrutar de mi tiempo libre con quien me da la gana. Pero es... complicado.

—Anoche lo pasé muy bien contigo, no me malinterpretes —le explico con total sinceridad y en tono bajo—. Pero no me apetece que piensen lo que no es. Quien tú sabes me tiene entre ceja y ceja y aprovecharía cualquier excusa para ponerme en un aprieto.

David asiente y me dedica una media sonrisa.

—Lo entiendo —me da una palmadita en la espalda y sube los escalones—. Suerte con la

reunión, jefa. Aunque no la vas a necesitar. Eres increíble y ellos lo saben.

Parecerá una tontería, pero sus palabras me dan el impulso que me faltaba para ir a la reunión con el ánimo renovado.

Soy increíble.

Se me dibuja una sonrisa tonta en los labios. Le parezco increíble.

Soy la última en exponer. Tenemos reuniones como esas cada dos meses, y en todas ellas soy la única que jamás se ha llevado un rapapolvo. No es para menos. Soy buena en mi trabajo. Qué narices. ¡Soy excelente! Desde que estoy al mando las estadísticas han mejorado de manera sustancial.

—Estoy satisfecha de anunciar que la productividad ha aumentado en un doce por ciento respecto al año pasado, y si la comparamos con el trimestre anterior, en un uno por ciento. Hay que tener en cuenta que el modelo x784z está dando ciertos fallos, pero estoy convencida de que podemos aumentar el margen de mejora si... —ya los tengo en el bote. Es coser y cantar.

Todos me escuchan atentamente. Cuando termino de exponer mi trabajo, Anthony, el director corporativo, asiente satisfecho.

—Creo que hablo por todos cuando te doy la enhorabuena por tu trabajo. Hicimos un gran fichaje contigo, Lara.

Sonrío emocionada. Es el momento de mover ficha. Ahora o nunca.

—Anthony, si me lo permites, hay algo que quiero comentar respecto a los empleados de mi sector.

—Ah, sí, me alegro de que saques el tema.

—Como ya os he comentado alguna que otra vez, los empleados me lo están poniendo algo difícil para eh... uhm... —busco las palabras adecuadas con las que describir la situación—. Hacerme respetar. Os aseguro que me incomoda más que a nadie exponer este tema en público, y que lo he intentado de todas las maneras posibles antes de tomar esta decisión. También me gustaría añadir que no es una crítica en concreto hacia los mecánicos, de cuyo trabajo me siento más que satisfecha. Pero me cuesta imponerme y hacerles ver que soy la supervisora. Subestiman mi autoridad y actúan como si el jefe al que tuvieran que rendirle cuentas fuera...

—Sí, sí, de eso queríamos hablarte —me corta Anthony—. Somos conscientes de lo que nos cuentas. Lo hemos hablado con el departamento de recursos humanos en busca de posibles soluciones que nos satisfagan a todos.

—¿En serio? —pregunto con una mezcla de recelo e ilusión.

—Hemos tanteado diferentes alternativas. Ya sabes que el trabajo en equipo es uno de los pilares básicos de nuestra compañía. Un trabajador contento es más productivo. Muchos trabajadores contestos son la clave del éxito.

—Sí, es lo que yo pienso. Por eso...

—Así que me complace comunicarte que después de estudiar las diferentes opciones, hemos decidido establecer un fin de semana de convivencia entre los trabajadores.

—¿Qué? —se me cae el alma a los pies. Debe de ser una broma.

—Es una idea fantástica para aumentar la confianza entre los trabajadores y pulir las rencillas. Además aumentará tu... cómo decirlo, escasa popularidad entre tus subordinados. ¿Qué te parece?

—Pues... —estoy hecha una furia pero intento que no se me note—. No es lo que yo estaba

pensando.

—Seguro que es mucho mejor —Anthony me advierte con la mirada de que no le lleve la contraria—. Además, serás la encargada de comunicarles la buena noticia. Un fin de semana con todos los gastos pagados en un hotel de cuatro estrellas. Contareis con diferentes actividades en grupo para lograr el objetivo de la convivencia: propiciar la buena relación de todos los empleados.

Los miembros de la junta directiva aplauden la iniciativa. No me queda otro remedio que aceptar. Genial. Maravilloso. ¡Estupendo! Por si no me fuera suficiente aguantar al cretino de Paco en el trabajo, ahora también tengo que soportarlo en un fin de semana de vacaciones.

14. ¿Qué te pone de buen humor?

Estoy que trino. Normalmente soy la clase de persona que se anticipa a los contratiempos. Jamás una decisión de la junta directiva me había pillado tan desprevenida. Esperaba salir satisfecha de la reunión. Quería obligarlos a sancionar por escrito a Paco para que se le bajaran los humos y aprendiese a respetar mi autoridad, pero me voy con un fin de semana de vacaciones pagadas que para mí es una tortura. ¿Habrá algo peor que pasar tu tiempo libre con tus compañeros de trabajo? Mejor no lo pregunto en voz alta, no vaya a ser que llueva sobre mojado.

A la mierda lo de dejar de fumar. Me enciendo un cigarro y le doy una calada. Tendré que pedirle a una de las chicas que se pase por casa para echarle un vistazo a Félix. A Lola le encantan los animales, seguro que me hace el favor.

—¿Qué tal la reunión?

Ha debido de llegar antes que yo, pero estaba tan ensimismada que ni lo he visto. David lleva el mono de trabajo bajado hasta la cintura y sus brazos tatuados le confieren un aspecto rudo.

—Mejor hablamos de otra cosa —respondo con apatía. Intento mirarlo a los ojos, pero me cuesta hacerlo porque está medio desnudo—. ¿Tienes calor?

—Necesitaba salir a tomar el aire, ahí dentro hace un calor de mil demonios. Me puedo vestir si te sientes incómoda.

—No, no. Para nada —miento como una bellaca—. Estoy acostumbrada.

Es una verdad a medias. Estoy acostumbrada a que los trabajadores se bajen el mono cuando salen a descansar. La sala de máquinas es una caldera en esta época del año. Pero la mayoría son propietarios de torsos peludos y barrigas fofas, no de abdominales de piedra y cuerpos tatuados. Finjo mirar hacia el horizonte pero de vez en cuando le echo un vistazo. Lo sé, soy lo peor.

—No ha ido como te esperabas.

—¿Qué? —pregunto desconcertada, porque me acabo de perder en el reguero de vello oscuro que se esconde bajo la presilla de sus pantalones—. Ah, te refieres a la reunión. He salido decepcionada y no tengo ganas de hablar del tema.

—Vale, vale —pone las manos en alto—. ¿Y qué vas a hacer para recobrar el humor?

Lo miro extrañada. No sé a qué se refiere.

—Pues... nada.

—Nada —chasquea la lengua y sacude la cabeza—. Eso no puede ser. Mi madre tiene un dicho: el mal humor te convierte en tu peor enemigo. Y qué quieres que te diga, mi madre siempre tiene razón. O eso dice ella.

Estoy casi a punto de sonreír.

—No te sigo.

—Ella siempre me obligaba a hacer algo que me pusiese de buen humor cuando me enfadaba. Pasé una mala época cuando mi padre murió. Ya sabes, estaba cabreado con el mundo y me convertí en un preadolescente un pelín coñazo. Pero ella tenía más paciencia que una santa y me decía: tu malhumor es tu peor enemigo. ¿Vas a dejar que te gobierne? Y luego me llevaba, o más bien obligaba, a hacer cosas que me pusieran de buen humor.

—¿Y qué hacías? —me pica la curiosidad.

—Vamos a hacer algo. Te lo explico a la salida del trabajo y así comprobamos si también funciona contigo.

—No, no —me niego de manera rotunda—. Eres un liante.

—¿Yo? —se hace el inocente.

—¡Sí! —apago el cigarro en el cenicero de la papelera—. Esta vez no te vas a salir con la tuya.

Le doy la espalda para volver al trabajo pero él se me adelanta y me corta el paso. Los ojos le brillan de esa manera que lo hace ver irresistible. Dependiendo de la luz son de uno u otro tono azul. Ahora son de un azul añil que me tiene hechizada.

—No me quiero salir con la mía, quiero que te sientas mejor.

Me cruzo de brazos y lo miro con recelo. Él sonríe de medio lado y se ve todavía más atractivo.

—Bah, tienes razón. También me quiero salir con la mía. Pero no me digas que no sientes curiosidad.

—Ni la más mínima.

—Hacemos una cosa. Te espero a la salida del trabajo por si te lo has pensado mejor. Te prometo que no te arrepentirás si cambias de opinión —me guiña un ojo, se sube el mono de trabajo y se aleja caminando.

Antes de que finalice la jornada laboral, les pido a todos que me presten atención. Me cuesta casi cinco minutos imponerme entre la jauría de voces. Dios, no tengo autoridad alguna. Lo de la convivencia laboral es una auténtica chorrada.

—Señores, por favor, ¿podéis guardar silencio? —el murmullo de voces se hace más lejano, pero escucho la inconfundible voz de Paco bromear con un grupo de empleados. Aprieto los dientes—. Paco, ¿te importaría callarte?

El susodicho pone mala cara, les dice algo a los otros y cierra la boca.

—Me complace anunciaros que la junta directiva ha establecido una convivencia laboral para dentro de dos semanas.

Los empleados ponen cara de desconcierto y empiezan a murmurar. No es para menos.

—¿Una qué?

—¿Nos va a costar dinero?

—No, los gastos serán abonados por la empresa. Nos alojaremos en un hotel de cuatro estrellas y se harán actividades grupales para... —busco la manera adecuada de explicarlo con suavidad—. Para fomentar el trabajo en equipo.

—¡Vacaciones gratis! —exclama uno.

—Por fin me puedo librar de mi mujer un par de días —bromea otro.

—¿Nos podemos llevar a la familia?

—¿Qué? No. Solo pueden asistir los empleados. El objetivo principal es fomentar las relaciones interpersonales y mejorar el ambiente laboral en la empresa. Se practicarán actividades de team building para facilitar el compañerismo, la comunicación, el sentimiento de pertenencia y conseguir un equipo unido.

—Menuda tontería —interviene Paco—. Aquí estamos todos muy unidos. Son ganas de hacernos perder el tiempo.

—Desde arriba no piensan lo mismo cuando han propuesto esta iniciativa —le digo, irritada porque siempre me tenga que llevar la contraria en público.

—No nos pueden obligar a pasar nuestro tiempo libre en una convivencia laboral. ¿Se te ha olvidado explicarles que no están obligados? Muchos de nosotros tenemos familia y obligaciones que no vamos a dejar de atender.

Uf, lo que faltaba. Ahora está intentando manipular la situación para hacerme quedar fatal. ¡Cómo si a mí me apeteciera lo del puñetero fin de semana de convivencia! Pero Anthony me lo dejó muy claro: quiere que asistan el mayor número posible de empleados. Si la asistencia es baja, me echarán la culpa y cargaré con las consecuencias.

—Por supuesto que la asistencia no es obligatoria —les aclaro, en un intento por ganarme su confianza—. Pero tened en cuenta que la empresa nos regala un fin de semana en un hotel de cuatro estrellas con todos los gastos pagados. Desde arriba quieren que os sintáis valorados y es una manera de agradeceros vuestro trabajo. Vamos a disfrutar de un fin de semana en un entorno idílico donde podréis relajarnos y recargar energías.

No tengo ni idea de a dónde nos llevan, pero diré lo que haga falta para convencerlos.

—¿Tú también vienes? —pregunta Paco con un evidente tono de desprecio.

—Soy la primera implicada en esta iniciativa —respondo, e intento enmascarar mi cabreo bajo un halo de profesionalidad—. Tenéis hasta finales de esta semana para apuntaros. No dejéis pasar esta oportunidad. Seguro que no os arrepentís.

—Prefiero ir al infierno que pasar un fin de semana vigilado por esa bruja... —murmura Paco.

Aprieto los puños. Quiere sacarme de mis casillas, pero esta vez no lo va a conseguir. Respiro profundamente y me dirijo hacia mi despacho. Una cosa es que no lo demuestre en público, y otra muy diferente que no me ponga hecha una furia cuando me quedo a solas. Aprieto la pelota antiestrés que me regaló Lina y cuento hasta diez. O mejor, hasta cincuenta.

15. Y ahora, ¿estás mejor?

Salgo del trabajo con un creciente estado de irritabilidad. Como siempre soy la última en abandonar el centro de trabajo y me extraña encontrarme a David sentado en la moto. Luego caigo en la cuenta de lo que me dijo y me acerco a él.

—No estoy de humor.

—Mejor, de eso se trata. De mejorarlo, ¿no?

—Oye...

Me tiende un casco como si no me hubiera escuchado.

—Sube.

—No me apetece.

—No te vas a arrepentir.

La verdad es que la otra alternativa es encerrarme en casa y atiborrarme de helado. Y reconozco que estoy un pelín intrigada.

—Vale, pero déjame llevarla.

David se queda momentáneamente desconcertado. Ahora la que se ríe soy yo.

—Vaya, vaya... eso no te hace ni pizca de gracia.

—A ver... es que le tengo mucho aprecio a mi moto. No es que no me fie de ti, pero...

—¿Soy una mujer?

—No tiene nada que ver. Nunca le he prestado mi moto a nadie. Ni siquiera a un colega.

—Yo tampoco me voy de cervezas con un empleado. Siempre hay una primera vez para todo.

Se lo piensa durante un instante.

—Bien jugado.

Se baja de la moto y me hace un gesto para que suba. Vaya, no me lo esperaba para nada. Pensé que sería la clase de machito al que le daría vergüenza ir de paquete con una mujer.

—¿He de temer por mi vida? —bromea.

—Depende, ¿te vas a callar?

Acaricio el manillar y sonrío para mis adentros. Tiene buen gusto. Es una honda customizada de quinientas cilindradas. Respira profundamente antes de subirse en el asiento del pasajero y agarrarse a mi cintura como si le fuera la vida en ello. Me hace bastante gracia.

—No seas dramático.

—¿Debería llamar a mi madre para decirle que la quiero?

—Eres tonto —comienzo a acelerar y sus brazos aflojan el agarre—. ¿A dónde vamos?

—Todo recto. La primera salida de la glorieta. Hacia las afueras.

A él se le escapa una maldición cuando supero lo cien kilómetros por hora. Me río para mis adentros y disfruto de la sensación de velocidad. Había olvidado lo mucho que me gusta conducir.

Llegamos hasta un acantilado rocoso por donde es imposible seguir con la moto. Aparco en el arcén y le doy una palmadita en el hombro para que deje de abrazarse a mí como si le fuera la

vida en ello.

—Me vas a dejar sin respiración. No sabía que eras tan cagado.

Se sobresalta y deja de abrazarme.

—Te estaba metiendo mano.

—Ya... —me bajo de la moto y me quito el casco—. Estabas muerto de miedo.

—Que va. Me estaba aprovechando de la situación para pillar cacho.

Se me escapa una carcajada porque sé que no es verdad. Ha ido en tensión durante todo el camino.

—¿Tan mal conduzco?

—Conduces de maravilla, pero no estoy acostumbrado a ir de paquete. Ha sido una experiencia nueva.

Pasa por mi lado y me susurra al oído.

—Pero que conste que te gusta pisarle un poquito al acelerador —antes de que pueda replicar, me agarra de la mano y tira de mí. Comenzamos a descender por un sendero escarpado y polvoriento—. Ten cuidado y mira muy bien por donde pisas.

—¿A dónde me has traído? —pregunto con recelo.

—Paco me ha pedido que te tire por un barranco y no he podido negarme. Dice que va a conseguir que me hagan fijo.

Le doy un guantazo y él se ríe. Es lo peor.

—Te conviene llevarte bien con él si quieres congeniar con el resto. Es el que dirige el cotarro.

—¿Con ese cretino? Creo que paso.

—¿Lo dices porque no nos llevamos bien? —desconfío de él—. No hace falta que te pongas de mi parte.

—No me estoy poniendo de parte de nadie, aunque déjame que te diga que te prefiero mil veces a ti que a ese papanatas con demasiadas ínfulas.

—No es lo que piensan los demás.

—¿Tú crees? —se vuelve hacia mí y me mira extrañado—. Piensas que todos están de su parte.

—No lo pienso, es la verdad.

—Quizá te llevarías una sorpresa si hablaras más con tus empleados.

—¿Insinúas que no sé hacer mi trabajo? —me pongo a la defensiva.

—Tienes una impresión equivocada y deberías tantearlos uno a uno. A lo mejor la situación no es tan desfavorable para ti como tú te crees.

—Ya, lo que tú digas.

—Eres terca como una mula —me sostiene por los hombros cuando meto el pie en un agujero—. Cuidado. Ya casi llegamos.

—¿A dónde?

—Ya lo verás, señorita desconfiada.

—No soy desconfiada, soy prudente. No es lo mismo.

—Eres desconfiada, cabezota, brillante, motorista, seria, juegas bien al fútbol y tienes puntería... lo que viene siendo una absoluta sorpresa que me tiene encandilado.

Me agarro a él cuando tengo que sortear un desnivel. Lo miro a los ojos y busco un alarde de esa sonrisa. Algo que me avise de que está bromeando. Cuando no lo encuentro, aparto la mirada y él prosigue la marcha.

—¿Qué? —quiere saber.

—No me vaciles.

Me da un tirón para que me detenga. Mi corazón se acelera. David me mira de una forma directa que no deja atisbo a la imaginación.

—No te estaba vacilando.

Alarga el brazo y sé lo que va a hacer. No me aparto. Le permito acariciarme la mejilla y soy consciente de que me gusta muchísimo que lo haga. Su pulgar traza círculos alrededor de mi pómulo y a mí me cuesta horrores mantener la compostura. ¿A quién quiero engañar? Me muero de ganas de besarlo. Me encantaría que él me besara.

—Estaba siendo sincero —su mano sube hasta mi frente y apoya un dedo sobre ella—. Absolutamente sincero. Grábatelo aquí.

Me invade el pánico y me aparto de él. No puede ser. Ya pasé por esto una vez. Ya confié en alguien que me regaló los oídos. En un completo mentiroso que me dijo lo que quería oír y luego me traicionó de la peor manera. Me prometí que no volvería a pasar por lo mismo, ¿qué estoy haciendo?

—¿He dicho algo malo?

Bajo por el sendero cuando él hace el amago de volver a acercarse a mí.

—Se nos está haciendo tarde. Deberíamos darnos prisa antes de que oscurezca. ¿Qué es lo que querías enseñarme?

David me alcanza y camina a mi lado.

—Bonita forma de cambiar de tema. ¿Tanto miedo te doy?

—No me das miedo, ¿de qué hablas?

—Miedo, desconfianza... algo te produzco. Y no me digas que es rechazo porque me estarías mintiendo.

—Tienes el ego por las nubes. ¿Te crees que eres irresistible?

—No lo soy —responde con total tranquilidad—. Pero me doy cuenta cuando le gusto a una mujer. Y a ti, qué quieres que te diga, no te dejo indiferente.

—Tienes razón. Ahora mismo me estás cabreando muchísimo —le digo, hecha una furia y más colorada que un tomate.

—Te enfadas porque digo la verdad. Y te diré algo más: tú a mí sí que me gustas. Por eso te busco constantemente. Porque me apetece estar contigo.

Acelero el paso porque no quiero seguir escuchándolo. ¿Por qué diantres tiene que ser tan sincero? ¡Me está avergonzando!

—¡Te quieres callar! —le pido agobiada.

—No.

—Uf... —acelero el paso para no seguir escuchándolo.

—Ten cuidado, te vas a caer.

—¡No puede ser! —le aclaro irritada—. Será mejor que te entre en la cabeza. Tú y yo no somos compatibles. Y por si fuera un poco soy tu jefa, ¡qué locura!

—Pero si no te gusto... ¿Qué más te da?

Me vuelvo hacia él momentáneamente fuera de juego.

—Claro, y tampoco me gustas.

Se acerca a mí con una sonrisa provocativa. No me cree.

—Ni un poquito.

—Ni lo más mínimo... —respondo con voz temblorosa.

—Por eso me mirabas esta mañana como si quisieras desnudarme con los ojos.

—¿Yo? Ay, no hagas que me ría —me pongo cada vez más nerviosa y me cuesta mantenerle la

mirada—. No te miraba de ninguna manera.

—Sí que lo hacías.

—Que no.

—Que sí.

—Verás, tengo una teoría...

Se inclina hacia mí para besarme y retrocedo asustada. Todo sucede demasiado deprisa. Mi pie busca el suelo pero se encuentra con un desnivel de varios centímetros. Me caigo hacia atrás y ruedo hacia abajo sin poder evitarlo.

—¡Ayyy! —chillo asustada.

Aterrizo sobre unas zarzas puntiagudas y me arañó los brazos. David corre hacia mí y me aparto de él cuando intenta ayudarme.

—¡Es culpa tuya!

—¿Mía?

—¡Sí! Me ibas a besar y yo no quería que lo hicieras.

—No iba a besarte. Te iba a quitar esto del pelo —estira el brazo y me quita una ramita enredada.

Me siento como una estúpida que no puede dejar de hacer el ridículo.

—¿Te duele?

—No.

—Estás sangrando, ¿de verdad que no te duele? —se preocupa.

—Bueno, un poco —admito de mala gana—. Pero no es nada.

—Espera aquí, ahora vuelvo.

Hago lo que me dice porque tampoco sabría a dónde ir. Regresa al cabo de pocos minutos con un botiquín de primeros auxilios. No lo entiendo. ¿Qué clase de hombre lleva algo así?

—¿Lo guardas en la moto?

—Mi madre me obliga a tenerlo. Ya sabes, para posibles accidentes. Le dan miedo las motos.

No sé por qué, pero no lo creo. Es una tontería, pero tengo la impresión de que oculta algo. Ningún hombre lleva un botiquín de primeros auxilios en una moto. Aquí hay algo más.

David me inspecciona los brazos como si fuera un médico. Tengo varios arañazos y un hilillo de sangre corre por mi codo.

—No es grave.

—¿En serio? Juraría que se me veía el hueso.

—Que tía más dura —me sigue el juego—. ¿No te quejas para impresionarme? No hace falta, mujer.

—No me quejo porque no es para tanto. Él único que intenta impresionarme con sus trucos eres tú.

—¿Qué trucos? —empapa un algodón en agua oxigenada y me desinfecta el brazo derecho—. Soy naturalmente encantador. Es lo que dice mi madre.

—También es lo que dijo Ángela.

—Creí que no le diste importancia.

—¿Debería dársela?

—Depende —levanta la vista del otro brazo para clavarla en mis ojos—. ¿Qué intenciones tienes conmigo?

Se me escapa la risa floja.

—Eso debería preguntártelo yo.

—Ya he sido sincero, ¿o te tengo que aclarar que hace un momento he intentado besarte?

Vale, estamos flirteando. Me sube el calor por todo el cuerpo hasta concentrarse en mis mejillas. Una parte de mí quiere salir huyendo y la otra continuar con este juego tan peligroso. Me está volviendo loca.

—Has dicho que me ibas a quitar una ramita.

—Te mentí. Estaba frustrado porque me habías rechazado.

—Me he caído por tu culpa —digo abochornada.

—Uhm... ¿por mi culpa? —me limpia el brazo derecho mientras me mira sin pestañear. Siento una mezcla de nerviosismo y expectativas. Ni yo misma me aclaro—. Entonces no puedo volver a intentarlo.

—No puedes —repito con la voz seca.

—Vale —asiente con expresión grave y me mira de reojo—. Pero tienes toda la pinta de querer lo contrario.

Me aparto de él sin saber si su arrogancia me gusta o me saca de mis casillas. Todo en él me desconcierta. Yo misma me desconcierto. Suelo ser práctica, razonable y de ideas fijas. ¿Qué demonios me está pasando?

—Guau... —murmuro, cuando el horizonte se me va descubriendo.

Son unas vistas impresionantes del mar. Voy caminando hacia un acantilado rocoso en el que el océano se funde con el cielo. El viento agita mi cabello y el olor a salitre me embriaga.

—Nunca había estado aquí...

—Es poco conocido, ¿qué te parece?

—Me parece que el paseo y la caída han merecido la pena. Menudas vistas...

David se coloca a mi lado con una media sonrisa enigmática.

—¿Qué haces para animarte cuando estás de bajón? —pregunto con curiosidad.

—Es obvio. Me tiro de cabeza.

Abro los ojos de par en par y retrocedo un par de pasos. No quiero que el cuerpo se me vaya hacia delante. Habrá por lo menos veinte metros de altura. Está loco. Él se ríe y me da un suave codazo.

—Te estaba tomando el pelo.

—Ya lo sabía —miento.

—Pero un chapuzón sí que podemos darnos.

Me vuelvo hacia él porque es evidente que me está tomando el pelo otra vez. David se me queda mirando a la espera de una respuesta. Estoy tan atónita que comienzo a balbucear.

—No podemos... es... primavera... y hace...

—¿Frío? —comienza a quitarse la ropa ante mi cara de póker.

16. Un baño

—¿Qué haces? —intento detenerlo cuando se quita la camiseta y comienza a bajarse los pantalones.

—Es lo que hago cuando estoy de bajón. Vengo aquí, me doy un chapuzón y luego ahogo las penas con un par de birras.

Tiro hacia arriba de la presilla de sus pantalones cuando él intenta bajarse la cremallera. Forcejamos durante un rato y a los dos nos entra la risa.

—¡Me estás metiendo mano!

—Yo no... —me siento tan abochornada que pongo las manos en alto—. Haz lo que quieras. No pienso meterme en el agua.

—Tú te lo pierdes. Se puede bajar por ahí —señala un sendero que desciende hasta la playa—. No sabía que fueras tan aburrida...

—Puf... si crees que me voy a picar porque te metas conmigo...

—No está tan fría. Se te pasa en cuanto das un par de brazadas. Pero quizá lo que te asusta es no poder despegar los ojos de mi anatomía.

Se ha quedado en calzoncillos. Me cruzo de brazos y pongo mala cara. Clavo la vista en el suelo. No voy a mirarlo en ese plan. Me lo prohíbo.

—Pensé que eras más lanzada...

—No lo soy.

—No te pega lo de ir de remilgada por la vida.

—¡Uy, si tú supieras lo que van diciendo de mí! —replico con ironía—. Soy un auténtico coñazo. No sé qué imagen tienes de mí, pero te aseguro que no soy la clase de mujer que comete este tipo de locuras.

—¿Quién dice eso de ti? —lo pregunta totalmente en serio—. La mujer con la que me fui de birras el otro día es divertida y lanzada. No te creo.

—Pues vale —me encojo de hombros y fijo la vista en el horizonte.

—Con esa actitud les das la razón.

—Porque la tienen.

—Ir de víctima no te pega.

—No me voy a meter —respondo sin mirarlo—. Te has equivocado conmigo.

—Que pena.

Se dirige hacia el sendero mientras lo sigo con la mirada. Madre mía, los bóxers le marcan el culo. Tiene un tatuaje de una serpiente enroscada alrededor del gemelo. No es la clase de hombre en el que me habría fijado. Y, sin embargo, babeo por sus huesos como una colegiala con las hormonas revolucionadas.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy.

—¡No voy a cambiar de opinión!

Diez minutos después, me asomo por el acantilado y lo veo completamente relajado flotando en el agua. Me saluda con los brazos cuando me ve. Se me escapa una sonrisa. He de reconocer que me causa cierta envidia. Vive la vida como le da la gana. Sin complejos ni vergüenza. Tal y como es.

Nadie en su sano juicio se daría un baño en el mar en esta época del año. ¡Es una locura! Y yo soy una persona la mar de prudente. Y aburrida. Sobre todo aburrida. De números, documentales de La dos y actividades tan emocionantes como hacer la compra una vez a la semana. De repente me acuerdo de Bruno y un calor asfixiante me invade las entrañas. Me sobra toda la ropa y me quito el jersey. No sé qué bicho me ha picado, pero cuando quiero darme cuenta me quedo en ropa interior.

¿Qué estoy haciendo?, me pregunto a mí misma cuando camino con decisión hacia la playa. No lo sé, pero es como si quisiera darle una lección a Bruno. Como si intentara decirle que no soy aburrida, ni sosa. Como si quisiera gritarle que él se lo pierde.

No me reconozco cuando corro hacia la arena.

No me reconozco cuando meto los pies en la orilla.

No me reconozco cuando me zambullo de cabeza.

Y, sin embargo, soy yo. La misma a la que hace menos de una semana le habría parecido impensable y que ahora chilla como una loca. Algo se agarra a mi pierna y suelto un alarido. La cabeza de David emana de la superficie.

—¡Buh!

—¡Idiota! —lo salpico.

—Te has metido —lo dice entre sorprendido y satisfecho.

—¡Está helada!

—Alcánzame y se te pasará el frío.

Se aleja nadando y lo sigo. Nos alejamos unos metros de la orilla y empiezo a entrar en calor. Lo pillo desprevenido cuando me encaramo a su espalda y le hago una ahogadilla. Saca la cabeza del agua y comienza a toser.

—Ay, Dios, ¿estás bien? —me preocupo.

Aprovecha mi momento de debilidad para agarrarme del brazo y tenerme inmovilizada.

—¡No!

—¡Sí!

Forcejemos en el agua y entre ahogadilla y ahogadilla nos metemos mano sin querer. O queriendo, no lo tengo claro. Parecemos dos críos que se lo están pasando en grande. David me roza una teta y yo intento ahogarlo.

—Ha sido sin querer —se disculpa jadeando—. No veo donde toco.

—¡Qué sea la última vez! —le advierto, pero lejos de enfadarme me acerco a él—. Nos vamos a morir de frío cuando salgamos.

—Lo tengo todo pensado.

Lo miro con suspicacia. Vete a saber lo que guarda dentro de la moto. David es una caja de sorpresas.

—¿Tienes frío?

—Empieza a refrescar...

—Ven aquí —me coge de la cintura y me abraza a él. Puedo notar el bulto sospechoso de sus calzoncillos. Estoy a punto de desmayarme de la impresión. David me acaricia la nuca con la boca y me da besos cortos en el cuello. Me pone a mil.

—¿Qué haces? —balbuceo.

—Ablandar a una mujer muy dura.

—Para —le pido, colocando las manos sobre su pecho. Y, sin embargo, no me aparto. Estoy excitada y muy cómoda. Sus manos me acarician la espalda hasta llegar a la curva de mi cintura —. David...

—Si no te gusta, paro —me muerdo el lóbulo de la oreja y añado—. Pero te gusta, ¿a qué sí?

Uf... y tanto. Apoyo la cabeza sobre su hombro y me dejo llevar. Dios... no me gusta, me encanta. Su boca roza mi mejilla y creo que voy a explotar de placer. Estoy completamente perdida. Cierro los ojos cuando su boca busca la mía y me emociono al sentir el roce de sus labios. David pierde el equilibrio y trago una bocanada de agua. Joder, menuda manera de cortarnos el rollo. Recobro la compostura y me aparto de él.

—Se está haciendo tarde —le digo, y comienzo a nadar hacia la orilla. Si no pongo distancia entre nosotros, va a pasar algo terrible. Algo que no voy a poder controlar y de lo que acabaré por arrepentirme.

David regresa al cabo de unos minutos con nuestra ropa y algo sospechoso debajo del brazo. Me coloca su americana sobre los hombros y se sienta a mi lado.

—Voy a conseguir que entres en calor —al ver mi cara de espanto, me guiña un ojo y me enseña la botella de jagger master—. No me refiero a eso, listilla. Tampoco te emociones.

Le quito la botella y doy un largo trago que me quema la garganta.

—¿Qué más guardas en esa moto?

—La clave para conquistarte desde luego que no.

—¿Cuántos tatuajes tienes?

No quiero cambiar de tema, simplemente me intrigan. Cada porción tatuada de su piel es una historia que quiero conocer.

—No te gustan los tatuajes.

—¿Tú qué sabes?

—Lo sé por cómo me miraste la primera vez que me viste.

—Me atropellaste.

—Ya, ya —tuerce el gesto cuando se lo recuerdo—. Mirame a la cara y dime que te gustan.

—No tengo nada en contra de la gente tatuada, pero no son para mí. No obstante, los tuyos me intrigan. ¿Tienen algún significado o son estéticos?

—La serpiente del gemelo fue por mi padre. Él tenía el mismo tatuaje y le dije que cuando fuera mayor lo compartiríamos. Luego murió y... ya sabes, había hecho una promesa.

—¿El brazo izquierdo? —le acaricio el antebrazo lleno de rosas, una brújula y el nombre de una mujer.

—El nombre de mi madre, la brújula que guía mi destino...

—¿Y este? —una silueta canina y unas letras chinas.

—Tenía un border collie que me acompañó durante toda mi infancia. Murió hace un par de años y me lo tatué. Algunas personas creen que soy un exagerado.

—Me parece precioso que quisieras tanto a tu perro. ¿Qué significan las letras chinas?

—Es un proverbio chino: aquel que lo piensa mucho antes de dar un paso, se pasará toda su vida en un solo pie.

—¿Te imaginas que el tatuador ha escrito que eres gilipollas o algo por el estilo?

David se empieza a reír.

—Me lo planteé. Por eso le pedí a un amigo profesor de chino que me lo tradujese.

—Hombre precavido vale por dos.

Me fijo en el corazón con una palabra escrita dentro. Creo que es un nombre. Me inclino para verlo mejor.

—¿Qué es lo que...?

David me pilla desprevenida cuando se pone la camiseta y me deja con la intriga.

—Me estaba entrando frío.

Estoy convencida de que lo ha hecho a propósito. ¿Qué pondrá en el tatuaje? Empezaba por la letra N. ¿Se habrá tatuado el nombre de alguna mujer? No sería el primero que lo hace. El nombre de una ex tatuado para toda la vida en el pecho. Quizá se siente avergonzado y por eso quiere evitar el tema. No quiero ser hiriente, así que lo dejo estar.

—¿Verdad o reto? —me tienta.

—¡Anda ya!

Me arrebujó bajo su americana. Huele a él. David se pega a mí y me pasa un brazo por los hombros.

—¿Tienes frío?

—Sí —respondo, porque estoy temblando y no tengo ganas de hacerme la dura.

Me frota los brazos hasta que entro en calor y me embriaga una sensación muy agradable. Esto no tiene ningún sentido, pero aquí estamos. Medio desnudos en mitad de una playa y abrazados bajo el atardecer. Las chicas alucinarían si me vieran. Lina me echaría la bronca, y en parte creo que me la merecería. Es mi empleado en periodo de prueba. Me estoy comportando como una cría que se enamora platónicamente de su profesor.

—¿Verdad que tirarías a Paco por un barranco si se te presentara la oportunidad?

—¿Tengo que beber si es cierto?

—Claro.

Empino la botella y él se parte de risa.

—¿Verdad que creíste que no te iba a contratar cuando me reconociste? —se la devuelvo.

Le paso la botella y él le da un trago.

—Tampoco te hubiera culpado si no me hubieras dado una oportunidad. ¿Verdad que me encuentras atractivo?

Le sostengo la mirada y él agita la botella delante de mis narices. Cretino. Decido ser valiente, le arrebato la botella y bebo.

—Eso no quiere decir que entre tú y yo vaya a pasar algo —le aclaro, para así de paso borrar esa sonrisa de engreído—. Encuentro atractiva a mucha gente. Tengo una amiga que es un bombón, y no por ello me liaría con ella. Sé apreciar la belleza de los demás.

—Me das demasiadas explicaciones para no querer nada conmigo...

—Para que te entre en ese cabeza tan dura —me hago la digna—. ¿Verdad que sigues enamorado de tu ex?

—¿A qué viene eso? —noto cierta irritación en su voz.

A la exnovia que tienes tatuada en el pecho cuyo nombre empieza por N.

—Simple curiosidad. Tienes que responder.

—La última pareja que tuve fue hace... —frunce el ceño para hacer memoria—. Bastantes años. No estoy enamorado de ella.

—¿Verdad que te rompió el corazón?

—¿Qué? —parece realmente desconcertado—. No, ¿por qué lo preguntas?

—Es un juego.

Intento descifrar si está siendo sincero, pero no logro adivinarlo. Bruno era un perfecto mentiroso y me di cuenta demasiado tarde.

—¿Verdad que eres una desconfiada de mucho cuidado?

Le doy un trago a la botella.

—Desconfío de todo el mundo, no te lo tomes como algo personal.

—¿Verdad que alguien de tu pasado te hizo daño y por eso ahora eres tan reacia a confiar en mí?

La pregunta es como un puñal que se clava lentamente en mi estómago. Dejo la botella sobre la arena y mi expresión se agria.

—No tengo ganas de seguir jugando.

—Vale —responde con suavidad. Me rodea con los brazos y pega su boca a mi coronilla—. Hueles maravillosamente bien.

—Gracias —musito con una sonrisa—. Deberíamos irnos.

—¿Qué prisa tienes? —señala el atardecer anaranjado y me aprieta contra él—. Está a punto de anochecer. Permíteme disfrutar de este momento contigo.

Mi corazón da saltitos de emoción y mi cerebro le pide que se calme. No es para tanto. Solo estoy disfrutando de la compañía de un hombre agradable mientras contemplamos el atardecer. No tengo por qué huir.

A lo lejos la luna asoma su silueta mientras el sol se pierde bajo el mar. El horizonte anaranjado se va diluyendo en tonos escarlatas que van dando paso al gris. El cuerpo de David se aprieta contra el mío y me produce un millón de sensaciones agradables y excitantes. Sería tan fácil volver la cara y besarlo...

Hacia mucho tiempo que no notaba ese cosquilleo en el estómago. Las ganas de volver a sonreír en compañía de otro hombre, el deseo, el interés... Y por un instante me pregunto si existe la posibilidad de dejarme llevar. Tal vez no sea tan malo. Quizá podría salir bien. Me muerdo el labio y lo miro de reojo. Él está absorto en el paisaje. Aprovecho para observarlo a mi antojo y me doy cuenta de que cada ápice de su cuerpo está hecho para tentarme. O puede que lo que de verdad me fascine sea esa personalidad arrolladora y persistente que no se da por vencida.

17. Bailar pegados.

David acelera y me agarro a su cintura con todas mis fuerzas. No se queja. Seguro que está sonriendo por haberse salido con la suya. Tampoco me arrepiento de haber claudicado. Lo he pasado en grande y me he olvidado por unas horas de mis problemas en el trabajo.

—¿A dónde vas? —alzo la voz para que me escuche por encima del ruido del motor.

—No puedo despedirme de ti sin invitarte a cenar. Te has bebido media botella de jagger master y sería un delito que te acostaras con el estómago vacío.

—Hemos sido los dos.

—Qué va. Yo solo me mojé los labios.

—Sí, claro. Lo que tú digas —me parto de risa. Que morro tiene—. Que conste que no es una cita. ¿Dónde me llevas?

—¿Qué te apetece?

La verdad es que me muero de hambre. Nadar en el mar me ha abierto el apetito.

—Comida basura.

—¿No prefieres una cenita romántica en un elegante restaurante italiano a la luz de las velas?

—No.

—Menos mal, yo tampoco.

—Eres un embaucador.

—¡No te oigo! —se hace el sordo.

—¡Eres un embaucador!

—¿Qué soy encantador? Vaya, gracias.

Tengo ganas de pegarle, pero no me atrevo porque va conduciendo. Tengo la impresión de que siempre se sale con la suya. ¿Será así con todas las mujeres? Menuda pregunta, pues claro que sí. Ángela me advirtió de la clase de hombre con el que estaba tratando, pero a una parte de mí le encanta creer que bajo esa fachada chulesca hay un hombre respetable y al que merece la pena conocer. ¿Me estaré haciendo ilusiones? Sobra decir que se me da genial hacerme ilusiones con hombres que no valen un centavo. Sin embargo, lo miro a los ojos y veo algo más. Quiero creer que hay algo más.

—Ya hemos llegado, señorita.

Aparca la moto delante de una hamburguesería de barrio con un destartado cartel. Burger Yoli. De repente se me quita el hambre.

—No seas melindrosa. Dijiste comida basura.

—Me refería a un McDonald, un kfc... no a un establecimiento que ni siquiera habrá pasado los controles sanitarios.

—No hay que juzgar a un libro por su portada —me coge de la mano y tira de mí en dirección a la entrada—. Son las mejores hamburguesas que vas a probar en esta ciudad. Te lo prometo.

—Si tú lo dices...

Por dentro el local es igual de horrendo que por fuera. Desgastados sillones de cuero, paredes desconchadas y mobiliario antiguo. Pero he de reconocer que está limpio. Nos sentamos en una mesa del fondo y David saluda a la camarera.

—¿Sueles venir por aquí?

—Casi todas las semanas. Vivo bastante cerca

La camarera, una chiquilla joven y con acné, se acerca a nosotros y no me pasa desapercibida la mirada embelesada que le dedica a David. Pobre criatura. A su edad yo también caía deslumbrada por el primer hombre atractivo con el que me cruzaba.

—Hola, David. ¿Qué tal estás? Hoy vienes acompañado —me dedica una mirada amable y curiosa.

—Mi amiga tenía ganas de comerse una hamburguesa y le estaba explicando que aquí servís las mejores de toda la ciudad.

La joven se coloca el pelo detrás de la oreja y sonríe con esa timidez típica de la edad.

—¿Qué os pongo de beber?

—Coca cola —decimos los dos a la vez.

Nos miramos con complicidad y me aguanto una sonrisa. Después de la botella de jagger master, no es apropiado que bebamos más alcohol.

—¿Y de comer?

—Para mí lo mismo de siempre.

—Yo tomaré lo mismo que él.

La camarera se marcha a cuchichear con el hombre de la barra. Están hablando de nosotros. Me pregunto a cuántas mujeres traerá aquí David. ¿Seré la séptima? ¿Pensarán que soy otra pobre idiota?

—Has pedido lo mismo que yo sin saber si te va a gustar.

—No soy delicada con la comida. Además, me dejo aconsejar por el foráneo. Ya sabes, a donde fueres...

—¿Puedo preguntarte algo sobre el trabajo?

—Por supuesto. ¿Tienes alguna duda?

—No, no es eso. Respecto a la convivencia laboral, intuí por la cara que pusiste que no te hace ni pizca de gracia.

—¿Pasar un fin de semana con un montón de empleados que no me soportan? Tienes razón, no me hace ni pizca de gracia.

—Ya te he dicho que no es tal y como tú lo ves. Te sorprenderías si los tantearas uno a uno.

—Ya... claro —respondo con recelo—. Y para colmo tendré que aguantar al imbécil de Paco. Va a ser un fin de semana maravilloso.

—Al menos estaremos juntos.

No sé a dónde mirar cuando lo dice de esa manera. Jugueteo con los cubiertos y me pongo muy nerviosa.

—Tú estás en mi equipo.

—Siempre.

Lo miro a caballo entre la duda y el agradecimiento. No debo dejarme llevar por mis emociones. Soy su jefa, ¿qué otra cosa podría decir?

—Creo que tienes una gran oportunidad para ganarte el respeto de tus empleados. No la desaproveches.

—Si te soy sincera, no sé ni por dónde empezar. Mis habilidades sociales son... más bien nulas.

—Interésate por ellos, conócelos, pregúntales en qué puedes ayudarlos, si están satisfechos con su trabajo... Como empleado, es lo que a mí me gustaría recibir de mi jefe.

—Haces que suene fácil.

David busca mi mano por encima de la mesa y la estrecha con suavidad. Siento una corriente eléctrica que me acaricia los dedos.

—Te ayudaré en todo lo que pueda. No estás sola.

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo.

—David, el hecho de que sea tu jefa no te obliga a ponerte de mi parte.

—No lo hago por eso —me aclara, mirándome directamente a los ojos—. ¿Todavía no lo has entendido?

Se me atasca la voz en la garganta. Por suerte, la camarera llega en ese momento con nuestra comida.

—Que aproveche.

—¡Gracias! —le hincó el diente a la hamburguesa y entrecierro los ojos. Uf, está deliciosa. Él tenía razón. Carne de vacuno en su punto, doble de queso, salsa ranchera—. Está de muerte.

—Te lo dije.

Doy buena cuenta de la hamburguesa y saboreo cada bocado. David me mira con los ojos abiertos de par en par cuando termino. No he dejado ni las patatas fritas.

—Guau. ¿Dónde lo echas?

—Ni idea. Mi amiga Lina dice que tengo un metabolismo acelerado.

—Me encantan las mujeres que disfrutan comiendo.

Estoy un pelín avergonzada por haberme comportado como una troglodita, pero tengo un apetito voraz desde niña.

—¿Quieres? Soy incapaz de acabármelo.

Observo su plato lleno de patatas y se me hace la boca agua. Debería comportarme con una señorita fina y responderle que no, pero meto la mano en el plato y cojo un puñado de patatas. Él me mira como si fuese la cosa más sorprendente que ha visto en mucho tiempo.

—Supongo que dar patadas tiene que quemar muchas calorías.

—¡Me prometiste que lo habías olvidado!

—Peeerdón —lo dice sin sentirlo—. ¿Te apetece bailar?

Miro a nuestro alrededor sin entender a qué se refiere. Estamos en una hamburguesería. No es sitio para bailar.

—¿Aquí?

Señala la jukebox antigua para mi consternación. Sacudo la cabeza y me cruzo de brazos. Mi sentido del ridículo tiene un límite.

—¿A dónde vas? —intento detenerlo cuando camina hacia la gramola—. ¡David!

Me tapo la cara con las manos cuando echa una moneda a la máquina y comienza a sonar la música. Ay, Dios. Es una canción de Elvis Presley. David comienza a bailar mientras yo me pongo más roja que un tomate. Me hace un gesto para que me acerque y yo no me muevo del sitio.

—Venga, Lara.

—Ni hablar.

—¡Lara, Lara, Lara! —corea mi nombre.

Algunos clientes se vuelven hacia él y empiezan a reírse. Lo voy a matar. Me levanto de un salto y me acerco a él para taponarle la boca. En lugar de cerrarle el pico, acabo con él cogido de mi cintura.

—David, me muero de vergüenza —le advierto.

—¿No eres muy mayorcita para que te importe lo que piensen los demás?

—Nos está mirando todo el mundo...

—Pues que miren.

Me acaricia la espalda con una mano y con la otra me aprieta contra su pecho. Se me acelera el corazón y empiezo a olvidarme de todo lo hay a nuestro alrededor. De repente solo estamos nosotros dos y la música. Bailamos muy pegados. Apoyo la mejilla sobre su hombro y me dejo llevar. Es la primera vez en toda mi vida que bailo pegada con un hombre. Mentiría si dijera que no lo estoy disfrutando. Esta no soy yo. La que se pone a bailar en mitad de una hamburguesería cutre atestada de gente y le da igual lo que piensen los demás. Pero soy yo. Sonrío de oreja a oreja y agradezco que él no pueda verme.

—Me gustas mucho, Lara.

Sus palabras me hacen cosquillas en la oreja. Mi corazón da saltitos de emoción. Me muerdo el labio y cierro los ojos.

—Gracias por este día —le digo.

—No me des las gracias porque yo también lo he disfrutado —se despega un poco para mirarme a los ojos—. Aunque no sea una cita.

—No lo es.

—Vale —sonríe y le brillan los ojos—. Estamos bailando porque nos apetece, y hemos salido a cenar porque teníamos hambre.

Se me escapa una risa tonta y vuelvo a abrazarme a él, porque de lo contrario notaría la sonrisa de idiota que tengo en la cara.

18. Dulce despedida

Me cuesta hacerme a la idea de que la noche se acaba. No me puedo creer que en tan pocas horas hayan sucedido tantas cosas. David me acerca hasta mi coche y me da una palmadita en la rodilla cuando no me muevo.

—Ya hemos llegado.

Me bajo de la moto y le devuelvo el casco.

—Nos vemos mañana.

—Vale.

No me muevo del sitio. Hago tiempo para buscar las llaves del coche.

—Me ha gustado la no cita, ¿qué hacemos para la próxima?

—¿Habrá una próxima? —intento hacerme la dura.

—Si quieres fingimos que a ninguno de los dos nos apetece, luego yo doy el primer paso y te invito a salir, tú me pones mil excusas y al final te convenzo porque te encanta estar conmigo.

—¡Tienes una grave distorsión de la realidad! —me alejo a toda prisa para no caer en sus redes—. ¡Hasta mañana!

—¿Estás huyendo de mí? —bromea.

—¿Qué? —abro la puerta del coche y me vuelvo hacia él—. ¡No!

Me siento en el coche, cierro la puerta y me abrocho el cinturón. Respiro profundamente y meto la llave en el contacto. Vale, cálmate. Acabas de poner distancia entre vosotros y ya no tienes que mirar a esa sonrisa tan irresistible.

—¡Lara!

Bajo la ventanilla cuando él me llama.

—¿Qué?

—¡Espera! —se quita el casco y se baja de la moto—. Se me ha olvidado algo.

Se acerca con decisión y lo miro con curiosidad cuando él se apoya en la ventanilla. Me mira de una forma extraña que no sé discernir.

—¿Qué es lo que se te ha olvidado?

—Esto.

Se inclina hacia mí, sostiene mi rostro con delicadeza y me besa en los labios. Me pilla tan desprevenida que no me aparto, aunque tampoco podría. No me resisto ni un ápice a un beso que me deja drogada y completamente fuera de mí. David me besa con una ternura que me desarma. Jamás me habría esperado que fuera capaz de besar así. Busca mi boca casi pidiendo permiso, y cuando separo los labios me besa con mayor intensidad y urgencia. Me acaricia la mejilla con una mano y con la otra sostiene mi nuca. Es un beso lento, largo y sin prisas. Un beso en el que se recrea y con el que me provoca una sensación cálida y avasalladora en el estómago. Se aparta de mí y me mira con los ojos de un tono más oscuro de lo habitual.

—Buenas noches —me dice con voz ronca.

Estoy tan impresionada que no soy capaz de contestarle. Subo la ventanilla cuando él se dirige hacia su moto. Me tiemblan las manos al sujetar el volante. Estoy tan nerviosa que confundo el acelerador con el embrague. Me río como una idiota y consigo arrancar el coche. Lo veo mirarme

a través del casco de la moto. Respiro profundamente y piso el acelerador. Ay... ¡nos hemos besado! Tengo que contárselo a las chicas.

19.N de Noelia.

Sueño como si me hubiese escapado de una película Disney. De repente el mundo me parece un lugar más acogedor y voy al trabajo con el ánimo renovado. A lo mejor tiene algo que ver con reencontrarme con David. Ay, ¿qué puedo decir? ¿Para qué voy a negar lo que siento? David es divertido, sexy, encantador. Me lo paso muy bien con él y tenemos química. ¿Qué más puedo pedir? Hacía tanto tiempo que un hombre no me hacía sentir esto que ya se me había olvidado.

Tengo que cancelar la cita con Lolo. No puedo quedar con un desconocido cuando estoy iniciando vete tú a saber qué con otro hombre. Porque algo tenemos, eso es evidente. ¿El qué? No tengo ni pajolera idea. Necesito hablar con David y plantear los términos de lo que sea que tenemos. Todavía no me apetece que nadie de la empresa se entere, pero supongo que podemos seguir quedando hasta saber lo que queremos.

Le gusto. Ese beso... esa forma de acariciarme la cara... no se pueden fingir. Le gusto. Y él... él sencillamente me vuelve loca. ¿A quién quiero engañar? Me dan igual sus tatuajes, su aspecto de chulo y ese pasado del que todavía no sé nada. Quiero conocerlo. Quiero acostarme con él. ¡Quiero saber si esto va a alguna parte!

—¡Hola!

David me sorprende por detrás y mi corazón se salta un latido. Me vuelvo hacia él e intento que la emoción no se traslade a mi rostro.

—Hola.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien, ¿y tú?

—Fatal —pone cara de víctima y se acerca peligrosamente a mí—. No podía parar de pensar en ti. No puedes darme un beso y luego dejarme con ganas de más.

—Me besaste tú.

—Uhm... ¿sí? Pusiste cara de querer que te besara y yo simplemente cumplí con tus deseos.

Pongo los ojos en blanco. Él me pilla desprevenida cuando comienza a darme besos por todo el cuello. Me derrito como el chocolate a fuego lento y me entra un cosquilleo por el estómago. Me doy cuenta de donde estamos y me aparto de él. O al menos lo intento.

—¡David! —miro a nuestro alrededor y compruebo que estamos solos—. Aquí no.

Apoya un brazo en la pared y me mira desesperado.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Podemos vernos hoy?

Me agacho para salir de sus brazos y me asomo a la puerta del vestuario para cerciorarme de que nadie nos está escuchando.

—No lo sé.

—Yo solo sé que necesito estar a solas contigo —me dice, atrayéndome hacia él—. Lo de anoche me dejó con muchas ganas de más.

—Esto es una locura... —me tiembla la voz.

—Las locuras merecen la pena. ¿Te espero a la salida?

Lo miro completamente perdida.

—Vale.

—Bien.

Está a punto de irse, pero se lo piensa mejor y me atrapa entre sus brazos. Me besa con una intensidad devastadora y sucumbo al beso con mayor desenvoltura que el otro día. Jadeo contra sus labios y noto que él sonríe. Es un chulo que se lo tiene muy creído, pero a estas alturas no voy a negar que me encanta su actitud. Sus manos me acarician los brazos, se detienen en mi cintura y me aprietan el trasero. Se me escapa un grito mitad sorpresa mitad deseo. Ahora es mi turno. Lo toco a trompicones por encima del mono de trabajo y me muero de placer recorriendo su piel. Está más duro que una piedra, ¡me encanta!

—Para... para...

—No puedo —vuelve a besarme y hace caso omiso a mis súplicas.

—¡Llegas tarde! —le pongo las manos en el pecho para apartarlo de mí.

David resopla y apoya su frente contra la mía. Los dos temblamos y respiramos con dificultad.

—Mi jefa me va a echar la bronca.

—Con razón —se me escapa una risa traicionera—. Sal tú primero.

—Vale.

No se mueve. En lugar de apartarse, me acaricia la boca con sus labios de una manera deliciosa y dulce. Si sigue así, se me van a caer las bragas al suelo. Hago un gran esfuerzo para empujarlo y salir de su abrazo. Él pone cara de fastidio y termina de abrocharse el mono.

—Hoy más que nunca quiero que sea la hora de salir del trabajo —me dedica una mirada cargada de intenciones y sale a toda prisa.

Me llevo la mano al pecho y noto mis pulsaciones aceleradas. Uf, esto no tiene que ser bueno para mi salud. Me dejo caer sobre la banqueta y aplasto un objeto con el trasero.

—¿Y esto?

Es un teléfono móvil. Lo observo con curiosidad y reconozco el teléfono de David por la carcasa de Harley Davidson. Se le habrá olvidado con las prisas. Me levanto para guardarlo en su taquilla y le llega un WhatsApp. Juro que no quiero meterme donde no me llaman, pero la notificación ilumina la pantalla y lo leo sin querer.

Noelia: ¿me recoges este jueves?

Noelia: te quierooooooooo.

Se me cae el alma a los pies. No puede ser. Y, sin embargo, ahí está la verdad. La N de su tatuaje. N de Noelia. Su exnovia, con la que a todas luces sigue teniendo algo. Abro su taquilla, arrojo el móvil dentro y la cierro con fuerza. ¡Soy una imbécil! Le quedan pocos días para superar el periodo de prueba y ha creído que trabajándose a su jefa conseguiría el puesto.

¿Por qué después de tanto tiempo sigo siendo la misma idiota de siempre?

Paso toda la mañana trabajando encerrada en mi despacho. No salgo a almorzar, y a media tarde me tomo el resto del día libre porque no puedo soportarlo más. Debería haberlo visto venir. De hecho, mi instinto me gritaba que no me fiara de él. Esas pintas de perdonavidas, Ángela, su tatuaje...

Le pego al saco de boxeo que tengo en el sótano para liberar tensiones, pero lo único que consigo es cabrearme conmigo misma. Al menos me he dado cuenta antes de haberme pillado más por él, ¿no?

Bah... a quién quiero engañar. Me tenía en el bote. Seguro que se lo habrá pasado en grande a mi costa. Me lo imagino riéndose de mí con sus amigos. Diciéndoles que va a conseguir el puesto porque está flirteando con su jefa. Una mujer ingenua y crédula a la que es muy fácil engatusar.

Todo lo de Bruno vuelve a repetirse. Vuelvo a ser esa mujer de hace dos años a la que traicionaron. La herida me escuece tanto que dejo de pegarle al saco y voy a la cocina para beberme una cerveza. Las penas con alcohol saben mejor. La luz de mi móvil parpadea y descubro que tengo un WhatsApp de un número desconocido.

¿Dónde estás? ¿Va todo bien? ¿Te ha surgido algún problema?

Yo: *¿quién eres?*

Soy David.

Aprieto el móvil con fuerza y cuento hasta tres. Decido grabar su número para no volver a responderle en la vida.

Yo: *¿por qué tienes mi número?*

David: *me lo han dado los de recursos humanos. Les he contado una mentirijilla para conseguirlo. No subestimes mi encanto ??*

Oh, y tanto que no lo subestimo. Eres un mentiroso encantador.

Yo: *déjame en paz y no vuelvas a contactar conmigo fuera del horario laboral.*

David: *¿qué mosca te ha picado?*

Yo: *lo sabes muy bien. ¡No te hagas el tonto!*

David: *estoy perdido, ¿me lo explicas?*

Yo: *el que me tendría que explicar muchas cosas eres tú, pero paso de escuchar justificaciones absurdas. Espero que te lo hayas pasado muy bien a mi costa, pero se ha acabado. A partir de ahora soy solo tu jefa y vas a tratarme como tal.*

David: *Lara, no lo entiendo. Hace unas horas estábamos genial. Y cuando salgo del trabajo no te veo por ninguna parte. Y ahora esto.*

Yo: *lo único que tienes que saber es que no te quiero ver ni en pintura.*

Lo bloqueo de WhatsApp para no recibir más mensajes. Dos segundos después, me está llamando por teléfono. Le cuelgo. Lo intenta tres veces más. ¿Cómo se bloquean las llamadas? Argh, no tengo ni idea. Harta de que siga insistiendo, apago el teléfono y me dirijo al salón para coger el fijo. Marco el número de Lina porque necesito desahogarme con alguien.

20. I de ingenua

Lina no acude sola. He de haberle causado una impresión horrible por teléfono, porque todas se presentan en mi casa en menos de una hora. Las pongo al tanto de lo sucedido mientras me termino la cuarta cerveza del día. Cris me arrebató la cerveza y me mira con una mezcla de compasión y censura.

—Mañana trabajas.

—¡No me lo recuerdes! Le voy a tener que ver la cara a ese cerdo.

—Quizá tiene alguna explicación... —sugiere Lola.

—¡Venga ya! —exclama Lina. Está hecha una furia desde que se lo he contado—. Es su jefa. Es evidente que la ha estado engañando para superar el periodo de prueba. Deberías despedir a ese gilipollas.

—No voy a hacer tal cosa.

—¿En serio? —pregunta estupefacta. Ahora es ella la que bebe cerveza.

—No me voy a dejar llevar por motivos personales para valorar la aptitud de un trabajador.

—Pero seguro que lo hubieras considerado apto si os hubieseis acostado...

No lo niego. Me hubiera sido muy difícil despedir a David si hubiese sucedido algo más entre nosotros. Aunque a decir verdad, tampoco se lo merece. Es un buen trabajador. Cumple con su jornada y no ha tenido ningún incidente.

—Vamos, Lina. No seas tan dura con ella —le pide María—. El club de las solteras no quiere decir que vayamos a serlo para toda la vida. Solo que nos protegemos ante potenciales cabronazos. ¿Por qué te pones así?

—¡No entiendo por qué sigues siendo tan ingenua! Por eso me cabreo tanto. Pensé que la regla inquebrantable de nuestro club era ser sinceras para advertirnos de los posibles cabrones como el tal David. Si nos hubieras contado que te estabas empezando a pillar por él, te habríamos dado nuestra opinión.

—A ti todos los tíos te parecen lo peor —le recuerdo con aspereza.

—Eso no es... —nos mira a todas en busca de alguna cómplice, pero todas apartan la mirada. Lina se pone hecha una furia y comienza a despotricar—. ¡Ah, que ahora la mala soy yo! Os recuerdo que todas estamos aquí porque nos trataron como a una mierda. Porque dimos con tipos odiosos, mentirosos e infieles que nos partieron el corazón.

—Y no quiere decir que todos los hombres sean iguales... —murmura Lola. Se sienta a mi lado y me da una palmadita en la espalda—. ¿Por qué no le preguntas por la tal Noelia? A lo mejor es solo una amiga...

—Ja, ja, ja. ¡Una amiga que tiene tatuada en el corazón y que le dice te quiero! —discrepa Lina—. Si lo que quieres es que te cuente otra mentira, adelante. Ya sabe que lo has descubierto. Le has dado tiempo para trabajarse una coartada. Te dirá cualquier cosa para que lo creas. ¿De verdad vas a caer en su trampa?

—No —sacudo la cabeza con determinación—. Desde luego que no.

—Yo hablaría con él. A lo mejor ha sido un malentendido —insiste Lola.

—¿Y vosotras qué opináis? —Lina se dirige a María y Cris.

—Puf... que es un mentiroso. Lo del tatuaje no puede ser una coincidencia —admite Cris. María se lo piensa antes de dar su opinión.

—Probablemente estéis en lo cierto, pero yo hablaría con él para que te lo explique a la cara. A los mentirosos se los acaba calando. Míralo a los ojos y pregúntale si te ha engañado.

Lina resopla y se termina la cerveza de un trago. Ahora sí que estoy hecha un lío. Pero lo único que tengo claro es que si miro a esos ojazos azules, volveré a caer en sus redes sin ningún remedio. Confiar en él no es una opción.

—¿Sabes lo que haría yo? —interviene Lina, a pesar de que nadie le ha preguntado—. Darle una oportunidad al tipo de Tinder. Como dijo un sabio: un clavo saca a otro clavo.

¡Lolo! Me había olvidado por completo de él. Mañana es viernes y había quedado con él para conocernos. Uf, otro problema más. ¿Cancelo la cita o le doy una oportunidad?

21. Me debes una explicación

Al día siguiente me paso toda la jornada evitando a David. Lo sé. Un comportamiento muy maduro para una mujer hecha y derecha. Sobre todo teniendo en cuenta que soy su jefa. Lo que tengo claro es que no tengo ánimo para una cita. Le voy a escribir a Lolo con alguna excusa barata. Es lo mejor.

De repente, alguien entra en mi despacho sin llamar. Ni siquiera levanto la vista de la pantalla de mi ordenador.

—Hoy no estoy para nadie.

—Me vas a tener que ver tarde o temprano —dice David.

No lo miro. Me limito a teclear como si su presencia no me afectara.

—Sal de mi despacho.

—¿Y ya está?

—Ahora —le ordeno, intentando contenerme para no montar una escena.

—Lara, no me voy a ninguna parte hasta que me expliques qué demonios te pasa.

—Te recuerdo que estás en periodo de prueba. Tú sabrás —es un golpe bajo, pero diría cualquier cosa con tal de que se fuera.

Oigo la puerta cerrarse y maldigo para mis adentros. Pues claro. Lo único que le importa es el puñetero trabajo.

Lo último que me esperaba era encontrármelo a la salida. Me está esperando con el gesto serio. Acelero el paso y lo ignoro. David me persigue y su insistencia no me sorprende. Me encantaba esa parte de su personalidad, ¿no?

—¿Se supone que tengo que aceptar este cambio de actitud por tu parte sin preguntar siquiera?

—Soy bipolar.

Abro el coche y él se pone delante. Aprieto los dientes y le hago una señal para que se aparte.

—Explícame lo que te ha hecho cambiar de opinión. Dímelo y me voy.

—Lo sabes muy bien.

Es un gran actor. Me mira completamente desconcertado y casi me convence. Lina tiene razón. No le puedo dar la oportunidad de explicarse. Me colará alguna de sus mentiras y estaré perdida.

—Lara... —da un paso hacia mí y se lo piensa mejor por la cara de rottweiler que le dedico. Se queda parado y con los brazos extendidos—. Nos gustamos, ¿cuál es el problema?

Que yo no te gusto, que estás saliendo con otra, que eres un mentiroso de la peor calaña...

—Soy tu jefa.

—Eso ya me lo has dicho un millón de veces. El otro día dejó de importarte. Debe de haber algo más.

—Soy tu jefa y no voy a otorgarte un trato de favor porque nos acostemos.

David se queda boquiabierto. Lo dicho, es un gran actor. Su expresión se transforma de la incredulidad a la ira.

—¿Perdona?

—Querías una explicación y ahí la tienes.

—¿Me estás diciendo que soy la clase de hombre que liga contigo para conseguir un trabajo?

Me dirijo hacia la puerta del coche y hago caso omiso al temblor cargado de rabia de su voz. No está siendo sincero. No lo es.

—Lara, te he hecho una pregunta —insiste con voz grave.

—¡Sí! —me vuelvo hacia él con los ojos llameantes—. ¡Sí!

David se me queda mirando como si fuera la primera vez que me ve. Sacude la cabeza con tristeza y murmura algo que no llego a entender.

—Es increíble... —cierra los puños. Su voz está cargada de dolor y decepción—. Me podrías haber insultado de muchas formas, pero esto no me lo esperaba.

—Ya, lo que tú digas. Lo de ir de víctima no va contigo.

—Que te vaya bien.

—¡Lo mismo te digo!

Me encierro en el coche y observo cómo se marcha. Los hombros tensos, la cabeza gacha, los puños apretados. Es un actor de Óscar. Por un instante me entra un atisbo de duda. ¿Y si me estoy equivocando con él? Me acuerdo de Bruno y de las múltiples señales que esquivé. No voy a caer dos veces en la misma trampa. Que se vaya con la tal Noelia y se olvide de mí.

22. Lolo... y lo que surja.

Lolo: estoy en la cafetería. ¿Te queda mucho?

¡Mierda! Me había olvidado por completo de Lolo. Estaba tan cabreada con David que ni siquiera le envié un mensaje para cancelar la cita. Podría escribirle alguna excusa, pero me siento fatal de solo pensarlo. Él ya me está esperando y darle plantón sería propio de una persona horrible. No le hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti y todo ese rollo...

A pesar de que no me apetece ni lo más mínimo, le respondo que voy de camino antes de arrancar el coche. Puedo mantener una conversación agradable con él y luego marcharme sin que suceda nada. Me conozco lo suficiente para saber de antemano que no soy la clase de mujer que se acuesta con un hombre en la primera cita. No. Soy mucho peor. Soy la clase de idiota que se hace ilusiones con un empleado que solo la quiere para sacar tajada.

Ojalá pudiera seguir el consejo de Lina y acostarme con él para sacarme a David de la cabeza. ¿Por qué sigo teniendo esperanzas? ¡Es absurdo! Es obvio que me ha engañado, pero ha sido mirarlo a los ojos y zambullirme en un mar de dudas. Desde luego ha sido muy convincente cuando se ha mostrado herido por mis palabras.

Lolo ya me está esperando al fondo de la cafetería. Es un hombre moreno y que rondará los treinta. Atractivo a primera vista. Sin rastro de tatuajes visibles. Me saluda al reconocermelo y nos dedicamos una sonrisa de circunstancia. Esto va a ser una completa tortura. ¿De qué vamos a hablar?

—Hola. Perdón por llegar tarde. Acabo de salir del trabajo, no encontraba aparcamiento... — le miento.

—No pasa nada.

Se levanta para darme dos besos y retira la silla para que me siente. Agradezco el gesto con una sonrisa. No me pasa desapercibido que me mira de arriba abajo, supongo que calibrando si le gusta lo que ve. No puedo culparlo, aunque me parece un poco descortés por su parte. La aplicación a través de la que nos hemos conocido es para lo que es.

—Eres distinta.

—No te entiendo.

—Distinta a las fotos.

—Quieres decir que soy más fea.

—¡No! —sacude la cabeza y junta las manos para disculparse—. En las fotos parecías más seria. Me gusta lo que veo.

No sé qué responder a eso y me siento cada vez más incómoda. Es cierto que es un hombre bastante atractivo. A simple vista parece que se machaca en el gimnasio. Pero... no tengo ni idea de qué hablar con él.

—¿Qué os pongo? —nos pregunta el camarero.

—Coca cola cero —pide él.

—Para mí una cerveza.

No me pasa desapercibido que él enarca una ceja.

—¿Qué pasa?

—Son las seis y media...

—Ya sé qué hora es —respondo desconcertada.

—Nada, cosas mías. No suelo beber cerveza entre semana, y menos a esta hora. Voy todos los días al gimnasio y no puedo desperdiciar el esfuerzo con una cerveza. Pero se nota que tú eres de esas personas con un metabolismo acelerado. Qué suerte.

Menudo aburrido. A ver, no tengo nada en contra de que las personas se cuiden, pero los tipos obsesionados con su físico no me gustan.

—Háblame de ti —me pide. Se dirige al camarero para darle las gracias cuando nos trae las bebidas. Al menos es educado.

—Uhm... no sé qué decirte. ¿Qué quieres saber?

—Lo que a ti te apetezca contarme.

—Pues... —cruzo las manos con una creciente incomodidad. No me apetece hablarle de mí, pero supongo que no me queda otro remedio. Recuerdo haberle hablado a David de mis padres y mi infancia. Temas íntimos que no son de la incumbencia de un desconocido. No volveré a cometer el mismo error—. Soy ingeniera industrial.

Él abre los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Sí.

—Parece muy difícil.

—Supongo —me encojo de hombros—. ¿Y tú a qué te dedicas?

—Soy camarero y entrenador personal. Así que ya sabes, si quieres ponerte el culo duro o trabajar los brazos... soy tu hombre.

Me río sin ganas. ¿Se está promocionando en mitad de una cita? Lo que me faltaba.

—¿Te gustan los animales?

—Me encantan, aunque solo tengo a Félix porque mi trabajo me impide pasar más tiempo en casa.

—Yo tengo dos pastores alemanes. Se llaman Arnold y Rocky.

Definitivamente es un obsesionado con el mundo fitness.

—Disculpa —llama al camarero y le entrega el tarro de frutos secos en el que yo estaba a punto de meter la mano—. ¿Te importa llevártelo? Gracias.

Luego se dirige a mí con expresión seria.

—Los frutos secos están permitidos por la mañana, pero por la tarde son una bomba calórica. No te importa, ¿no?

Finjo que no estoy empezando a irritarme.

—Que va.

—Me gusta cuidarme.

—Ya veo.

—De pequeño se metían conmigo porque era tenía sobrepeso.

—Lamento oír eso —le digo con total sinceridad—. Yo también sé lo que es pasar por eso.

—¿También tenías sobrepeso de niña? —pregunta emocionado.

—No, pero se metían conmigo porque no encajaba entre los demás niños.

—Ah... —responde, como si hubiera perdido el interés—. Los niños pueden ser muy crueles.

—Sí...

—¿Te apetece que vayamos a un sitio más tranquilo? —pregunta de sopetón.

Reconozco que no estaba preparada para que fuera a saco tan pronto y me atraganto con un sorbo de cerveza. Comienzo a toser y me pongo colorada.

—Lolo... yo... uhm... —busco las palabras apropiadas para rechazarlo—. No me voy a sitios tranquilos con nadie en la primera cita. Me siento muy halagada, pero no soy así.

—Ah, eres tímida.

Se inclina hacia mí y me acaricia la mejilla. Estoy tan abochornada que no sé ni dónde meterme. Aguanto el tipo como puedo y él no se percata de mi cara de circunstancia.

—Podemos ir a tu ritmo. No hay problemas. Las tímidas son mi especialidad —me guiña un ojo.

Cree que acaba de hacerme un cumplido, pero lo que a mí me apetece es salir huyendo de allí. Es la primera y la última vez que tengo una cita con un desconocido que parece majó por internet.

Me ha costado quitarme a Lolo de encima, por lo que al final le he puesto una excusa para largarme. Soy lo peor. Le he contado que tenía que cuidar de mi abuela enferma. En serio, el infierno tiene un sitio reservado para las personas como yo. Se ha despedido con un beso húmedo en mi mejilla y diciéndome que tenía muchas ganas de volver a verme. ¡No, gracias! Fue bonito mientras duró, Lolo.

Estoy a punto de subirme al coche cuando me llaman por teléfono. Observo con estupor que se trata de David. ¿Y este qué quiere ahora? Tengo que averiguar cómo se bloquean las llamadas. No entiendo para qué me llama. Creí que después de nuestra discusión le había dejado muy claro lo que pienso de él.

—¿Qué quieres? —le ladro.

—No quería molestarte.

—Pues lo estás haciendo. ¿Por qué me llamas?

—Mañana no puedo ir a trabajar. Es por un asunto personal y muy urgente.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Eres mi jefa, ¿a quién quieres que llame?

Tiene razón. Aunque me fastidie, soy su jefa y vamos a tener que seguir tratándonos por motivos profesionales. No nos queda otra.

—Te paso el email de recursos humanos y la hoja que debes rellenar. Espero que tengas un motivo bien justificado, porque de lo contrario te contará como falta y te restará puntos para superar el periodo de prueba.

—Es un motivo más que justificado —responde irritado—. Olvidaba que crees que soy un mentiroso.

—Te lo envío todo por WhatsApp —le digo antes de colgar.

Desbloqueo su número para enviarle la dirección de email y el archivo adjunto que tiene que rellenar. No me da tiempo a bloquearlo de nuevo cuando él me envía un mensaje.

David: gracias.

David: por cierto, te estás equivocando conmigo.

No debería entrar al trapo, pero no puedo evitarlo.

Yo: lo que tú digas. Además, te expliqué que a partir de ahora nuestra relación se ceñirá a lo profesional.

David: si tan claro lo tienes, ¿por qué no me permites que te dé una explicación?

Yo: porque no me interesa y porque no la necesito.

David: sinceramente, Lara, ahora el sorprendido soy yo. Jamás me lo hubiera esperado de ti.

Me bloquea. Parpadeo un par de veces por si lo estoy soñando. ¡Me acaba de bloquear! Pero... ¿será posible? ¿Cómo se puede ser tan caradura? Marco su número y tiene la poca vergüenza de tardar cinco tonos en responder.

—¿Tú de qué vas?

—¿Y ahora qué pasa?

—Me acabas de bloquear. ¿Quién te crees que eres? Yo te había bloqueado primero, y te he desbloqueado para enviarte la información del trabajo.

—Así te ahorra las molestias. ¿No es lo que querías?

El tono socarrón de su voz me saca de mis casillas.

—Eres un chulo.

—Y te encanta que sea así.

—¡No me gustan los hombres como tú!

—Ya... —lo puedo ver sonreír a través de la pantalla—. Por eso me besabas como si te fuera la vida en ello.

—Me besaste tú.

—No te apartaste.

—Tenía ganas de echar un polvo y me servía cualquiera —me hago la digna.

—No te creo —responde con arrogancia—. Estás tan furiosa porque te gusto más de lo que estás dispuesta a admitir. Por eso te estás comportando de esta manera tan poco racional.

—Soy una mujer muy racional —lo digo como una niña mosqueada—. Y no tengo nada más que hablar contigo.

—Pues yo creo que tenemos una conversación pendiente. Podría plantarme delante de tu casa dentro de quince minutos y aclarar las cosas. Luego me invitas a una cerveza y... lo que surja.

¡Lo que surja! ¿Cómo se puede ser tan soberbio?

—Atrévete a venir a mi casa y te enterarás de lo que es bueno.

—¿Me vas a pegar? —se ríe.

—No sería la primera vez.

Cuelgo el teléfono y suelto un grito. ¿Este tío de qué va? Que me gusta más de lo que estoy dispuesta a admitir, ¡lo que hay que oír! Que viene a mi casa y lo que surja, ¡por encima de mi cadáver!

23. ¡Paso de ti!

David no se presenta esa mañana en el trabajo. Supongo que ha de tener una buena causa justificada, porque los de recursos humanos son muy escrupulosos con el tema. Lolo sigue insistiendo. Ahora me pide mi número *porque hablar por la aplicación es un rollo*. No quiero herir sus sentimientos, pero lo nuestro no va a ningún lado y ya estoy tardando en bloquearlo. Pero lo mejor de todo está por llegar. Mañana toca finde vacacional con toda la plantilla. La cosa promete, eh. Supongo que ya me puedo ir olvidando de tener a David como aliado. Soy yo contra el resto del mundo. Vamos, lo de siempre. Paco intentará ganarme terreno y yo me pondré en plan *no te metas conmigo que soy tu jefa*. Si me dieran a elegir entre saltar por un precipicio o este fin de semana... preguntaría la altura del precipicio. Y luego, ya si eso, saltaría.

Quedan un par de horas para acabar la jornada cuando escucho un barrullo de voces. Al principio me imagino que están de cháchara y que tendré que ir a echarles la bronca, pero entonces oigo los gritos desesperados y salgo corriendo del despacho. Todos están amontonados en torno a una máquina y no soy capaz de ver nada.

—¿Qué pasa? —comienzo a apartar a los que tengo delante—. ¿Qué pasa?

—¡Jefa! —Jorge tiene la expresión descompuesta—. ¡Apartaos!

Comienza a empujar a sus compañeros mientras tira de mí.

—¡Se ha quedado atascado ahí dentro!

Estoy a punto de desmayarme de la impresión. No logro reconocer a la persona, pero lo que sí escucho son sus gritos desesperados pidiendo ayuda y aullando de dolor. Ni siquiera me paro a preguntar cómo demonios ha acabado ahí dentro. Paco está haciendo palanca mientras le grita instrucciones a un puñado de trabajadores aterrorizados. La situación se ha descontrolado y los trabajadores vienen y van sin saber qué hacer. Otros maldicen en voz alta y algunos se lamentan de lo sucedido.

—¡No! —les digo, y todos dejan de prestarle atención a Paco. Me dirijo al primero que tengo más cerca—. ¡Corta la corriente! ¡Y tú tráeme la caja de herramientas de mi despacho!

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta David.

Ni siquiera tengo tiempo de preguntarme qué está haciendo aquí. Pensé que no había venido a trabajar. Me acerco a Paco, que suda de manera copiosa y lleva las mangas de la camisa remangada.

—Lo tenía todo controlado. Íbamos a hacer palanca para colocar la máquina de pie y sacar a Javier de ahí debajo.

—¿Con la máquina encendida? —estoy tan horrorizada que no me detengo a echarle la bronca. Ya habrá tiempo para ello. Tampoco le pregunto cómo diantres ha acabado ese pobre hombre aplastado por una máquina—. Si hacéis palanca, lo único que conseguiréis es que Javier salga más lastimado. Voy a tener que desmontar la máquina. De lo contrario alguna pieza podría soltarse y desgarrarle algún órgano.

—¡Ayuda! ¡Me duele!

Me agacho para que Javier pueda oírme.

—Javier, soy Lara. Tranquilo, vamos a sacarte de ahí. Necesito que me digas si has sufrido

algún daño.

—Me duele la pierna izquierda, ¡no me puedo mover!

—Te prometo que todo saldrá bien —intento tranquilizarlo—. Te doy mi palabra de que voy a sacarte de ahí. Pero necesito que te estés muy quieto. Voy a desmontar las piezas para quitártelas de encima. De lo contrario podrían soltarse si intentamos levantar la máquina. Temo que con la caída se haya desprendido algún componente.

—De... acuerdo —noto que le cuesta respirar—. Por favor... sácame de aquí.

—Te lo juro.

Alguien me tiende mi caja de herramientas. David se agacha a mi lado y me mira preocupado. Lo ignoro. Busco a Paco y le hablo en voz baja.

—Llama a una ambulancia.

—No creo que sea para tan...

Le dedico una mirada asesina que lo deja sin habla. No hace falta que le pida que desaparezca de mi vista. Todos hacen un corrillo a mi alrededor y me observan. Hay miradas de todo tipo. Esperanzadoras, confundidas, asustadas... entre todas ellas gana la desconfianza. A decir verdad, en ese preciso momento me trae sin cuidado. Tengo que salvar a un hombre. Que duden de mí es lo de menos.

—¿En qué te puedo ayudar? —se ofrece David.

—Tiéndeme las herramientas que te vaya pidiendo. El destornillador eléctrico.

David me lo tiende y empiezo a trabajar. Al cabo de diez minutos tengo la frente perlada de sudor. Voy por buen camino. Solo tendré que desmontar una parte para que Javier pueda escapar.

—La llave inglesa.

Alguien me ofrece una botella de agua. Doy un trago y prosigo con el trabajo. Debo tener mucho cuidado y elegir minuciosamente las piezas que voy a desmontar primero. De lo contrario el engranaje podría venirse abajo y aplastar a Javier.

—¡Estás tardando mucho! —me recrimina Paco.

—¡Sssssh!

—Déjala trabajar.

No me hace falta decirle que se meta la lengua por donde le quepa porque, para mi sorpresa, me salen algunos defensores inesperados. Tomo aire y sostengo una pieza con la mano mientras con la otra intento desatornillarla. David me ayuda a sujetarla y su mano roza la mía. Noto ese chispazo eléctrico que siempre me deja atontada. Respiro profundamente. No es el momento.

—La tengo bien sujeta.

—Vale. Esto ya casi está....

No sé cuánto tiempo pasa, pero oigo la sirena de la ambulancia a lo lejos. Me sudan las manos y tengo el cuerpo engarrotado. Es un trabajo lento y minucioso en el que toda precaución es poca. Hasta que al fin da sus frutos. Primero una pierna, luego la otra... hasta que se forma un hueco lo suficiente grande por el que pueden liberar a Javier. Estoy a punto de llorar de alegría. He llegado a dudar hasta de mí misma.

—Javier, ¿estás bien?

—Sí...

—La ambulancia está de camino. Tranquilo.

Me levanto con el corazón desbocado y me limpio el sudor de la frente con el puño de la camisa. Me llueven los aplausos. Me quedo tan cortada que no sé cómo reaccionar. Lo que sí hago es detener a Paco cuando intenta coger a Javier de los pies para sacarlo.

—¡Para!

—¿Quieres que lo deje ahí encerrado? Como tú no eres la que está ahí dentro...

—Podría tener alguna lesión. No podemos moverlo hasta que lleguen los de la ambulancia.

—Ahora también eres licenciada en medicina... —se burla con rabia.

Aprieto los puños y contengo el impulso de darle un puñetazo. Respiro aliviada cuando veo a los profesionales sanitarios entrar por la puerta. Les hago un breve resumen de la situación y ellos se encargan del resto. Javier sale en camilla, con un collarín y una pierna inmovilizada. Estira un brazo hacia mí y me acerco para saber qué es lo que quiere.

—Gracias —musita con los ojos vidriosos.

—No hace falta que me las des. Me encargaré de llamar a tu familia para avisarlos. ¿Quieres que algún compañero te acompañe en la ambulancia para que no estés solo?

—Si puede ser Pepe...

—Claro. Cuídate mucho —le doy un apretón suave en la mano.

Voy directa a mi despacho y tengo que detenerme con varios trabajadores que me felicitan por mi reacción. Me encojo de hombros y les digo que es mi trabajo. No estoy acostumbrada a los halagos y no sé cómo reaccionar a ellos. Lo que sí hago al quedarme a solas es prepararme una tila, llamar a la familia de Javier e intentar consolar a su mujer. Me tomo quince minutos de sosiego antes de acabarme la tila y salir del despacho como un miura.

—¿Alguien me puede explicar qué demonios ha pasado? —pregunto levantando la voz.

Es la primera vez que todos me prestan atención sin pestañear. Los miro de manera alternativa y esquivan mi mirada.

—¿Nadie? —insisto estupefacta—. ¿Me tengo que creer que una máquina de más de doscientos kilos se ha caído sola?

—No estaba anclada al suelo. Es un peligro para los trabajadores. Trabajamos en condiciones poco seguras —comienza a decir Paco.

—A mí no me vengas con esas —le digo, señalándolo con un dedo. No sé por qué, pero sospecho que él ha tenido algo que ver en este incidente—. Podemos hacerlo por las buenas, o puedo dedicarme a interrogar a cada uno de vosotros hasta conocer la verdad.

—¡No nos amenes! —exclama Paco hinchando el pecho.

—Tío, pero ¿qué dices? —interviene Jorge—. Yo solo sé que le has pedido que se metiera debajo para comprobar por qué se había atascado la máquina. Lo demás no lo he visto.

—¿Qué? —me tiembla la voz y me sale un gemido estrangulado—. ¿Qué le has pedido que se metiera debajo?

—Yo no tengo la culpa de que el muy imbécil se lo tomara al pie de la letra —se justifica Paco con tono despectivo—. La máquina volvió a atascarse y le dije que por mí como si se tenía que meter debajo para solucionar el problema... ¡No lo obligué!

—Le dijiste que le podía caer una buena si se cargaba la máquina... —murmura otro en tono acusador y bajo—. Que la jefa podía cabrearse y abrirle un expediente porque no era la primera vez que le sucedía.

Me acerco a Paco como haría un pitbull a punto de morder a su presa.

—¿Cómo has sido capaz de decirle eso? —le recrimino, completamente fuera de mí—. ¿A ti qué demonios te pasa?

Paco pone cara de asco y se mete las manos en los bolsillos del mono.

—Tienes fama de dura, ¿qué querías que le dijera? Seguro que le hubieras echado una buena bronca si no hubiera solucionado el problema. ¿O no? Aquí todos sabemos de qué pie cojeas... —

lo dice y mira a su alrededor en busca de apoyo. El resto se limita a agachar la cabeza y mirar hacia otra parte.

—Que yo sepa jamás le he abierto un expediente a nadie por un error. Somos humanos y todos nos equivocamos.

—Te paseas por aquí con tus aires de grandeza, exigiéndonos lo imposible, advirtiéndonos que si no damos el máximo nos atengamos a las consecuencias, intimidándonos...

—Eso es falso y lo sabes.

Estoy a punto de explotar. ¿Cómo se puede ser tan miserable? Diría cualquier cosa con tal de envenenar al resto. Es cierto que soy dura y exigente, pero también soy justa y comprensiva. Los vigilo para evitar posibles accidentes como este y al mismo tiempo buscar la mayor eficacia, no porque me apetezca amedrentarlos. De hecho me gusta muy poco el sentimiento de superioridad que genera mi puesto.

—Al único al que voy a abrirle un expediente es a ti.

El rostro de Paco se tiñe de ira y le da una patada a la caja de herramientas.

—¿Qué estás diciendo! ¡No puedes hacer eso!

—Puedo y lo haré. Es mi deber. Has puesto en peligro la vida de un empleado, y te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que no salgas impune. Tómalo como una advertencia si te da la gana, pero de esta no te libran ni tus años de antigüedad ni tu puesto en el sindicato. No eres intocable. Ni siquiera te mereces trabajar aquí.

—¿Estás loca! ¡No me conoces!

David se interpone en su camino cuando se me acerca.

—Basta. Ya la has oído.

—Tú no te metas donde no te llaman —le espeta Paco.

—Es tu jefa. Empieza a tratarla como tal. No voy a permitir que des un paso más.

David le saca una cabeza y Paco sabe que no tiene nada que hacer.

—Esto no se va a quedar así... —me dice, pero ahora ya no tiene esa bravuconería tan típica.

—Desde luego que no —respondo muy segura de mí misma—. Vas a lamentar haber puesto en peligro a un empleado. Quizá sea una jefa dura, antipática y no os caiga bien. Pero os aseguro que yo sí velo por vuestra integridad y que jamás os comprometería en situaciones de las que podéis salir malparados. Y ahora, por favor, volved al trabajo.

Todos lo hacen sin rechistar. Paco me dedica una mirada cargada de odio y se la sostengo con la cabeza muy alta. Entonces me dirijo a David con cara de pocos amigos.

—Ven a mi despacho —le ordeno.

Me sigue hacia el despacho y cierro la puerta cuando nos quedamos a solas. Algunos curiosos miran en nuestra dirección, pero una simple mirada por mi parte basta para que dejen de cotillear. De todos modos, bajo las persianas porque no quiero que se percaten de lo que sucede. Una vez lejos de miradas indiscretas, me vuelvo hacia él.

—Ha sido impresionante. La forma en la que has controlado la situación, la capacidad de mantener la mente fría, tu habilidad con esa máquina...

—Que sea la primera y la última vez que te inmiscuyes en una discusión.

David me mira como si le estuviera gastando una broma. Pero estoy hablando muy en serio. Soy su jefa. No necesito, ni voy a permitir, que nadie me defienda. Y menos él.

—Creí que ese impresentable iba a cometer alguna locura. ¿Habrías preferido que me quedase al margen como los demás?

—Sí —respondo irritada—. Sé defenderme sola.

—Pero...

—¡Pero nada! Has menoscabado mi autoridad. Tenía la situación controlada, y aunque no fuera así, no puedes inmiscuirte en mi terreno.

—No lo he hecho con mala intención, sino todo lo contrario.

—¡Da igual! —exclamo, alterada porque no sea capaz de comprenderme—. ¿Te das cuenta de que tu actitud sobreprotectora me echa tierra encima? Soy tu jefa y has cruzado un límite. ¿Habrías hecho lo mismo si fuera un hombre?

—Lara... —suspira y se acerca a mí—. ¿De verdad me estás pidiendo que mire hacia otro lado cuando alguien te trata mal? No se trata de que seas una mujer, se trata de que eres tú.

—Y también soy tu jefa. El día que empieces a respetarme entenderás a qué me refiero.

—Yo te respeto.

—¡Qué va! Si lo hicieras no estaríamos manteniendo esta conversación.

—Te estás desquitando conmigo por lo que pasó el otro día.

Se me escapa una risa atónita y llena de furia.

—¿Ves como no lo entiendes?

—Estás cabreada conmigo y me lo estás haciendo pagar.

—Y una mierda —le espeto fuera de mí—. Sé separar mi vida personal del terreno profesional. A lo mejor el problema lo tienes tú.

—Permíteme que lo dude.

—Estás en periodo de prueba y puedo echarte sin razón alguna. ¿De verdad crees que si no supiera separar el trabajo de mi vida personal seguirías trabajando aquí?

David tuerce el gesto. Sabe que llevo razón.

—Que no vuelva a pasar —le advierto.

—Me encantaría prometerlo, pero no respondo si ese imbécil vuelve a tratarte de esa manera. ¡Lo siento! ¿Qué quieres que te diga? Quizá tienes razón y me he comportado como un cretino sobreprotector. Pero cuando se trata de ti no puedo... mirar hacia otro lado.

Sus palabras me impactan más de lo que me esperaba. Aparto la mirada y me cruzo de brazos.

—Vete.

—Lara...

No me aparto cuando me coge entre sus brazos. Tiemblo como un pajarillo y lo achaco a la tensión. A lo vivido hace un momento y al estrés acumulado. David me acaricia la barbilla con la boca y se me escapa un suspiro trémulo. Me mira de una manera en la que sobran las palabras y por un instante deseo con toda mi alma fiarme de él. Pero lo que hago es apartarme cuando intenta besarme.

—Lara... hablemos las cosas...

—¡No! —corro hacia la puerta y la abro para que se largue—. Vete, ya me has oído.

—Sí, ya te he oído —responde de mala gana—. Te estás equivocando conmigo.

Me dirige una última mirada recriminatoria antes de dejarme sola. Me quedo completamente deshecha y vuelvo a replantearme mis dudas. ¿Y si tiene razón? ¿Y si me estoy equivocando?

24. El único asiento libre

¡Llegó el día!

No sabía qué meter en la maleta, así que he cogido un poco de todo. Estoy muy nerviosa y no sé qué esperar de este fin de semana. Ayer estuve cenando con las chicas y trataron de animarme. Me dijeron que lo vea como una oportunidad para ganarme a la plantilla. También les conté lo de David y las opiniones fueron muy dispares. Lina y Cris creen que su actitud sobreprotectora se debe a sus ansias de conseguir el puesto. Lola y María piensan que debería darle un voto de confianza y pedirle una explicación. Y yo... estoy hecha un lío.

Confirmando la asistencia de todos los empleados antes de subir al autobús que ha contratado la empresa para el traslado al hotel. La verdad es que no han escatimado en gastos. Fantaseaba con la idea de que Paco se quedara en su puñetera casa, pero ha sido el primero en subir al autobús. Su mirada provocadora y cargada de mala leche ha sido una declaración de intenciones. Estamos en guerra y va a aprovechar este fin de semana para sacar toda la artillería pesada. Esta vez no pienso ser un contrincante fácil. Le he abierto un expediente y la junta directiva, a pesar de sus reticencias, no lo ha bloqueado. Saben que su forma de actuar no tiene justificación alguna y podría perder el trabajo por una razón de peso. Sería un despido procedente. ¿El único problema? Necesito encontrar a algún testigo que quiera exponer por escrito lo sucedido. No me va a ser fácil. Los chivatos nunca están bien vistos, y hablar para que un compañero pierda el trabajo es algo imperdonable entre ellos. Lo tengo complicado.

—¡Listo! —exclamo satisfecha, al comprobar que la asistencia ha sido completa.

Tenía mis dudas. Sobre todo teniendo en cuenta que desde arriba me advirtieron de la importancia de esta actividad. Me hubiera llevado una buena bronca si algún empleado hubiese faltado a la convivencia. Supongo que nadie se puede resistir a unas vacaciones pagadas en un hotel de cuatro estrellas, porque de lo contrario no me lo explico. Aunque también sospecho que lo sucedido el otro día ha aumentado ligeramente mi popularidad. He notado que algunos empleados me saludan con mayor entusiasmo y me tratan con más familiaridad. Supongo que empiezan a darse cuenta de que Paco no es tan buena gente como finge ser. Y el hecho de que el accidentado podría haber sido cualquiera de ellos les habrá removido la conciencia.

Subo al autobús y compruebo que todos los asientos están ocupados. Todos menos uno. ¡Cómo no! David pone mala cara cuando se da cuenta de que me voy a sentar a su lado. ¡Cómo si pudiera elegir! Es eso o conducir el autobús, y no tengo ni idea de conducir un autobús, así que...

—Hola.

—Hola —responde con voz fría.

Me siento a su lado y aprieto los dientes. Es el colmo. Soy yo la que tiene razones para estar cabreada, ¿qué se ha creído?

El algarabío de voces se hace más creciente. Uf, es como viajar con una clase de instituto. ¿Por qué no podrán estarse calladitos hasta que lleguemos? Supongo que ya me puedo ir despidiendo de un viaje tranquilo y en silencio. Se ríen, hacen bromas y gritan como berracos.

—¡Silencio! —les pido irritada, y alzo la voz cuando no me hacen caso—. ¡Que os calléis! Esto no es un viaje de instituto.

Las voces se disipan hasta convertirse en un murmullo ininteligible. Todos me miran de soslayo y cuchichean en voz baja. Uf, normal que tenga fama de siesa. No lo puedo controlar... soy así. ¿Qué hago?

—Vas por mal camino —me dice David.

—No te he pedido opinión.

—Si les cortas el rollo conseguirás lo contrario a lo que te propones. Ayer te ganaste su respeto, pero lo perderás si actúas como una jefa soberbia y autoritaria.

—¡Vale, vale! Ya lo pilló —respondo, irritada porque tiene razón—. Gracias.

No dice nada. Lo miro de reojo. Tiene la vista clavada en la ventanilla. Lo que faltaba, que se haga el digno.

—¿Esta va a ser tu táctica a partir de ahora?

—No entiendo a qué te refieres.

—Actuar como si la culpa fuera mía e ir de digno.

David sacude la cabeza. No me mira.

—Me he cansado de ir detrás de ti como si hubiera hecho algo malo. No tengo por qué suplicar tu perdón cuando la que se equivoca eres tú.

—Anoche te dejé muy claro lo que opinaba sobre tu forma de actuar.

—Pero no es solo eso, ¿no? —se vuelve hacia mí con furia en la mirada—. Según tú, soy un trepa y un oportunista. Así que te agradecería que me dejases en paz durante el resto del viaje.

Me deja con la boca abierta y sin saber qué replicar. No digo nada. Me cruzo de brazos y cierro los ojos. En cierto modo tiene razón. Si es un trepa y un oportunista, ¿para qué lo busco?

Me cuesta abrir los ojos. Al principio estoy tan desconcertada que no sé ni dónde me encuentro. Necesito unos segundos para ubicarme. Luego recuerdo el autobús y me tenso. Me he rendido al cansancio porque anoche no pude pegar ojo debido a los nervios. Tengo ganas de morirme cuando comprendo que me he quedado dormida sobre el hombro de David. ¿Dejaré de hacer el ridículo en algún momento de mi vida? Finjo seguir dormida mientras busco una manera elegante de salir airosa de la situación.

David huele a gel de baño y a colonia masculina. Es una fragancia agradable y sexy que me envuelve. No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí sobre el hombro de un hombre, pero estoy segura de que es la primera vez que me excito tanto por ello. De repente me entra un calor abrasador por todo el cuerpo y me veo obligada a apartarme de él. Lo primero que veo son sus ojos azules, intrigados y comprensivos. Al menos no se burla de mí.

—Perdona. Estaba muy cansada.

—¿Has dormido bien?

—Eh... sí —respondo, porque me parece una pregunta fuera de lugar y demasiado personal—. Gracias por no apartarme.

—No podía. Eres encantadora cuando cierras los ojos y la boca.

Le dedico una mirada asesina y él sonrío.

—Quedará una hora de camino —me da una palmadita en la mano para que me espabile—. ¿Tienes hambre? No es por darte envidia, pero mi madre me ha preparado unos bocadillos de filetes empanados que quitan el sentido.

—¿Tu madre te sigue preparando la comida? —pregunto estupefacta.

—Solo cuando me voy de excursión con jefas exigentes y malpensadas.

Se me escapa una sonrisa cuando me tiende un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Me encantaría negarme, pero es olerlo y quitárseme las ganas de discutir. El sueño reparador me ha abierto el apetito. Le doy un bocado y entrecierro los ojos. Por el rabillo del ojo veo que él sonríe.

—Uhm... filetes empanados y pimientos fritos. Quiero conocer a tu madre.

—Ya no te importa tanto que me siga preparando la comida, eh —me da un suave codazo—. Que conste que en mi casa me encargo de todas las tareas del hogar. No vaya a ser que también creas que tengo a mi pobre madre explotada y le llevo la ropa sucia para que me la lave.

La acusación me sabe mejor con el bocadillo. Puede que tenga razón y haya sido demasiado dura con él. Pero el nombre de Noelia acude a mi mente con rapidez para borrar el sentimiento de culpa.

—Eres un partidazo. Un hombre independiente ¡guau!

—Todos no podemos ser Wonder Woman y desmontar una máquina de doscientos kilos en menos de veinte minutos.

—Ajá.

—¿Eres tan dura con todo el mundo o solo con los que te gustan de verdad?

—Cuando conozca a alguien que me guste de verdad te responderé a esa pregunta —le digo, bajando la voz para que no nos oigan.

Ensancha una sonrisa arrogante y me mira a los ojos.

—Lo tienes delante.

—Estaré ciega, porque solo veo a un mentiroso con el que no quiero tener nada que ver.

Su sonrisa se esfuma.

—No soy mentiroso.

—Noelia —le suelto sin poder contenerme.

A David se le cambia la expresión. Primero sorpresa, después miedo. ¡Lo sabía! Esa tal Noelia es muy importante para él. Asiento con mala cara y clavo la vista en el asiento de delante. De repente me sabe mal el bocadillo.

—No es lo que piensas —dice con voz grave.

—Ya...

—Espiar el móvil de los demás no te pega nada.

—Fue sin querer —me defiendo avergonzada—. Te lo iba a devolver y de repente apareció ese mensaje.

—Y pensaste lo peor.

—¿Qué debería haber pensado? —me vuelvo hacia él con el rostro congestionado por la ira.

—Deberías haberme preguntado.

—No hace falta.

—Tienes razón —dice de mala gana, y su respuesta me sorprende—. Eres una malpensada y no tengo por qué darte explicaciones.

Me lo quedo mirando en busca de una justificación que no llega. En lugar de explicarse con alguna excusa barata, David se coloca los cascos del móvil en un claro intento por ignorarme. Se me escapa una risa atónita. O es el mejor actor del mundo, o puede que realmente me haya equivocado con él.

25. No voy a perseguirte como un perrito faldero

Es oficial: David está pasando de mí. No sé cómo sentirme al respecto. Bueno, sí que lo sé. Me siento ofuscada, confundida y cabreada. No lo entiendo. O se hace el ofendido de manera muy convincente, o realmente me he equivocado con él. Pero el mensaje dejaba poco margen a la imaginación. Quién sabe, quizá Lola y María tienen razón y debería darle un voto de confianza.

El hotel en el que nos alojamos es un cuatro estrellas ubicado en la montaña. Con todo tipo de comodidades para que los empleados se relajen en cuanto se instalan. Algunos de ellos se han apoderado del buffet como si llevaran un siglo sin comer, otros optan por el bar de la piscina y los más animados se dan un baño en la piscina climatizada. Me siento fuera de lugar y no sé qué hace para integrarme. Noto que todos me evitan. Nadie quiere estar con la jefa. Les corto el rollo. No los puedo culpar. ¿Quién querría estar conmigo? Mi fama de antipática me la merezco.

Paco, por el contrario, está en su salsa. Todos le ríen las gracias y se mueve entre los empleados como una especie de Dios al que idolatran. Parece que ya se han olvidado de que uno de ellos está en el hospital por su culpa. Me pido un cóctel y lo observo con una mezcla de rabia y envidia. Si al menos fuese una persona decente... Pero es un auténtico cabrón sin escrúpulos que solo mira por sí mismo. Como diría mi padre: no solo hay que ser bueno, sino también que parecerlo.

Vale, tengo que poner de mi parte. Nadie se me va a acercar por su propio pie. Las chicas tienen razón: este fin de semana es una oportunidad para congeniar con mis trabajadores. No puedo desperdiciarla. Me armo de valor y me acerco a un grupo de empleados.

—El tema de la conciliación laboral es una estafa...

—Y que lo digas. Ahora que a mi mujer le ha salido curro fuera, me las veo para cuidar de los pequeños. El problema es que se me va la mitad del sueldo en contratar a alguien que se quede con ellos por las tardes.

—Que putada, tío.

—Incluso he pensado pedirle a Pilar que deje el trabajo y vuelva a la ciudad. Pero no puedo hacerle eso. Le ha salido algo de lo suyo y tiene la posibilidad de pedir el traslado el año que viene. Así que me tocará aguantar mientras tanto.

No resisto el impulso de intervenir en la conversación.

—Podrías pedir la reducción de jornada —le explico, en un intento por ayudar.

Julio me mira con desconfianza.

—Sí, para que me echen a la puta calle o me la denieguen. Seguro que a partir de entonces me miran mal y empiezan a putearme. No está bien visto que un hombre se pida una reducción de jornada.

—Es perfectamente legal —insisto, porque sospecho que no está al tanto de sus derechos—. Debes solicitarla por escrito con quince días de antelación, y el derecho puede ser ejercido indistintamente por hombres y mujeres para el cuidado de hijos o familiares hasta el segundo grado de consanguinidad o afinidad. La reducción puede comprender como mínimo una octava parte y como máximo la mitad de la jornada, con la disminución proporcional del salario. Tienes todas las de ganar, en serio.

—¿Y qué hago cuando mi mujer vuelva el año que viene y ya no necesite la reducción de jornada?

—Solicitar la reincorporación completa. Yo agilizaría los trámites, no te preocupes.

—Paco dice que desde arriba se miran mal este tipo de iniciativas. Creo que paso.

—No sé qué te habrá contado, pero se equivoca.

—Si me la deniegan, podría acabar en los tribunales. No tengo dinero ni ganas de echarme a la empresa encima.

—¡Eso no va a pasar! —exclamo, sorprendida de que piense de esa manera—. Si quieres te echo un cable para agilizar todo el proceso. Te prometo que puedes confiar en mí.

Julio me mira con evidente recelo.

—Tú qué vas a decir. Eres de los suyos. Me acabaré comiendo el marrón y tú seguirás siendo la jefa. No miráis por los trabajadores. —se vuelve hacia los demás y cambian de tema.

Me quedo tan cortada que no sé qué decir. Me ignoran de manera deliberada y ahí no puedo más. Me escabullo hacia otra parte sintiéndome avergonzada y ninguneada. No me puedo creer que tengan ese concepto de mí. Supongo que Paco ha tenido mucho que ver al respecto. Les ha hecho creer que la empresa es el enemigo, y que yo soy su cabecilla. Es normal que no se fíen de mí.

Voy directa a mi habitación porque para mí el día se ha acabado. No tengo ganas ni ánimo de relacionarme con unos empleados que me detestan. No sé cómo integrarme. Me hacen el vacío y me esquivan cuando intento acercarme. Me siento como si volviera a tener doce años y los niños del colegio colocaran las mochilas en el banco para que no me sentase a su lado. Tengo veintiocho años, una carrera y un puesto de mando, pero sigo siendo la misma pringada de siempre...

—¡Cuidado!

Me tropiezo con David y le tiro el cóctel encima. Ahora su camisa blanca tiene una mancha rosa.

—Perdona. No ha sido a propósito.

Cojo una servilleta para limpiarlo, pero lo único que consigo es extender la mancha.

—Soy un puto desastre...

—¿Te encuentras bien? —se preocupa.

Asiento para quitármelo de encima, pero mis ojos vidriosos le comunican lo contrario. Miro a mi alrededor en busca de una salida. No quiero que nadie me vea llorar. Sería el colmo. David se da cuenta y me coge de la mano para llevarme hacia otra parte. Cruzamos el vestíbulo y salimos a una terraza que está desierta. Me apoyo en la barandilla y respiro profundamente. Él me frota la espalda y contengo las ganas de llorar. No soy de llorar en público. Me da vergüenza y es un signo de debilidad.

—Lo siento, te pagaré la camisa.

—No hace falta.

Nos quedamos callados y él me observa preocupado. Tengo la impresión de que es un buen hombre y de repente me entran ganas de exigirle que me dé una explicación. No lo hago.

—¿Qué ha pasado?

—Crearás que soy una tonta —le digo, y echo la cabeza hacia atrás para no llorar.

—Lo dudo. Puedes ser muchas cosas, pero no eres tonta. ¿Paco?

—No. Es decir, directamente no ha sido él. He intentado ayudar a un empleado y me ha dicho con muy malas formas que no se fía de mí y que no soy de los suyos. Ya sé que no debería tomármelo como un ataque personal, pero... me siento fuera de lugar. Todos me ignoran y pasan

de mí. Estoy acostumbrada a que me suceda en el trabajo, pero aquí tenía la esperanza de encauzar la situación. Ahora de lo único que tengo ganas es de volver a casa y olvidarme del tema.

—¿Y darles el gusto de salirse con la suya?

—Qué más da.

—Tú no eres débil.

—Te extrañaría lo mucho que lo soy.

—Que no encuentres una solución no significa que seas débil. No me gustaría estar en tu lugar. Ser el jefe debe ser más difícil de lo que la gente suele pensar. Tienes responsabilidades, te creas enemigos... Y ser mujer no te lo acaba de poner fácil. Generas envidia.

—¿Envidia? Qué dices...

—Todos darían lo que fuera por tener tu puesto. A algunos les generas admiración, a otros; envidia. Paco es de los segundos, por si tengo que aclarártelo. Sabe que no está a tu altura y que no puede hacer nada para ganarte. Por eso juega sucio.

—¿Y qué hago? —le pido una respuesta porque yo no la tengo.

—Ser tú misma.

—Cuando soy yo misma no caigo bien.

—A mí me caes bien. Sobre todo cuando te despojas de esa armadura y te da igual lo que los demás piensen de ti.

—Deberías estar pasándotelo bien con el resto. Siento haberte dado la chapa.

—Estoy aquí porque quiero.

—Gracias.

Nos quedamos callados. Me muerdo el labio y soy incapaz de resistir el impulso. Estamos solos y no tengo de qué preocuparme. Me acerco a él y noto que se tensa.

—¿Quién es Noelia?

A él no le hace ni pizca de gracia que se lo pregunte. Lo sé porque empiezo a leer sus expresiones. Y ahora su rostro delata incomodidad y recelo. Lo que no entiendo es por qué. Ahora sí que me pica la curiosidad por saberlo todo sobre la tal Noelia.

—Es la chica de tu tatuaje, ¿verdad?

—Sí —responde, ofuscado porque me haya dado cuenta—. Supongo que lo viste y sacaste tus propias conclusiones.

—Lo cierto es que el mensaje de texto me ayudó a atar cabos. Debe de ser muy importante para ti si la tienes tatuada en la piel.

—Y tanto.

Me desinflo como un globo. Ahora es cuando me dice que Noelia es una exnovia con la que mantiene una relación tormentosa e inestable.

—¿Quién es? —insisto, y temo que se me note un pelín desesperada.

—Un poco tarde para pedir una explicación.

—Si no me lo dices por algo será...

—Principalmente porque me cabrea que pienses lo peor de mí cuando no me ha dado tiempo a decepcionarte.

—¿Qué quieres que te diga? —replico a la defensiva—. Soy desconfiada, lo admito. En el pasado me hicieron mucho daño y ahora no me fío ni de mi propia sombra.

—No es mi culpa —suaviza su expresión y añade—: siento que lo pasaras mal. Pero todos tenemos un pasado y no es justo juzgar a las personas por ello.

Tuerzo el gesto. No me gusta que me den lecciones, pero me fastidia que tenga razón. Tampoco

soy la clase de persona que se empeña en ser poseedora absoluta de la verdad.

Lo miro de manera interrogante. No entiendo por qué le cuesta tanto hablar de ella. Ya conozco su existencia, ¿qué más le da? Ambos sabemos que sospecharé de él hasta que me cuente la verdad. Se le escapa un suspiro antes de responder.

—Noelia es mi hija.

Observa mi reacción con una mezcla de suspicacia. Me quedo a cuadros. A ver... esto no es lo que esperaba.

—¿Tienes una hija? —pregunto con estupor.

—¿Es peor de lo que esperabas? —pregunta con ironía.

—No... a ver... —estoy tan sorprendida que no sé qué decir—. Me ha pillado por sorpresa. No tenía ni idea de que fueras padre.

—Pues ya lo sabes.

—¿Por qué estás enfadado?

—Porque es una esfera de mi vida privada que solo me apetece compartir con alguien cuando voy muy en serio. Tenía pensado contártelo en su momento. Tal vez presentártela si lo nuestro tenía futuro.

Tiene todo el sentido del mundo. Es su hija. No puede presentarle a cada pareja con la que salga. Si es que ha tenido muchas parejas, que tampoco lo sé. Ya no voy a sacar conclusiones precipitadas de él.

—Me fastidia verme obligado a hablarte de ella porque dudas de mí. No es justo.

—Tienes razón.

Enarca una ceja.

—¿Acabas de darme la razón?

—Sí.

David no sonríe. Lo noto muy lejos de mí y no sé qué hacer para solucionarlo. Ojalá hubiera un botón de reiniciar para que comenzásemos de nuevo.

—Empecemos de nuevo —sugiero.

David sacude la cabeza y su rechazo me duele tanto que no soy capaz de fingir lo contrario.

—Estoy en tu equipo. Lo digo en serio, y no porque quiera quedarme con el puesto y sea una estrategia para ganarme tu confianza. Déjame acabar, por favor —me pide, cuando estoy a punto de interrumpirlo—. Te echaré un cable con el resto de los empleados e intentaré ayudarte en todo lo que esté en mi mano. Seré tu aliado.

—¿Y qué hay de nosotros? —quiero saber.

Su expresión se endurece.

—Respecto a nosotros: será mejor que las cosas se queden como están.

—¿Por qué?

—Porque ya lo hemos intentado y no ha funcionado. Estaba muy interesado en ti.

—¿Estabas? ¿Te han cambiado los sentimientos de un momento a otro?

—Ojalá —admite de mala gana—. Pero tenemos una relación profesional y tengo que admitir que este trabajo me interesa mucho. Fue mala idea que iniciásemos algo teniendo en cuenta quienes somos.

—Eso es una tontería.

—Tampoco me apetece tener que justificar cada paso que doy porque tú desconfías de mí sin darme la opción de explicarme. Paso de perseguirte como un perrito faldero que mendiga tu atención cada vez que tú decides que soy lo peor. ¿O me vas a negar que te fías por completo de

mí? Estoy a prueba. Lo que dijiste en tu despacho se me quedó grabado muy dentro. No soy la clase de hombre que se fijaría en ti para conseguir un puesto de trabajo, pero me asquea que puedas llegar a pensar eso de mí.

—David...

—Tenías razón. Eres mi jefa, no es buena idea.

Sale de la terraza sin darme opción a réplica. Aunque lo hubiera hecho, tampoco podría haberle dicho nada.

26. Aliados... y nada más.

A pesar de cómo hemos terminado, David cumple su palabra y me echa un cable con los empleados. Me arrastra, casi obligándome, a cada grupo para que charle con ellos y trate de integrarme. Al principio me cuesta horrores y tengo ganas de escabullirme a la menor posibilidad, pero él me agarra del brazo y tiene la habilidad para trasladar la conversación hacia un ámbito en el que me siento cómoda. Jorge y Edu son de los primeros en acogerme con los brazos abiertos. Halagan mi buen hacer del otro día y me hablan sobre ellos. Me sorprende lo poco que los conozco a pesar de que llevan más de dos años trabajando en la empresa. Jorge me enseña con orgullo la foto de sus mellizos.

—Oh... —se me cae la baba. Me encantan los niños—. Que preciosidades.

—Han salido a su madre.

—Algo tuyo tendrán —bromeo.

—¿El apellido?

Me voy sintiendo más cómoda a medida que transcurre el día. Soy consciente de que siendo yo misma gano más puntos. Incluso me animo a jugar una partida de dardos cuando David lo menciona sin venir a cuento. La verdad es que lo está bordando en su papel como aliado. Lleva la conversación por derroteros que sabe que me son cómodos y me introduce en las charlas de grupo cuando algunos me reciben con hostilidad. Al principio la mayoría de ellos se muestran sorprendidos y reacios. Algunos me reciben con entusiasmo porque parece que tienen expectativas de ganarse mi favor. Otros no me quieren ver ni en pintura y hacen lo posible para evitarme. Les dejo su espacio porque no quiero ser una pesada.

Lo estoy bordando en la partida de dardos. Y encima me lo estoy pasando en grande. Jamás me hubiera imaginado que podría llegar a disfrutar de un fin de semana con los compañeros de trabajo. Ver para creer.

David se acerca a mí con un par de cervezas y me ofrece una. Tengo la garganta seca de tanto hablar.

—¿Debería dejarle ganar? —le pregunto en voz baja.

Edu va en segundo lugar y le saco ochenta puntos, pero podría fallar a propósito la próxima tirada.

—Ni de coña. ¿Por qué ibas a hacer tal cosa?

—Porque las que sacan sobresaliente caen mal. No sé... en el colegio nadie quería ser mi amigo.

—En la vida real las personas triunfadoras gustan. Siempre que no se les suba el éxito a la cabeza. Gana esa partida y demuéstrales que eres una campeona enrollada.

—Vale —sonríe de oreja a oreja porque detesto perder.

Todos me dan la enhorabuena cuando me alzo con la victoria. No se muestran heridos porque les haya ganado una mujer, y ahí es donde me doy cuenta de que yo también estaba equivocada. Ser mujer no tiene nada que ver con no encajar. O al menos no lo es todo. No les había dado la oportunidad de conocerme y empiezo a arrepentirme. La mayoría son simpáticos y me reciben con los brazos abiertos en cuanto me muestro tal cual soy.

La noche transcurre entre bromas y charlas triviales. Me voy a la habitación de las últimas y David me acompaña en el ascensor. Todas las habitaciones de los empleados están en la misma planta.

—¿Quién te ha tocado de compañero?

—Rafael.

—Parece majo.

—Me han chivado que ronca —dice en plan dramático.

—Yo duermo sola.

—Que suerte.

—Privilegios de ser la jefa —le guiño un ojo—. No sé cómo agradecerte lo que has hecho hoy por mí. No habría conseguido cruzar ni dos palabras con ellos de no ser por tu ayuda.

—Te dije que te ayudaría en todo lo que estuviera en mi mano.

—Ya... pero no entiendo por qué lo haces.

—Porque me parece injusto la situación que estás viviendo.

—¿Y ya está? —pregunto esperanzada.

Me acerco más a él y no se aparta. En el ascensor caben cuatro personas, pero hago todo lo posible por ocupar el espacio más cercano a su cuerpo. Los ojos de David se oscurecen y me mira con ganas. Se apoya de manera despreocupada en la pared del ascensor, pero es solo fachada. En este momento siente tanto deseo como yo.

—No te entiendo.

—¿No lo haces porque te gusta? —insisto con voz ronca.

—Admito que tiene algo que ver en ello.

Se forma una sonrisa tontorrón en mis labios. Le pongo las manos sobre el pecho y comienzo a acariciarlo. David traga con dificultad y me mira como si lo fuera a meter en problemas. No me reconozco. No soy de las que toman la iniciativa. Soy una mojígata. Pero me muerdo de ganas de que pase algo más entre nosotros.

—Lara... nos van a ver.

—Aquí solo estamos nosotros.

—En un hotel lleno de empleados. Creí que te importaba.

—Creí que a ti no —replico, frustrada por su rechazo. Le cojo una mano y la llevo a mis pechos. El contacto de sus dedos provoca que mis pezones se endurezcan—. ¿No quieres venir a mi habitación?

—Joder... —aparta las manos y se las pasa por el pelo. Está luchando consigo mismo y evita mirarme—. Joder... Lara, qué difícil me lo pones.

—No es difícil, solo tienes que besarme. Así.

Entrelazo mis manos alrededor de su nuca y le doy un beso. Su resistencia se agota. Tan pronto mis labios rozan los suyos, es él quien domina por completo la situación. Me aplasta contra la pared y devora mis labios con una intensidad que me vuelve loca. Llevaba toda la vida esperando que un hombre me besara así. Con hambre, con ganas, como si fuera la única mujer del mundo. Las manos de David están en todas partes. Una de sus piernas me separa los muslos y siento un calor abrasador en mi sexo.

—¿Es esto lo que quieres? —me muerde la barbilla y me acaricia por encima de la ropa.

—Ah... sí.

Mete las manos por dentro de mi blusa y me frota por encima del sujetador. Estoy tan excitada que pierdo la noción de lo que nos rodea. Me da igual todo porque lo único que quiero es

acostarme con él. David me lame el cuello mientras sus manos inician una excursión por mi cadera. Presiona su erección contra mi vientre y me llevo una sorpresa de lo más excitante.

—Mira lo que me haces... —gruñe, y una de sus manos me agarra el pelo—. Lara... joder...

El ascensor emite un sonido cuando llegamos a la octava planta. Los dos nos miramos boquiabiertos y nos separamos antes de que las puertas se abran y alguien nos pille de esta guisa. Me cubro la blusa arrugada con el bolso y pongo cara seria. Salimos del ascensor y nos cruzamos con Paco. Al principio nos ignora, pero entonces se da cuenta de quienes somos y nos mira como si su mente maligna estuviera urdiendo algo. Se ha mantenido sospechosamente al margen mientras yo me integraba con los empleados. Intuyo que se acerca tormenta por la cara que pone. Se le ilumina con esa sonrisa sibilina y traicionera tan suya.

—Hola, Lara. ¿Todo bien? —me mira de arriba abajo con una curiosidad maleducada. Me doy cuenta de que repara en mi ropa arrugada y en el tono sonrosado de mis mejillas. Paco no es del todo estúpido. Suma dos más dos y mira de reojo a David.

—Perfectamente. Que pases una buena noche.

Tengo que quitármelo de encima cuanto antes. Para colmo, se queda plantado en el pasillo y nos sigue con la mirada. Estupendo, acaba de cortarnos el rollo. Se va a quedar ahí parado para ver si entramos en la misma habitación. Aprieto los dientes. Es mezquino hasta para fastidiarme un polvo.

—¿Te apetece un cigarro? —le pregunto en voz alta a David, y señalo la terraza.

Paco alarga el cuello como una maruja curiosa. Salimos a la terraza y lo perdemos de vista. No me cabe duda de que está pegando la oreja para espiarnos. Si se entera de nuestra relación, o lo que sea que tengamos, le irá con el cuento a toda la empresa. Y seremos la comidilla de todos.

—Creo que se ha dado cuenta —le digo en voz baja, y me enciendo un cigarro para disimular.

—Yo también —responde irritado—. Supongo que lo de acompañarte a tu habitación lo dejamos para otro día...

Tengo ganas de entrar y pegarle una paliza a Paco.

—Es que no quiero... ya sabes... que se enteren por ahora. Al menos hasta que los dos sepamos si esto va a alguna parte. Y tú estás todavía a prueba. Podrían pensar que tengo trato de favor contigo. Uf, esto no nos hace ningún bien a ninguno...

—Tienes razón —admite de mala gana—. Pero no se me quitan las ganas de estar contigo.

Se me ilumina la expresión y él me dedica una sonrisa arrebatadora. Baja todavía más la voz.

—Te besaría si no sospechara que nos está espiando.

—Y yo correspondería a ese beso con muchas ganas.

—Lo del ascensor ha sido... tremendo.

—Sí —digo, algo avergonzada cuando saca el tema—. Será mejor que salgas tú primero.

—Nos vemos mañana —me mira la boca y contiene el aliento—. Me gustas tanto que no te haces una idea de lo que me cuesta despedirme de ti sin besar tus labios.

Me tiembla todo cuando me deja sola. Espero cinco minutos antes de volver al pasillo. Ahí está Paco, vigilándome sin disimular un ápice. Paso por su lado y correspondo a su mirada desagradable con otra cargada de desprecio. Ahora sí que estamos en guerra.

27. Un grupo de WhatsApp y un caco mental

Estoy tan impactada por lo que ha sucedido que no puedo irme a la cama sin contárselo a alguien. Voy directa al grupo de WhatsApp que tengo con las chicas y comienzo a escribir. Tardo más de diez minutos porque estoy muy alterada y me cuesta contener ciertos detalles picantes que de otro modo no soltaría.

Yo: ¡¡¡chicas!!! Ya sé que son las dos de la madrugada, pero necesitaba hablar con alguien. No sé ni por dónde empezar. David se ha comportado como un buen amigo durante todo el día. Si no fuera por él no habría conseguido ni una décima parte de lo que he logrado con los empleados, ¡en serio! Y todo esto fue después de explicarme que Noelia era... ¡¡¡su hija!!! ¿Cómo os quedáis? Yo no supe ni qué cara poner. Y, claro, me sentí super culpable. Él estaba bastante herido y me dijo que sería mejor que no tuviésemos nada. Pero me acerqué a él en el ascensor... ay, qué vergüenza me da contaros esto!!! No sé qué es lo que me poseyó dentro de ese ascensor, pero me lancé a por todas y nos besamos. Y tuvimos algo más ?? Lo invité a mi habitación, pero el idiota de Paco nos cortó el rollo. La verdad es que me da pánico que le vaya con el cotilleo a todos los trabajadores. David sigue en periodo de prueba y no me gustaría perjudicarlo...

Yo: os cuento todo esto porque necesitaba desahogarme con alguien y el corazón me va a mil por hora.

Lola: ¡¡¡te dije que podías darle una oportunidad!!!

Cris: no me lo puedo creer. Quién te ha visto y quién te ve. ¿Quién eres tú y porque le entras a un tío dentro de un ascensor? Ja, ja, ja. Nah, en serio. Me alegro mucho de que al final todo fuera un malentendido. Reconozco que no me fiaba de él, pero el hecho de que sea su hija lo cambia todo. Pd: ten cuidado y sé precavida. Trabaja para ti y eso podría complicar las cosas para los dos.

María: ¡oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Lo he leído como si estuviera en una película de Jennifer Aniston. O sea, no quiero decir: te lo dije. Peeeeero, ¡¡te lo dije!! No se puede desconfiar de todo el mundo, cielo ?? Las personas merecen una oportunidad. Te quieroooo y soy muy feliz por ti.

Me extraña que Lina todavía no haya escrito. Las respuestas de las chicas me dejan más tranquila. Esperaba que se mostrasen recelosas y me advirtieran que me la estoy jugando por liarme con un empleado, pero no ha sido así. María tiene razón: todos merecemos una oportunidad. No es justo que desconfie de David solo porque en el pasado alguien me hizo mucho daño. Después de quince minutos, Lina escribe su veredicto. Miedo me da.

Lina: siento ser la nota discordante. Sé lo que me vais a decir: Lina, tú no te fías de nadie y piensas lo peor de todo el mundo. Sin embargo, piensa mal y acertarás. Lamento bajarte de tu nube de romanticismo y atontamiento, pero alguien te lo tiene que decir en vista de que las demás solo te dicen lo que quieres oír. En primer lugar: no puedes saber con certeza si Noelia

es su hija. ¿Y si te ha engañado para tenerte en el bote? No sería la primera vez que un tío me dice que tiene un hijo porque saben que la paternidad los convierte en alguien fiable. La lleva tatuada en el pecho dentro de un corazón. Seguro que se olió que habías visto el mensaje y ya tenía preparada una coartada. ¿Te ha contado detalles? No me lo digas. Se habrá puesto en plan victimista del tipo: me has hecho mucho daño y no puedo estar con alguien que cada dos por tres desconfía de mí. Pero a las tres horas te has lanzado a por él y te ha correspondido. Nena, era justo lo que él quería. Y encima es tu empleado. Ah, no. Tu empleado en periodo de prueba que quiere sacar ventaja de la situación. No es imbécil. Sabe que liándose contigo va a conseguir el puesto. Hazte un favor a ti misma y piensa solo en ti. Si se descubre que tienes algo con él, todo lo que has conseguido en este fin de semana se irá al garete. Serás la comidilla de la empresa y pensarán que eres una tonta por dar un trato de favor a un empleado. Tú verás.

No sé ni cómo sentirme después de leer el mensaje de Lina. ¿Me enfado? ¿Le agradezco su sinceridad? ¿Me pongo a la defensiva? Me arrepiento al instante de habérselo contado. La honestidad de Lina puede llegar a ser muy cruel. Sé que no lo hace para hacerme daño. Al contrario: me quiero demasiado y por eso se comporta de esta manera. Y lo peor de todo es que me está haciendo dudar. David no me ha dado detalles de su hija... aunque tampoco debería. Y está en periodo de prueba, lo que me hace desconfiar. De repente, la alegría que sentía se convierte en un creciente estado de amargura.

Lola: *uf, Lina. A veces te podrías quedar calladita.*

María: *hija, vaya telita... No sé si tendrás razón (me has hecho dudar hasta a mí). Pero deberías tener más tacto cuando das tu opinión. ¿Por qué tienes que ser así?*

Yo: *gracias por tu opinión, Lina. No tengo ni idea de si lo que dices es cierto, pero lo que sí te puedo asegurar es que el periodo de prueba de David no tiene nada que ver con mi relación personal con él. Soy una excelente profesional. Gracias por dudar de mí ?? No sabía que pensabas que era tan tonta.*

Lina: *ingenua. Eres ingenua. Y si nadie te abre los ojos, me veo en la obligación de hacerlo yo. ¿Quieres que mire para otro lado? No soy esa clase de persona. Las amigas están para decirse la verdad.*

Lola: *tú qué sabrás. Ni siquiera conoces a David y ya lo estás juzgando.*

Lina: *habló la princesa de los cuentos Disney. Luego vendrás llorando cuando el próximo tío del que te encapriches te rompa el corazón. Y ahí estaré yo para consolarte.*

Lola: *¡serás cabrona!*

María: *chicas...*

Se forma una bronca monumental en el grupo. Estoy a punto de intervenir cuando recibo un mensaje privado de Cris. Siempre he pensado que es la más madura de todas. Se vio obligada a criar sola a una hija cuando apenas era una adolescente y la vida le dio muchos palos. Ha pasado mucho para llegar a donde está. Personalmente la admiro porque, a pesar de todo, es la clase de persona que no trata mal a los demás porque la vida la haya jodido.

Cris: *ya sé que Lina es tu mejor amiga y que se pone en plan agresiva porque intenta, o eso*

cree ella, defenderte. No sé si lo que dice de David será o no cierto, pero no me apetece emitir un veredicto sobre un hombre al que no conozco. Lo único que sé es que después de tanto tiempo tú has vuelto a ilusionarte. ¿Y sabes qué? Eso no tiene precio. Tienes todo el derecho del mundo a equivocarte o a acertar. Ninguna de nosotras tiene la respuesta correcta. Haz lo que te salga del corazón y dale una oportunidad si crees que merecerá la pena. Yo no lo dudaría. Si de repente llegase alguien a mi vida que me hiciera revivir las cosquillas en el estómago, iría a por todas sin pararme a pensar si va a hacerme daño. La vida es demasiado corta para vivirla con miedo...

Cris: *te escribo por aquí porque en el grupo se ha montado una buena. Desconecta y trata de descansar. Yo intentaré domar a estas leonas, je, je, je.*

Respiro profundamente aliviada después de leer el mensaje de Cris. Tiene razón. No puedo saber si David va a hacerme daño, pero lo que sí puedo es apostar por mí y por lo que siento. Llevaba tanto tiempo sin sentirme viva que no pienso desperdiciar esta oportunidad. Correré el riesgo.

28. Dejándome llevar

Estoy tumbada bocarriba en la cama con los ojos abiertos como platos. No puedo dormir. Menuda noche de insomnio me espera. Cada vez que intento conciliar el sueño me acuerdo de lo vivido hace unas horas en el ascensor. Las manos de David por todo mi cuerpo, su boca húmeda en mi cuello, el calor y las ganas... Me pongo cardíaca al recordarlo y me destapo. Salgo de la cama, voy al cuarto de baño y me echo agua fría en la cara. No soy así. Bruno me dijo que era una frígida de mucho cuidado. Los únicos orgasmos que he tenido son los que me regala el satisfacer. Pero lo que he experimentado en el ascensor me ha puesto las expectativas por las nubes. Por favor, que él no me defraude...

Pum, pum, pum.

Acaban de llamar a la puerta. Me quedo muy quieta y aguzo el oído. ¿Habré oído bien? Ha sonado muy bajito.

Pum, pum, pum.

Ahora no hay duda. Camino por el pasillo y abro la puerta porque no tiene mirilla. Es David.

—¿Qué haces aquí? —me alarmo.

—Necesitaba verte.

—¿Y si te ha visto alguien?

—Me he cerciorado de que nadie me seguía —dice, recorriéndome con una mirada ardiente el pijama.

Me agarro a la puerta para no caerme de espaldas. Mi corazón da saltitos de ilusión y comienza a bailar la samba.

—¿Estabas dormida?

—No.

—Yo tampoco. No podía parar de pensar en ti. ¿Quieres que me vaya?

—No —respondo con una tímida sonrisa.

—¿Me dejas pasar?

Me hago a un lado para que entre, pero él me pilla desprevenida cuando me empuja contra la pared y cierra la puerta de una patada. Su cuerpo aprisiona el mío y su mirada hambrienta se clava en mi boca.

—¿Por dónde nos habíamos quedado?

—Yo... creo que vas a tener que recordármelo...

—No tengo ningún problema con eso.

David me besa con la misma desesperación que mostró en el ascensor. Me rindo al beso y dejo que haga conmigo lo que quiera. Me gusta que me toque como si supiera lo que tiene que hacer. Oh... es que lo hace tan bien. Sus manos se meten por dentro de mi pijama y me acarician el vientre.

—Tengo que decirte una cosa.

Se aparta de mí para mirarme a los ojos. Los tiene de un azul intenso que me devora.

—¿Justo ahora?

—Sí... bueno... —no sé ni por dónde empezar. Uf, qué corte—. Es que me gustaría que

lleveses tú la iniciativa, si no te importa.

—Vale, genial —responde emocionado, y vuelve a aplastar mis labios como si le fuera la vida en ello. Entonces se detiene, frunce el ceño y me mira—. Espera, ¿hay algún problema? ¿Va todo bien?

—Sí.

—¿Por qué me has pedido que lleve yo la iniciativa? No tengo el menor problema con ello, pero sospecho que hay algo que te preocupa.

—Puf... —me tapo la cara con las manos porque esto es bochornoso—. Es que no sé cómo hacerlo.

—¿Eres virgen?

—¡No, idiota!

Él se ríe y luego para al notar que lo estoy pasando mal. Me coge de la mano y me lleva hasta la cama. Se sienta a mi lado y sostiene mi rostro con suavidad.

—Lara, ¿cuál es el problema? No voy a hacer nada que te haga sentir incómoda. Háblame, por favor. El sexo funciona cuando las dos personas se comunican.

—Soy una frígida —le suelto de carrerilla para no arrepentirme.

—¿Qué?

Ahora es el momento en el que se lo piensa mejor y se larga. No podría culparlo. ¿Quién querría estar con alguien como yo?

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad —murmuro avergonzada—. Bruno me lo dijo. Y el resto de mis escasas relaciones sexuales han sido un fracaso. Nunca disfruto. Supongo que hay algo malo en mí.

—No sé quién es ese Bruno, pero tiene toda la pinta de ser un gilipollas —dice cabreado.

Se me escapa una sonrisa. Sé que solo intenta ser amable, pero funciona.

—No hay nada malo en ti.

—¿Y cómo lo sabes? Tú y yo todavía no hemos... ya sabes, intimado.

—Cuando te beso eres como un volcán en erupción. Y cuando te toco te vuelves todavía más hermosa de lo que eres. No hay nada malo en ti, te lo prometo. Iremos a tu ritmo y te demostraré que puedes disfrutar cuando la otra persona no piensa solo en sí misma. Has tenido mala suerte con tus relaciones sexuales.

—¿Y contigo he tenido buena suerte?

—Sí.

Lo dice totalmente en serio. Se me escapa una risilla nerviosa. Ojalá tenga razón.

—No voy a hacer nada que te haga sentir incómoda. Si algo no te gusta, me puedes pedir que pare.

—¿Y no te enfadarás?

—Mierda, no —responde sorprendido—. No sé con qué clase de hombres habrás estado, pero el sexo es cosa de dos. Ven aquí.

Me atrae hacia él y me besa muy despacio. Es un beso más romántico que los anteriores. Un beso que habla de confianza, respeto y cariño. No tiene prisas y se deshace en atenciones. Me pide sin hablar que confíe en él, y lo hago porque sigo a mi instinto. David se quita la camisa y me coge las manos para que lo toque. Respira contra mis labios cuando le acaricio el torso.

—Lara... eres un regalo para mí.

No entiendo a qué se refiere. Supongo que está tan excitado que no sabe lo que dice. Me dejo llevar cuando me subo a horcajadas encima de él. Estoy a punto de morirme cuando su erección

me roza los muslos. Me agarro a sus hombros y cierro los ojos.

—¿Te gusta?

—Me encanta...

David me agarra el culo y presiona mis caderas contra su erección. Se me escapa un gemido. Joder... esto es tan bueno. Comienzo a mover las caderas y nos frotamos por encima de la ropa. David me aprieta el culo y me muerde la oreja.

—Lara... me pones muy cachondo. Joder, sigue. Vas a hacer que me corra con los pantalones puestos...

Sus palabras me calientan todavía más. No me reconozco, pero me encanta la mujer en la que me he convertido. Cada vez que su erección me roza, noto un calor intenso en mi sexo que se expande por todo mi cuerpo. Le beso los hombros y voy recorriéndole la piel con la boca. Él se vuelve loco y comienza a quitarme la parte de arriba de mi pijama. Me tensó sin poder evitarlo.

—¿Puedo?

—Sí, perdona.

—No me pidas perdón. Si hace falta te follo con la ropa puesta, pero me encantaría verte desnuda. Sueño contigo todas las noches.

No hace falta que me diga nada más. Ahora me sobra la ropa y me despojo de la vergüenza. David me quita la parte de arriba del pijama y me mira como si fuera la primera vez que me ve. Estoy a punto de cubrirme, pero lo que veo en sus ojos me gusta. Es la primera vez que me siento hermosa cuando un hombre me mira.

David me acaricia los pechos hasta que mis pezones se endurecen. Entonces me lame como un animal enloquecido. Se mete uno de mis pezones en la boca y lo succiona. Joder... estoy a punto de morir de placer. Le agarro el pelo y me aprieto contra su erección. Eso lo pone muy cachondo y arquea las caderas para buscarme. Estamos follando con la ropa puesta. Frotándonos como bestias salvajes. El gozo que me produce es brutal e indescriptible. No sé qué se apodera de mí cuando le desabrocho la bragueta para acariciarle la polla. David emite un gruñido cuando la rozo con los dedos.

—Mastúrbame. Tócame. Hazme lo que quieras —me pide con voz ronca.

Comienzo a tocarlo de una forma instintiva. Arriba y abajo. Su polla está dura y caliente. David jadea y me pide más. Me susurra al oído que se va a correr en mis manos. Que lo ponga a cien.

—Joder, Lara... joder...

De repente me coge en brazos, me levanta de la cama y me tumba bocarriba. Quiere bajarme los pantalones, pero se lo piensa mejor y me pide permiso con la mirada. Asiento con desesperación y él me arranca los pantalones. Separa mis piernas y me acaricia por encima de las bragas.

—¿Quieres metértela en la boca?

Lo pregunta de una manera tan directa que no sé qué me calienta más, si la petición o cómo me está acariciando justo ahí. Lamo la punta de su erección y él cierra los ojos. Comienzo a masturbarlo y me la meto en la boca. David murmura mi nombre y me coge del pelo con la mano libre.

—Justo así... sigue... no pares... —me pide enloquecido.

Su otra mano sigue acariciándome por encima de la ropa interior. Estoy empapada. Su dedo índice se desliza por mi hendidura. Es una tortura deliciosa. Se lo agradezco con una mamada que intento que no olvide nunca. Él comienza a penetrarme la boca con una desesperación que me

enloquece.

—Ah... joder... —se aparta con brusquedad y lo miro confundida.

—¿He hecho algo mal?

—Tú no podrías hacerlo mal ni aunque lo intentaras. No quiero correrme. Todavía no.

Me pone un dedo en la boca cuando estoy a punto de rechistar y baja lentamente hacia mi sexo. Me quita las bragas mientras va besando mis muslos. La palma de su mano se apoya en mi sexo. Me frota de una manera que me hace ver las estrellas. Separa las piernas y arquea la espalda.

—David... por favor...

—Estás muy mojada. Joder... me encanta, Lara...

Se me escapa un grito cuando apoya su pulgar contra mi clítoris. Creo que esto no puede superarlo nada, pero entonces me penetra con dos dedos y siento que estoy a punto de explotar. Se detiene cuando estoy a punto de llegar al orgasmo y tengo ganas de asesinarlo por ello. Y luego continúa en una tortura deliciosa mientras yo me retuerzo de placer.

—Ay... no pares...

Él no tiene ninguna intención de parar. Lo descubro cuando aproxima su boca y me tiemblan las piernas. Y luego explota la magia. Su lengua encuentra mi sexo y descubro que no soy ninguna frígida. Grito, sollozo, me descontrolo. Y cuando estoy a punto de llegar al clímax, David se aparta y calla mis recriminaciones con un largo beso.

—Voy a coger un preservativo.

Se agacha para buscar uno en el bolsillo de sus pantalones.

—Venías preparado por si acaso...

—La esperanza, cuando se trata de ti, es lo último que pierdo.

No me da tiempo a responderle. Separa mis piernas y me penetra con fuerza. Al principio me duele y me tensa. Él me besa y me acaricia todo el cuerpo hasta que me acostumbro a él. Entonces comienza a penetrarme y los dos jadeamos. Lo envuelvo con mis piernas para hacer el contacto más intenso. David acelera el ritmo y sus embestidas se hacen más fuertes. ¡Sí, sí, sí! Lo pienso y lo grito sin darme cuenta. Un orgasmo devastador me recorre todo el cuerpo segundos antes de que él se corra. Se apoya en los codos para no aplastarme y luego se tumba a mi lado. Los dos respiramos con dificultad.

Él intenta hablar y lo hace con mucho esfuerzo.

—Ha sido...

—Tampoco ha sido para tanto.

Se vuelve hacia mí completamente desconcertado. Me empiezo a reír y él pone cara de querer matarme.

—Muy graciosa.

Me atrae hacia él y me tumbo sobre su pecho. Sigo sin poder creer lo que acaba de suceder. Lo he disfrutado. Es la primera vez que no finjo un orgasmo delante de un hombre.

—Ha sido maravilloso —le digo muy bajito, con la cabeza escondida en su pecho.

Él me abraza con fuerza. Me ha oído. Los latidos de su corazón me tranquilizan. No tengo ganas de apartarme ni de pedirle que se vaya. Por ahora estamos bien así. Y luego... ya veremos.

29. Me gusta estar contigo

Me había imaginado muchas veces el sexo con David. Pero lo que nunca había entrado en mi cabeza era la intimidad que compartiríamos después de acostarnos. En mi mente suponía que nos vestíamos con incomodidad y que luego cada uno se iba por su lado. Pero él, por lo visto, no tiene intención de irse a ninguna parte. Y yo, para qué engañarnos, no quiero que se vaya.

Podría acostumbrarme a apoyar mi mejilla sobre su pecho. Al roce de sus dedos sobre mi espalda desnuda trazando una caricia hipnótica. Y no me siento avergonzada ni nada por el estilo. Me siento como si flotara en una nube de felicidad y dicha. He tenido un orgasmo con un hombre. Para otras mujeres será algo totalmente normal, pero para mí es algo revelador y que me quita una gran cantidad de complejos de encima. Siempre he pensado que había algo malo en mí. Que era incapaz de prodigar placer ni de recibirlo. Que los hombres me encontraban aburrida, sosa y poco atractiva. Pero David hace que me sienta increíblemente bien conmigo misma y es una sensación que no quiero abandonar.

—¿En qué piensas?

—En nada...

—Llevas callada casi quince minutos. Algo rondará por tu cabeza —me da un beso en la frente que me sabe a gloria.

—Pensaba... —me da un poco de corte decírselo, pero supongo que después de lo que hemos compartido la vergüenza no tiene ningún sentido—. Es la primera vez que me siento así de bien después de acostarme con un hombre.

David continúa acariciándome la espalda y no dice nada. Su cuerpo es un refugio cálido la mar de acogedor.

—¿No dices nada?

—No me lo explico. Es decir, ¿con qué clase de hombres has estado? —lo pregunta muy en serio y casi parece que está cabreado por la mala suerte que he tenido.

—Solo tuve una relación larga. Y añádele tres o cuatro errores de los que prefiero no acordarme.

En ese momento me rugen las tripas. David me mira a los ojos y se parte de risa.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—¿Qué tienes ahí dentro? —se vuelve a reír—. Voy a buscar algo de picar.

—No hace falta —intento retenerlo, pero él comienza a vestirse—. ¡En serio!

—Sabía que tenía buena fama, pero no tenía ni idea de que dejaba agotadas a las mujeres.

Pongo los ojos en blanco y él se ríe.

—¿Alguna petición especial?

—Lo que encuentres.

—¡David! —exclamo, cuando está a punto de abrir la puerta.

—No me lo digas. Que tenga cuidado y me cerciore de que nadie me ve.

Musito un gracias y él me guiña el ojo antes de salir de la habitación. Aprovecho para vestirme

e ir al baño. Lo que hago no tiene mucho sentido, pero me echo algo de colorete en las mejillas y cacao en los labios. Me peino con las manos y sonrío como una boba. Supongo que no tiene nada de malo que quiera verme atractiva para él.

Lo que hago a continuación no responde a ninguna lógica. Le escribo un mensaje a Lina como si tratara de demostrarle algo a ella o a mí misma.

Yo: me he acostado con David. Ha sido alucinante. Te equivocas con él.

Lina: lo que tú digas. Me alegro de que por fin hayas echado un polvo. No te emociones mucho o la hostia que te devolverá a la realidad será tremenda.

Yo: eres lo peor.

Lina: no haberme escrito.

Definitivamente tiene una piedra por corazón. Me da igual lo que diga. Debería hacérselo mirar. Con ese carácter que se gasta se quedará sola de por vida. ¡Argh! Ya me ha hecho dudar. ¿Para qué diantres le escribo?

David regresa con una humeante taza de plástico y los bolsillos llenos. Se sienta en el borde de la cama, deja la taza sobre la mesita de noche y se vacía los bolsillos.

—He atracado la máquina expendedora porque no sabía qué traerte. Espero que te guste el chocolate y las patatas fritas.

—Me encanta el chocolate —digo ilusionada, porque es la primera vez que un hombre tiene un detalle conmigo.

Los detalles de Bruno ni los cuento. Fueron caros e impersonales. Tan falsos como toda nuestra relación. Le doy un sorbo al chocolate y rompo el envoltorio de una chocolatina. David me mira fascinado.

—¿Qué?

—Nada —sonríe, se tumba a mi lado y abre una bolsa de patatas—. ¿Quieres que veamos una peli?

—¿No te vas a tu habitación?

Él se muestra sorprendido y a la vez decepcionado.

—¿Quieres que me vaya?

—No, pero tampoco quiero que te quedes porque creas que es lo que espero de ti.

—No tengo ni idea de lo que esperas de mí, Lara —me dice con suavidad, y me besa con dulzura—. Sabes a chocolate. Y por si te queda alguna duda, me quedo porque me gusta estar contigo.

—Vale.

¿Lo ves, Lina? Le gusto de verdad. Y lo sé porque esos ojazos azules no mienten cuando me mira sin pestañear. Enciendo la tele y me acurruco a su lado sintiendo un regocijo creciente en el estómago.

—Es Smart tv. Podemos buscar algo en Netflix, ¿qué te apetece?

—¿Quieres ver una comedia romántica? —sugiere.

Lo miro de reojo.

—¿En serio?

—¿No te gustan?

—¿Me tienen que gustar porque soy una mujer?

—A ver... —se remueve con incomodidad—. No lo he dicho por eso. Era una sola una idea.

—¡Ay, madre mía! —exclamo, y me parto de risa—. ¡Al que le gustan las películas pastelosas es a ti!

Es la primera vez que lo veo sonrojarse. Intenta mantener la compostura y se cruza de brazos en actitud defensiva.

—¿Y qué pasa? Burlarte de mí porque me gusten las películas románticas es machista. Que lo sepas.

—Uy, uy, uy... peerdón —digo, y se me escapa otra carcajada—. Es que no te pega nada.

—¿Y que me pega según tú?

—No sé... las pelis de miedo. ¿Vemos una?

—Ni de coña.

—¿Por qué?

—Porque me dan miedo —murmura de mala gana.

—¡Venga ya! —me vuelvo a reír. Estoy muy sorprendida porque no encaja en el prototipo que me había formado—. ¿Y las de acción?

Sacude la cabeza.

—¿Jason Statham? ¿Vin Diesel? ¿Ni siquiera una de Rocky?

—No me van.

Me apoyo en el cabecero y me aguanto otra risilla.

—No te veo comiendo palomitas en una tarde de domingo mientras ves una película de Jennifer Aniston.

—Soy más de Meryl Streep —responde ofuscado—. Siento no ser el macho alfa que andabas buscando.

—¡Anda ya!

Me subo a horcajadas encima de él y le robo un beso. A David se le pasa el enfado y responde con una voracidad que me vuelve loca. No sé cuánto tiempo transcurre mientras nos besamos. Segundos, minutos, una eternidad... Solo sé que nos separamos jadeando y que él gruñe en señal de protesta.

—¡Un segundo! ¿Has visto Hijos de la anarquía?

—¿Qué?

—Es una serie de moteros. No me rendiré hasta que tengamos algo en común.

—No la he visto —responde con desinterés.

—Voy a poner un capítulo a ver si te gusta.

David suspira y se recuesta en la cama. Es evidente que no le interesa lo más mínimo. Pero estoy dispuesta a demostrarle que es una buena serie. Además, quiero tener cosas en común con él. Ni siquiera sé por qué me preocupa tanto el tema, si no sé ni lo que somos.

Al principio observa la serie con reticencia, pero poco a poco va dejando la conversación de lado y se centra en los moteros. Lo sabía. No hay un motero en este mundo al que no le guste esta serie. De vez en cuando charlamos sobre las marcas de moto y los aspectos técnicos y me encanta comprobar que congeniamos.

—Algún día te enseñaré mi moto.

—No sabía que tuvieras moto —responde alucinado.

—¿Sé conducir una moto y no tengo una?

—Como tienes ese cochazo... creí que la habrías vendido.

—Ni muerta. Es una Harley Davidson. La reservo para las ocasiones especiales.

—¿Tienes una Harley Davidson y no la conduces todos los días de tu vida? —pregunta impresionado—. Estás loca. Ahora necesito que me des una vuelta.

Sonrí orgullosa. La mayoría de los hombres que conocían mi faceta motera me aconsejaban que vendiera la moto. *No es seguro, no te pega nada, ir en moto no es de gente seria...* y comentarios por el estilo que me sacaban de quicio.

—La verdad es que empecé a ir en coche al trabajo porque temía que pensarán mal de mí. Se supone que debo ser una jefa seria, bien vestida y todo eso.

—Menuda chorrada. Tu apariencia es solo el envoltorio. No te representa para nada. ¿Qué más da lo que piensen? Eres increíble, inteligente y estás muy preparada. Dudo que cualquiera se atreviera a ponerte en duda solo por montar en moto.

—A Bruno tampoco le gustaba —se me escapa.

—Ese Bruno no me cae nada bien. Supongo que es tu ex.

—Sí —respondo con desgana—. Se portó fatal conmigo. Ya sé que toda historia tiene dos versiones, pero la suya no tiene ni un ápice de justificación.

—¿Quieres hablar de ello? Solo si te apetece. No quiero presionarte.

Se me escapa un suspiro. ¿Por qué no? Bruno me hizo daño y siempre esquivo el tema. Es hora de llamar a las cosas por su nombre y mirar hacia atrás sin miedo. Me tengo que quitar esta espina.

—Lo conocí cuando estaba terminando la universidad. Imagínate el panorama. Nunca había tenido novio. Era una chica ingenua y muy inexperta que siempre se había centrado en sus estudios. Y de repente me cruzo con ese hombre tan guapo, amable y que me trata como una reina. No me lo podía creer.

—Parece perfecto, ¿qué sucedió?

—Tú lo has dicho: parecía perfecto. Bruno era solo fachada. Me quería porque yo era un cerebritito que lo ayudaba con los estudios, sus trabajos de clase... ¡hasta fui tan tonta que le hice el trabajo de fin de carrera! Al poco de graduarme encontré empleo en una multinacional. Él empezó a insistir para que le hablara bien de él a mis jefes y que le concedieran una entrevista. Debería haberme negado, pero era muy persuasivo y logramme hacerme sentir culpable. Terminé enchufándolo en la empresa. Lo sé, fui una idiota. Me estaba utilizando y yo no me daba cuenta, o no lo quería ver. Lo peor de todo es que era un completo desastre y yo le cubría todos sus fallos para que los jefes no se dieran cuenta. Al cabo de un año me ofrecieron un ascenso. Creí que se alegraría por mí y que se sentiría orgulloso, pero en vez de eso, montó en cólera porque era un puesto de mando en París. Dijo que si lo aceptaba significaba que no lo amaba, que íbamos a separarnos, que yo nunca pensaba en él... y luego empezó con los chantajes emocionales. ¿Qué iba a hacer yo sin él? Me dijo: “Eres una mujer solitaria que me llamará lloriqueando en cuanto se dé cuenta que no es capaz de hacer amigos”. “No pintas nada en París sin mí”. “Si te vas me pierdes”, y comentarios por el estilo. Me sentí tan pequeña y tuve tanto miedo que rechacé el ascenso para estar con él.

—Joder...

—Eso no es lo peor —añado con ironía—. Lo mejor fue cuando a los cuatro días él aceptó el ascenso que yo había rechazado. ¡No me lo podía creer! Yo lo había ido subiendo de categoría sin que se lo mereciera. Cubrí sus errores, mentí por él, le hablé maravillas a mis jefes... y sin saberlo fui cavando mi propia tumba. Cuando lo enfrenté se burló de mí y me dijo que yo no estaba preparada para el mundo real. Que era aburrida, frígida e insoportable. Y que debía darle las gracias por abrirme los ojos. “Así dejarás de ser tan ilusa. Te toca espabilar”, fueron sus

últimas palabras antes de coger un vuelo hacia París.

—¿Cómo se puede ser tan miserable? Maldito cabrón... si lo tuviera delante, yo...

—Oh, tranquilo —le digo, con una inesperada calma—. El karma lo puso en su sitio. A los dos meses se dieron cuenta de que era un fantasma y un inútil y lo despidieron. Y lo mejor de todo fue que yo me pedí una excedencia y encontré este trabajo. Me pidió volver, por cierto. Me dijo que estaba muy arrepentido, que me quería, que se había dejado llevar por la envidia porque era mejor que él... y que le diera una oportunidad.

David se tensa y me mira horrorizado.

—¿Y qué le respondiste?

—Que se fuera a la mierda, obviamente.

—Poco le dijiste para lo que se merecía —responde, y está muy cabreado. Hasta que su expresión se suaviza y me coge las manos—. Lara, te prometo que todos los hombres no somos así.

—Eso es justo lo que diría Bruno...

—Pero yo no soy él —insiste desesperado—. Yo...

—Lo sé —lo callo con un beso que me sabe a gloria—. Solo te pido que no me rompas el corazón, ¿vale? Prométeme que siempre serás sincero conmigo y que las mentiras no se interpondrán entre nosotros.

—Lara —me mira a los ojos sin vacilar—. Te juro que mis sentimientos son sinceros y que me tienes absolutamente hechizado. Eres la mujer más increíble que he conocido y quiero ir despacio para que esto funcione.

—¿Esto? ¿Qué es esto?

—No lo sé. Ya sabes que soy padre y entendería que no quisieras salir con un hombre que tiene esa responsabilidad. Y tú eres mi jefa, lo que quizá complica la situación. Dejemos que el tiempo le ponga nombre a lo que sentimos.

—Me parece bien —respondo, ligeramente emocionada—. ¿Y qué hay de ti?

—¿Qué quieres saber?

—Háblame de tu hija.

Noto que David se siente incómodo cuando se lo pido. Me vienen a la mente las palabras de Lina, pero las aparto sin miramientos. Está siendo sincero. Quiero creer que lo es.

—Es una niña estupenda. Guapa, lista, cariñosa...

—No quieres hablarme de ella —le digo sin acusarlo.

—No es eso... es solo que... a ver cómo te lo explico porque lo último que quiero es herirte. Noelia es lo más preciado que tengo, y me gustaría que la conocieras llegado el momento. Si a ti te apetece, por supuesto. Pero hasta entonces prefiero ser precavido. No quiero introducir a alguien en su vida que luego puede desaparecer. Sería injusto. Pero si lo nuestro sigue adelante, y así espero que sea, te contaré su historia y te abriré por completo mi corazón. Quizá piensas que soy un loco sobreprotector.

—No, está bien. Lo entiendo —respondo, porque me parece lo más sensato—. ¿Te llevas bien con su madre?

No quiero inmiscuirme en una relación con viejas rencillas y una hija de por medio.

—Nos llevamos muy bien. Mejor que cuando estábamos juntos. Hace muchos años que nos separamos. Ella ha vuelto a casarse y tiene otro hijo. Podría decirse que somos amigos con una hija en común. Creo que le caerías bien.

—¿Y eso?

—Porque eres inteligente, tenaz y me gustas mucho.

Me muerdo el labio sin poder evitarlo.

—¿No me crees?

—Supongo que me miras con buenos ojos.

—Te miro con los únicos ojos que tengo.

Se abalanza sobre mí antes de que pueda hacer algo por remediarlo. De todos modos, tampoco quiero remediarlo. David es como un huracán que arrasa con los cimientos de mi anterior vida. Y a continuación, va construyendo un hogar acogedor sobre un paisaje bellísimo. Sus besos me calientan la piel mientras me va quitando la ropa.

—En el trabajo nadie puede saber lo nuestro... por ahora —le advierto jadeando.

No sé si me escucha, porque comienza a besarme los hombros.

—David, lo digo en serio. Estás a prueba. No quiero que piensen que estoy teniendo un trato de favor contigo.

—¿Lo vas a tener?

—¡No! —me tiembla la voz cuando me baja los pantalones.

—Me conformo con repetir lo que hicimos hace unas horas durante los próximos cincuenta años. ¿Eso podría considerarse un trato de favor?

—Mientras no lo hagamos en horario laboral... —me excito cuando me acaricia los muslos.

—Me va a costar un gran esfuerzo contenerme —me advierte, y va dándome besos húmedos en el interior del muslo—. Pero soy un hombre obediente que hará todo lo que le diga su jefa...

Se me escapa una risilla nerviosa cuando se acerca a la parte más sensible de mi anatomía. Y luego veo las estrellas. Literalmente.

30. Una gymkana y una advertencia

Hoy es el día de la actividad grupal. Han preparado una gymkana cuyo objetivo es que los empleados trabajen codo con codo para superar las diferentes pruebas. De esa manera trabajarán en equipo y reforzarán su afán de superación. Un rollo, para qué engañarnos. Pero lo cierto es que me sorprende lo motivados que están todos. Sobre todo cuando les explico que el equipo ganador tendrá de premio un día más de asuntos propios. Esto último fue una idea mía que la junta directiva aprobó. Se vuelven locos cuando les doy la buena noticia.

—Es hora de hacer los equipos —les explico algo nerviosa—. Un equipo irá conmigo y el otro con Paco.

No me hace ni pizca de gracia que él sea el capitán del otro equipo, pero es lo lógico teniendo en cuenta que es el segundo en el rango. De no haberlo elegido, habría conseguido que la situación se pusiera en mi contra.

—¿Lo hacemos por sorteo? —pregunta Paco, y añade con malicia—. Así nadie se enfadará si un equipo tiene más candidatos que otro.

Ya había pensado en esa posibilidad, pero me he dejado aconsejar por David. Tiene razón. Si dejo que los empleados elijan libremente, al menos podré comprobar quién está de mi parte. Me voy a llevar un chasco cuando casi todos se decanten por Paco, pero al menos podré tantear el terreno.

—No. Cada uno que elija a su capitán. Si hay una gran disparidad, lo echamos a suerte. No quiero condicionar a nadie.

Paco me mira sorprendido y luego se encoge de hombros. Es evidente que sabe que es más popular que yo. Los empleados se van poniendo detrás nuestra y compruebo con pesar que la cola de Paco va aumentando. Hasta que David se coloca junto a mí y le van siguiendo unos cuantos más. Abro los ojos de par en par cuando muchos de los que estaban detrás de Paco se cambian a mi bando. Guau, esto no me lo esperaba.

—Jorge, tío —le recrimina Paco cuando elige mi equipo.

—Quiero ganar, ¿qué pasa? —replica el aludido—. La jefa es tela de lista y yo voy con los ganadores.

Se me escapa una sonrisa de suficiencia cuando a Paco se le cambia la expresión. Al final los equipos quedan bastante igualados. Solo me gana por dos empleados.

—Estás en desventaja, ¿quieres que obligue a alguien a irse a tu equipo? —se mofa de mí, pero está claro que empieza a ponerse nervioso.

—En absoluto. Lo que importa es la calidad. Además, necesitarás cierta ventaja para enfrentarte a mí —lo provocho con chulería. Madre mía, no me reconozco.

Paco aprieta los puños. El mediador de la empresa que ha organizado la gymkana nos explica las reglas. Es una especie de trivial con preguntas separadas por categorías y un apartado de gimnasia. En el equipo contrario, Paco empieza a ladrar órdenes. Me vuelvo hacia mi equipo y me emociono porque todos me escuchan con una mezcla de entusiasmo y confianza. Creen en mí, ¿no es maravilloso?

—Lo haremos de la siguiente manera. Nos dividimos en cuatro filas para ciencia, matemáticas,

literatura y deportes. Los que crean que son buenos en una categoría que se pongan en una de las filas.

—Buena idea, jefa.

—Yo soy un máquina en el gimnasio.

—Creo que puedo ser útil en matemáticas.

—Me decanto por ciencia...

Dejo que cada uno de ellos se organice porque quiero que se sientan útiles y porque no soy un pitbull enfurecido a diferencia de Paco. Lo saludo desde el otro extremo cuando está a punto de empezar la gymkana.

—Se te ve un pelín nervioso.

—Los nervios son para los perdedores —responde con rabia.

—Pues eso.

El mediador inicia la gymkana. Existe la oportunidad de responder una pregunta por rebote cuando el otro equipo falla. Tengo confianza en mi equipo y dejo que sean ellos los que se ofrezcan a responder una categoría en concreto. Por mi parte, acierto todas las preguntas de rebote que falla el equipo contrario. La capital de Bielorrusia, la fórmula del volumen, quién escribió Don Juan Tenorio...

Aun así, quedamos empatados en la última ronda.

—Tenéis que elegir a un candidato para la última prueba. Quien gane le dará la victoria a su equipo. Hay que ir corriendo hacia el palo con la campanilla. El primero que haga sonar la campana podrá responder a la pregunta. Si acierta, gana. Si falla, el otro tendrá la opción de rebote. ¿A quién elegís?

Es ahora o nunca. Es mi oportunidad de ganar a Paco y demostrarles a todos que soy mejor que él. Doy un paso al frente.

—Lo justo sería que esa responsabilidad la asumiéramos los capitanes —digo en voz alta, y miro a Paco de manera retadora.

—Venga ya. Competir con una mujer me parece sacar ventaja de la situación —responde de manera burlona.

Noto por las caras de los demás que a casi nadie le hace gracia su respuesta machista. Normal.

—¿Tanto miedo te da que te gane una mujer?

—¡Eso!

—¡La jefa te va a dar una paliza! —le dicen desde mi equipo.

Y desde el suyo lo alientan a competir conmigo. Paco aprieta los dientes y da un paso al frente.

—Te voy a bajar esos humos —me advierte.

David se acerca a mí y me habla al oído.

—¿Estás segura?

—Totalmente. ¿O crees que puede conmigo?

—Para nada. Pero es un tramposo, ten cuidado con él.

Me vuelvo hacia mi equipo con el gesto repleto de determinación. Voy a ganar por ellos. Han confiado en mí y eso es lo único que me importa.

—Voy a ganar —les prometo—. Habéis confiado en mí, y no sabéis lo mucho que eso significa para mí. Os aseguro que ese día extra de asuntos propios es vuestro.

—¡Vamos jefa!

—¡Tú puedes!

Agradezco los ánimos y me froto las manos. Soy rápida, puedo hacerlo. Me preparo para dar

un sprint y respiro profundamente. Puedo hacerlo. Soy mejor que él. Voy a conseguirlo.

—Tres, dos, uno... ¡Ya!

Los dos salimos disparados. Corro con los brazos pegados a los costados para acelerar el ritmo y lo adelanto tres centímetros. Paco resuella a mi lado como un búfalo. Observo la campana. Tres metros. Alargo el brazo y me tiro con el pecho hacia adelante. Una mano me agarra de la coleta y tira de mí. Suelto un alarido y pierdo el equilibrio. Paco aprovecha el momento para adelantarme y empujarme con el hombro. Toca la campana y suelta un grito de júbilo. No me da tiempo a protestar. Desde mi equipo comienzan a reprocharle su manera de actuar.

—¡Has hecho trampa!

—Tío, ¿a ti que te pasa?

—¡Eso es falta!

Paco pone las manos en alto y comienza a reírse.

—No sé de qué me habláis. Haría cualquier cosa para darle la victoria a mi equipo. Esa es la diferencia entre una mujer y un hombre que los tiene bien puestos.

David va a intervenir, pero le hago un gesto con las manos para que no lo haga. Soy consciente de que la actitud de Paco juega en su contra. El pobre es tan bravucón que no se da cuenta de ello, pero la mayoría de los presentes lo miran asqueados por lo que han presenciado.

—Hazle la pregunta —le pido al mediador.

—Pero...

—Por favor, que no se diga que no le doy la oportunidad de ganar o que tengo mal perder. Si para él es tan importante ganar, aunque sea a cualquier precio, que así sea.

Paco resopla y se cruza de brazos. El mediador no parece satisfecho con la situación, pero le formula la pregunta.

—La palabra París comienza con “P” y termina con “T”, ¿cierto o falso?

—Puf... —Paco se empieza a reír de manera jactanciosa—. ¡Falso! París empieza por P y termina en S. Menuda pregunta más...

—¡Incorrecto! —exclama el mediador—. Rebote para el equipo contrario.

Paco da un respingo.

—Pero... ¿qué?

—Cierto. La palabra París comienza por “P”, y la palabra Termina por “T”

—¡Respuesta correcta! Gana el equipo de Lara, ¡enhorabuena!

Mi equipo estalla en gritos de júbilo y corean mi nombre. Paco se revuelve hacia el mediador con el rostro encendido por la cólera.

—¡Esa pregunta es trampa!

—Ajá —le doy la razón—. Una pregunta capciosa para un perfecto tramposo como tú. Pero había que utilizar la lógica para responderla. Cualidad de la que tú careces, por cierto.

—¡Ella sabía la respuesta! —le dice a su equipo—. ¡Tiene comprado al mediador! ¡No es justo! ¿No os dais cuenta de cómo es? No nos permite ganar porque está en el otro bando.

Lejos de ponerse de su parte, su equipo lo mira con recelo y la mayoría sacude la cabeza.

—Tío, el único que ha hecho trampas has sido tú. Lo hemos visto todos —le recrimina Jorge.

—Tú qué vas a decir. Estás en su equipo.

—Yo estoy en tu equipo y opino lo mismo —le dice Pablo—. ¿Por qué no lo dejas ya? Tienes mal perder.

Tengo que contenerme para que la cara de satisfacción no se me note demasiado. Tan importante es saber perder como saber ganar.

—Os prometo que hablaré con la junta directiva para que ambos equipos gocemos de un día más de asuntos propios. Todos hemos dado lo mejor de nosotros y me parece lo justo. ¡No prometo nada! Pero lo intentaré, eso sí.

—¡Tres hurras por la jefa! —exclama alguien.

—¡Lara, Lara, Lara!

Me pongo colorada por los halagos. Algunos se acercan para felicitar me y otros se lamentan de no haber elegido mi equipo. Le resto importancia y les digo que lo importante es que hemos compartido un buen rato. Me siento valorada e integrada. Por primera vez siento que soy parte de ellos y que no me hacen el vacío. Estoy tan entusiasmada que ni siquiera me doy cuenta de que Paco me alcanza en el pasillo y me acorrala contra la pared cuando nadie nos ve.

—Qué numerito te has montado. Buena jugada, pero a mí no me engañas.

—Apártate de mí —le ordeno muy tranquila.

—¿O qué vas a hacer? No te veo tan subidita cuando no hay público.

—Tienes razón. Ahora que no hay nadie puedo hacer esto.

Lo pillo desprevenido cuando le retuerzo el brazo por detrás de la espalda y lo empujo de cara contra la pared. Por fin puedo poner en práctica lo que aprendí en mis clases de autodefensa. Paco aúlla como un animal herido y aumento la presión.

—Que sea la primera y la última vez que me acorralas. No me das miedo, Paco.

Lo empujo contra la pared y lo suelto. Él se vuelve hacia mí con el rostro contraído por la rabia y la humillación. Se acaricia el brazo y me dedica una mirada cargada de desprecio. Es una mirada muy peligrosa que no me intimida.

—Debería darte miedo.

—Me das pena y asco.

—Ahora te crees muy lista. Esto solo ha sido una victoria momentánea, ¿te crees que los tienes de tu parte? Ni por asomo. Yo soy de los suyos.

—Tú no eres de los suyos. Solo miras por tu bien y ya se están dando cuenta.

—Te vas a arrepentir de esto.

—El único que se va a arrepentir de ser un tramposo, faltarme el respeto y comprometer la salud de un empleado eres tú.

—¿Qué pensarían los de arriba si se enteran de que has contratado a alguien porque te lo estás tirando? Eres peor que una perra en celo.

La pregunta me pilla fuera de juego. A sus labios asoma una mueca de sorna. Me tiembla todo el cuerpo por culpa de la impotencia. Cuando contraté a David no teníamos nada. Y si supera el periodo de prueba será por méritos propios, no porque se esté acostando conmigo.

—Ten mucho cuidado con lo que dices —le advierto entre dientes.

—La que debe tener mucho cuidado eres tú.

Me aparta con el hombro y me quedo hecha un flan. No puedo permitir que se salga con la suya. ¿Qué pensaría todo el mundo si se enteran de lo mío con David? Nada bueno, eso seguro. Creerán que lo estoy favoreciendo y que soy poco profesional. Y la junta directiva podría exigirme una explicación. Esto no es justo. Ni para David ni para mí. Lo último que quiero es perjudicarlo por nuestra relación. Dentro de dos días superará el periodo de prueba, pero podrían echarlo si nuestra relación se hace pública. Maldigo para mis adentros y apoyo la espalda en la pared.

Por más que me estrujo el cerebro, solo encuentro una solución ventajosa para los dos. No me gusta lo más mínimo, pero es lo que hay. Tengo que alejarme de David o de lo contrario ambos saldremos muy malparados. Al menos tengo que marcar distancia hasta que consiga solucionar el

tema de Paco. No me queda otra. Joder... para una vez que encuentro a un hombre que valga la pena...

31. No me queda otra opción

Me odio por lo que estoy a punto de hacer, pero empiezo a conocer a David y sé que él no sería capaz de fingir. Ya me advirtió que le iba a costar mantener las manos lejos de mí, así que seré yo la que tenga que poner tierra de por medio. Al menos por el momento. Espero que logre entenderme...

Me subo al autobús y corro a sentarme junto a la primera persona que encuentro. Jorge se queda sorprendido cuando tomo asiento a su lado.

—Hola, ¿te importa que me siento contigo?

—Para nada, jefa.

—Llámame Lara, por favor.

—Lo de Paco ha estado fuera de lugar —me dice en voz baja, y mira a su alrededor para hacerme otra confidencia—. No estás sola. Aquí hay muchos que lo tenemos calado. Cuenta conmigo para lo que sea.

—No sabes cuánto me alegro de oír eso.

—Lamento haberte juzgado mal. Pareces una buena tía. Te tenía por una estirada. Lo siento.

—No pasa nada. Yo tampoco os conocía a la mayoría —le resto importancia.

Descubro a David buscándome con la mirada cuando sube al autobús. Parece contrariado cuando me ve sentada junto a Jorge. Ignoro su gesto inquisitivo y sigo hablando con Jorge. Al cabo de unos minutos me llega un mensaje.

David: ¿me estás evitando?

Yo: luego te lo explico.

David: no lo entiendo. ¿Estás enfadada conmigo?

Yo: no.

David: ¿entonces?

Yo: será mejor que nos mantengamos alejados durante un tiempo. Ya te lo explicaré.

David: sí que me lo tienes que explicar, porque no entiendo nada.

Cierro WhatsApp porque no quiero que Jorge descubra mi relación con David. Me centro en charlar con los empleados que tengo más cerca e incluso participo de sus bromas. Hasta que hago contacto visual con Paco y descubro esa expresión sibilina que demuestra que está tramando algo. Intento tranquilizarme. No tiene pruebas. Solo quedan tres días para que David supere el periodo de prueba. Si me mantengo alejada de él mientras estemos en público no tengo nada que temer...

No me sorprende que David me llame cuando estoy llegando a casa. Lo estuve evitando cuando el autobús llegó a su destino. No quería darle motivos a Paco para que expandiera un rumor. Estoy abriendo la puerta de casa cuando le cojo el teléfono.

—¡Hola!

—Hola, ¿va todo bien?

—Sí, tranquilo. Me gustaría hablar contigo en privado.

—Vale, me acabas de dejar más preocupado de lo que estaba...

—No me pasa nada. Pero prefiero decírtelo en persona. Ya sabes que por teléfono las cosas se pueden malinterpretar.

—Estoy en tu casa en diez minutos.

Mi corazón se emociona ante la idea de volver a verlo. Lo sabía. Por eso necesito mantener las distancias en público con él. Se me nota demasiado.

—De acuerdo.

Estoy metiendo la llave en la cerradura cuando me suena otra vez el móvil. Ahora es Lina. Estoy tentada de no cogérselo. Sigo cabreada con ella no solo por lo que dijo de David, sino porque expuso sin ningún miramiento que me ve como a una tonta.

—¿Qué quieres?

—Ya sé que estás enfadada conmigo y no te llamaría de no ser importante. Es María.

—¿Qué le pasa? —me preocupo.

—Uf... —conozco a Lina lo suficiente para saber que ese *uf* significa algo muy grave—. A su ex lo trasladan a Múnich y quiere llevarse a la niña a vivir con él.

—¡Joder!

—Nos necesita. Está en mi casa llorando como una magdalena y yo no sé cómo animarla. Ya sabes que no soy buena consolando a la gente. Por favor, ¿puedes venir?

—Estoy allí en cinco minutos.

Le escribo un mensaje a David para cancelar nuestros planes. Él se ha convertido en alguien muy importante para mí, pero cuando una amiga te necesita, todo lo demás no importa.

Yo: lo siento. Me ha surgido algo muy importante y no podemos vernos.

David lee el mensaje y no responde. No tengo tiempo de pararme a pensar si se ha cabreado por mi plantón. Ahora la única que me importa es María.

32. Una amiga es un tesoro

María está hecha polvo y no sé qué decirle para animarla. Me pongo en su piel y comprendo su angustia. A su marido le ha salido trabajo en Múnich y quiere llevarse a la niña. Si lo consigue, María pasará de tener la custodia compartida a ver a su hija un fin de semana al mes. Es una madre abnegada y que se ha privado de muchas cosas para ver feliz a su hija. No se lo merece.

—Elsa tiene quince años y ahora puede elegir. Por mucho que tu ex luche por la custodia no está en sus manos —intenta tranquilizarla Cris.

—¡Eso es lo que me preocupa! —exclama, llorando a lágrima viva—. Antes estábamos muy unidas. Ella siempre ha sido mi mundo y le gustaba hacer cosas conmigo. Pero de repente se convirtió en una adolescente huraña y yo pasé a ser la madre coñazo. No sabéis lo difícil que es. Intento que estudie, que no dé malas contestaciones, ofrecerle unos valores... lo típico. Y su padre le resta importancia y le regala un móvil nuevo cuando suspense tres asignaturas. Yo soy la que la obliga a hacer los deberes o le pide que no llegue tarde a casa. Su padre es el que le compra todo lo que ella le pide. Yo soy la mala, ¿con quién creéis que va a decidir irse a vivir?

—Los adolescentes son egoístas, pero tampoco son tontos. ¿Por qué iba a querer irse a Múnich? Allí no tiene amigos y tampoco habla el idioma. No querrá marcharse de su instituto. Ahora su pandilla es el lugar donde se siente segura —intervengo, porque a su edad no me habría hecho ni pizca de gracia mudarme a un país extranjero.

—La pareja de su padre tiene una hija de su misma edad. Son las mejores amigas. Se lo cuentan todo, van a todas las fiestas juntas... vamos, que son uña y carne. Ella le ha pedido que se vaya a vivir con ellos, y claro, mi hija está en la edad de tirarse por un puente si un amigo se lo pide.

Puf... acabo de quedarme sin argumentos.

—Eres una buena madre. Pase lo que pase, debes tener la conciencia muy tranquila —la anima Lola.

—Gracias, pero Elsa es mi mundo y si se va no me queda nada...

—¡Anda ya! —Lina da un golpe sobre la mesa. Hasta ahora no había intervenido. Miedo me da lo que puede decir. Es la mujer con menos tacto del planeta—. Tú vida no se acaba porque tu hija se vaya a vivir con su padre. ¿Sabes qué? Deberías aprender a ser más egoísta. Llevas quince años mirando absolutamente por ella, y viviendo por y para ella. Y ahora te lo agradece de esta manera. Aprovecha la situación para volver a hacer cosas que te gusten y regalarte tiempo para ti misma. ¿Cuándo fue la última vez que te fuiste de compras? Y no me refiero a comprarle a Elsa todo lo que se le antoja. ¿La última vez que tuviste una cita? ¿La última vez que saliste de marcha? ¿Eh? Si Elsa quiere irse a vivir con su padre, no se lo impidas. Tarde o temprano volverá y se dará cuenta de lo injusta que ha sido contigo.

María la mira alucinada. Se limpia las lágrimas con un pañuelo y se levanta hecha una furia.

—¡Dios! Cómo se nota que no tienes hijos. Me da igual que mi hija me trate fatal, ¡eso ya lo sé! El amor hacia un hijo es incondicional. No necesito que sea perfecta para quererla con toda mi alma. Y me importa una puñetera mierda no salir de fiesta si tengo a la persona más importante de mi vida a mi lado.

María sale a la terraza y Lina resopla. Cris le dedica una mirada censuradora y va detrás de María.

—No te podías estar calladita —la acusa Lola, y va con ellas.

Lina se vuelve hacia mí con actitud beligerante.

—¿Tú no vas a decir nada?

—¿Para qué? Te entraría por un oído y te saldría por el otro. Tienes una manera muy radical de ver las cosas.

—Digo lo que hay. No me limito a decirle lo que quiere oír para tranquilizarla.

—A veces es lo que necesitamos.

—No soy de esas. Las amigas son sinceras.

—No tienes la verdad absoluta sobre todas las cosas. A veces te equivocas, como todos.

—¿En serio vas a tratar de convencerme sobre la mierda de vida que lleva María? Está constantemente deprimida y todavía no ha pasado página después de su ruptura. Su hija es su obsesión, ¿y qué hay de ella? ¿No tiene derecho a ser feliz? —pone el grito en el cielo.

—Sé que te enfadas porque la quieres de verdad —me pongo en su piel—. Pero las personas tenemos prioridades diferentes. Y eso no significa que sean mejores ni peores que los demás. ¿Y si ella creyera que eres profundamente infeliz por ser una loba solitaria?

Lina se tensa por la pregunta.

—No soy infeliz —responde a la defensiva—. Me encanta mi vida.

—Me alegro por ello. Pero María tiene otra forma diferente de ver las cosas y tienes que respetarla. La sinceridad sobra cuando hace daño.

—Si tú lo dices...

—Me dolió lo que me dijiste el otro día —le recrimino, porque no me apetece guardármelo para mí—. No solo fue lo que dijiste de David, sino lo que dijiste de mí. ¿De verdad me ves como una boba capaz de favorecer profesionalmente a un hombre que no se lo merece?

Lina suspira y agacha la cabeza.

—No —musita de mala gana—. La verdad es que me pasé tres pueblos. Estaba enfadada y me dejé llevar por la ira. Me pone de mala leche que puedan hacerte daño. Lo siento.

—Sé que me quieres —le digo comprensiva—. Pero eso no te da carta blanca para ser una capulla.

—¡Vale, lo pillo! —exclama irritada—. Te gusta mucho ese tal David, eh.

—Uf... muchísimo.

—Espero de corazón que no te equivoques con él.

—¿Sigues pensando lo mismo?

—Yo desconfío de todo lo que tenga pene. Pero chica, si tú te fías de él...

—Me fío de él. Su forma de mirarme, de buscarme y de sonreírme... creo que le gusto de verdad. Pero no voy a negar que tengo ciertas dudas. Lo de Bruno me dejó muy tocada.

—Bruno era tan gilipollas que dudo que David pueda competir con él en ese aspecto.

—Ala, ¡muchas gracias!

Lina se ríe.

—Mira... si te gusta... no te lo pienses más. Y si resulta ser un mentiroso, me avisas para darle una paliza y pincharle las ruedas del coche.

Me da un abrazo que me sabe a gloria. Las amigas son un tesoro.

33. ¿Y a este qué le pasa?

Salgo bastante hecha polvo cuando me voy de casa de Lina. No hemos logrado animar a María y me voy sufriendo por mi amiga. Me gustaría decirle que todo se va a arreglar o tranquilizarla de algún modo, pero soy incapaz de engañarla. Ahora me encantaría estar con David y que él me hiciese olvidarme de todo con alguno de sus chistes. Ni siquiera me lo pienso cuando llego a mi casa. Me apetece oír su voz.

Lo llamo por teléfono y no responde. Frunzo el ceño. ¿Lo habrá hecho a propósito? Vuelvo a llamarlo y obtengo el mismo resultado. Qué raro. Le dejo un mensaje de texto porque tengo muchas ganas de hablar con él.

Yo: ¿me puedes llamar?

Me preparo un baño de agua caliente con mucha espuma. Espero que me conteste y me impaciento cuando no lo hace. ¿De qué va? Quizá se ha cabreado porque le he dado plantón y ahora se está vengando. Menuda actitud más infantil. Le concedo el beneficio de la duda y me meto en la bañera. Soy peor que Lina. A la mínima ya estoy desconfiando de él.

Alargo el brazo cuando recibo un mensaje. Lo leo emocionada. Luego mi emoción se convierte en decepción.

David: no puedo. Me pillas en mal momento.

Arrugo la frente. ¿En mal momento? Ya, claro. Estará resentido porque lo he dejado tirado y es su forma de devolvérmela. Meto la cabeza dentro del agua y trato de serenarme. Uy, este no me conoce. No tiene ni idea de lo orgullosa que soy...

34. Un malentendido

Estoy tan atareada con el trabajo que no tengo tiempo ni de pensar en David. Es evidente que tenemos una conversación pendiente, porque su actitud de anoche me dejó a cuadros. Lo que sí me sorprende es que llamen a la puerta de mi despacho a la hora del almuerzo. Lo normal es que me quede sola en la empresa y almuerce algo insípido que me caliento en el microondas.

—Hola, jefa. ¿Puedo pasar? —pregunta Jorge.

—Claro, ¿qué necesitas?

—Me preguntaba si te quieres venir a almorzar con nosotros.

Estoy tan asombrada que no logro disimularlo. Me recompongo al cabo de unos segundos y le ofrezco una sonrisa de circunstancia.

—Gracias, Jorge. Pero no hace falta que me invites por compromiso. Entiendo que soy vuestra jefa y que puedo cortaros el rollo.

—Todos estaban de acuerdo en que viniera a pedírtelo. Bueno, casi todos. Hay alguno que otro que todavía... ya sabes...

Paco. No hace falta que lo mencione. Sé a qué se refiere.

—¿En serio? —me levanto entusiasmada—. Es decir, me encantaría unirme a vosotros si no os importa.

—A algunos les imponía venir a pedírtelo. A mí no me das tanto miedo. Pareces maja.

—¿Les impongo? —pregunto con incredulidad, y recojo mi bolso.

—A ver... no quiero que te lo tomes a mal, pero muchos te tienen bastante respeto. No solo porque seas nuestra jefa. Tienes pinta de ser tela de seria y exigente.

—Vaya... —respondo contrariada—. Yo pensaba que os caía simplemente mal. Nunca he tenido la impresión de que aquí se me respetase demasiado, sino todo lo contrario. A veces escuchaba bromas o comentarios a mi espalda.

—Entre tú y yo —me dice bajando la voz—. Era Paco el que hacía los comentarios y los demás los que le reíamos las gracias. La mayoría por compromiso. Es nuestro representante sindical y nuestro superior. A mí nunca me cayó bien, y a la mayoría ya no los engaña.

—Voy a necesitar ayuda, Jorge.

—Cuenta conmigo. No es justo lo que ha hecho contigo. Nos tenía comido el coco. Decía que en las reuniones con los superiores tú abogabas por asumir recortes que recayeran sobre nosotros. Bajadas de sueldos, reducción de días de vacaciones, aumento de la jornada... pero yo no me lo trago. No después de conocerte mejor.

—¿Qué?

Me quedo a cuadros. Sabía que Paco era lo peor, pero no me esperaba ese golpe tan bajo.

—Lo que oyes. Y claro... uno que se desloma para ganar un sueldo decente... pues te veía y te cogía manía. Él era de los nuestros y tú...

—De los otros.

—Exacto. Pero me equivocaba, y te pido perdón por haberte juzgado mal.

—Yo también os juzgaba mal. Creí que no me respetabais, entre otras cosas, porque soy mujer.

—A mí me da igual quien mande. Mientras mire por nosotros y se lo merezca no me importa si

es hombre o mujer. Y tú has demostrado que te lo mereces. Lo que hizo el día de la gymkana no tiene justificación.

—No sabes lo que me alegro de escucharte.

—Estoy de tu parte —me guiña un ojo—. Y como yo, muchos más. Cuenta conmigo para lo que necesites.

Me siento tan respaldada que decido confiar en él y contarle mi plan. Voy a necesitar muchos aliados y Jorge parece un buen tipo.

David y yo nos evitamos durante el almuerzo. Por primera vez me siento parte de la cuadrilla y participo de sus bromas. Paco no deja de tener mala cara durante toda la comida. Incluso ha tenido la osadía de preguntar en voz alta: *¿y a esta quién la ha invitado?* Jorge le ha respondido sin vacilar que ha sido él. Y para mi deleite, se le han sumado otros que lo han apoyado. Estaría disfrutando por completo de la situación si no fuera por las miradas de reojo de David. No entiendo por qué actúa como si la culpa fuera mía.

Quiero invitarlos al almuerzo, pero no me lo permiten y al final la que acaba siendo invitada soy yo. Agradezco el gesto y voy al servicio. Alguien entra y cierra el pestillo.

—Mira Paco, si crees que vas a volver a amedrentarme...

—Lara.

La voz de David me recorre la espalda. Me vuelvo hacia él. Pero lejos de dedicarle una mirada sorprendida y excitada, me cruzo de brazos en actitud beligerante.

—¿Y a ti qué te pasa? —voy directa el grano.

—A mí nada. ¿Qué te pasa a ti?

—¿En serio? —pestaño alucinada—. ¡Llevas todo el día pasando de mí!

—Creí que era lo que querías.

—Ya sabes a qué me refiero. Tu actitud infantil de anoche no me hizo ni pizca de gracia. Te llamé porque necesitaba hablar con alguien y tú no me quisiste coger el teléfono.

—Espera... —se ríe sin dar crédito—. ¿Crees que eso fue lo que sucedió?

—No lo sé, dímelo tú.

—Pensé que ya me ibas conociendo. No soy un inmaduro que se venga de ti. No te pude coger el teléfono porque estaba en urgencias con mi hija.

—Vaya, ¿se encuentra bien?

—Sí, un simple esguince que parecía un tobillo roto. Nada grave.

Ahora me siento muy culpable. Pensé que me la estaba devolviendo y no le di el beneficio de la duda.

—Aunque un poco enfadado sí que estaba porque me dejases plantado. Esperaba una explicación, y cuando voy camino de tu casa me dices que no podemos vernos. Me quedé muy chafado, la verdad.

—Así que no soy la única malpensada... —lo acuso con suavidad—. Una de mis amigas tuvo un problema y tenía que ayudarla. Por eso te llamé. Necesitaba desahogarme con alguien y pensé que tú... no sé. A lo mejor no te apetecía escucharme, pero siempre consigues alegrarme.

—Podría pasarme toda la vida escuchándote, Lara.

Corta la distancia que nos separa y me acaricia la mejilla. Entrecierro los ojos y disfruto del contacto de sus dedos sobre mi piel. La delicadeza con la que me toca me abruma. Me siento

importante, querida y deseada. Ojalá esta sensación no se termine nunca.

—¿Qué querías decirme el otro día que no podía ser por teléfono?

—Ah, eso —tuerzo el gesto porque es un tema que me fastidia—. Paco sabe lo nuestro y me amenazó con hacerlo público. Por eso no me senté a tu lado en el autobús. Sé que sería capaz de cualquier cosa. Tú no viste cómo me miró... La rabia de sus ojos, el odio. Esa manera de amenazarme...

—Lo voy a matar —lo dice tan en serio que tengo que detenerlo cuando se vuelve hacia la puerta.

—No me da ningún miedo —le aseguro la mar de tranquila—. Tengo un plan. Pero hasta entonces, será mejor que mantengamos la distancia en público.

—¿Tan malo sería que te vieran conmigo?

—Estás en periodo de prueba. ¿Quieres que piensen que te he enchufado? No es justo. Te mereces el trabajo. No me gustaría que los de arriba te despidieran porque creyeran que no he sido objetiva. Solo intento protegerte.

David me empuja contra la pared y me besa con pasión. Me agarro a sus brazos y le devuelvo el beso como si me fuera la vida en ello. Su boca reclama la mía como si le perteneciera. Dios, me encanta cómo me besa.

—Es lo más bonito que alguien ha hecho por mí. Gracias —me mira a los ojos con una ternura que va directa a mi corazón. Está emocionado.

—También lo hago por mí —le resto importancia—. Creo que no sería bueno para los dos. Mantendremos la distancia. Al menos por ahora.

—Me va a costar.

—Lo sé.

Nos separamos cuando escuchamos un ruido. Me va a explotar el corazón. Esto no es bueno para mi salud.

—Quiero verte hoy —me exige.

—En mi casa a las nueve. Espera un rato después de que yo salga.

Abro la puerta y huyo a toda prisa cuando intenta volver a besarme. Uf... me vuelve loca. Absoluta y perdidamente loca.

35. Lo más inesperado y extraordinario

Abro la puerta de la cocina y una humareda negra invade toda la casa. Comienzo a toser y corro a abrir la ventana. Pero ¿qué diantres? En ese momento llaman al timbre. Estoy tan estresada que no doy pie con bola. Me quemó la mano cuando abro la puerta del horno y suelto un chillido de frustración. Es la primera y la última vez que intento impresionar a un hombre con mis nulas dotes culinarias. Debería haber seguido el consejo de Cris y encargarle la comida a su catering.

—¡Voy! —grito, cuando el timbre vuelve a sonar—. ¡Un momento!

Corro hacia la puerta y la abro sin mirar.

—Ho...

No me detengo a saludar a David. Tengo que arreglar este desastre. Abro los cajones de la cocina en busca de un paño. ¿Dónde los habré metido? Mi cocina es como un planeta sin descubrir que me causa pavor. Los únicos electrodomésticos que utilizo son el frigorífico y el microondas. Para que te hagas una idea.

—¡Uf! —David entra en la cocina haciendo aspavientos con la mano—. ¿Qué has hecho?

—¡No lo entiendo! —me quejo—. En la receta de internet parecía fácil. ¿Crees que tendrá arreglo?

—¿El qué?

Abro el último cajón y encuentro los paños de cocina. Voy directa al horno y una humareda negra está a punto de asfixiarme cuando saco la bandeja. La coloco sobre el poyete de la ventana y contemplo con amargura el bodrio negro que debería ser nuestra cena. David lo mira con los ojos abiertos como plato.

—¿Querías envenenarme?

Mi cara de desánimo es un poema.

—Era pollo al horno. No lo entiendo. Solo lleva veinte minutos, ¿qué he hecho mal?

David se acerca al horno y arruga la frente.

—Lo has puesto a doscientos noventa grados...

—¿Eso es mucho? —lo pregunto totalmente en serio.

—No tienes ni idea de cocinar.

—No.

—Y luego te metías conmigo porque mi madre me preparó filetes empanados... —me recuerda con tono burlón—. Podríamos haber pedido algo de cenar. ¿Para qué te has molestado?

—Quería impresionarte.

David me mira con una mezcla de sorpresa y ternura. Se acerca a mí, me acaricia los brazos y me besa. Se me pasa el malestar y siento ese cosquilleo en el estómago tan habitual cuando él me besa. Creo que nunca me acostumbraré del todo a esta sensación.

—Lara, ya me tienes impresionado. No tienes que hacer nada para llamar mi atención. Basta con que seas tú misma.

—Uhm... entonces no quemaré más comida.

Me percató de que lleva una botella de vino blanco en la mano.

—Me encanta el vino blanco, ¿cómo lo sabías?

—No lo sabía, pero he tenido un golpe de intuición.

Se acerca al frigorífico y mete la botella dentro. Luego ojea el interior y comienza a sacar ingredientes.

—Es un misterio que no te mueras de hambre.

—Pido a domicilio y sé preparar ensaladas y sopas de sobre, listillo.

—Ponte cómoda —dice, con las manos llenas de verduras cuando pasa por mi lado—. Hoy cocino yo.

—Eres mi invitado.

Me empuja en dirección a la puerta hasta sacarme de la cocina. Luego me guiña un ojo.

—Ya sabrás agradecermelo de alguna manera —dice de manera provocadora.

—¡Ey!

Cierra la puerta y me parto de risa. Me encanta su sentido del humor. Siempre creí que no encontraría a nadie que me hiciera reír por cualquier cosa. Pero David es... David. Ingenioso, divertido y encantador. Aprovecho para encender unas velas aromáticas y poner música. Luego me siento en el sofá y Félix acude a mi regazo. Estoy muy intrigada porque mi frigorífico no deja mucho espacio a la improvisación. Mi madre suele preocuparse por mi alimentación y me obliga a llevarme táperes cada vez que voy de visita.

Quince minutos después, David aparece con dos platos que huelen de maravilla. Observo impresionada sus dotes culinarias. Brócoli, zanahorias, pimientos, champiñones, tiras de pollo...

—Wok de pollo. Que aproveche.

Lo pruebo y me sorprende que sepa tan bien.

—¿Te gusta cocinar?

—Tengo una hija y no podía alimentarla a base de hamburguesas de McDonald y pizzas precocinadas —me explica con naturalidad—. Mi madre me enseñó a cocinar. Al principio se quejaba y decía que era un completo negado. Pero mira, al final aprendí. Te lo tengo que decir: tu casa es una pasada.

—Me enamoré de ella la primera vez que la vi. Pero luego me arrepentí de haberla comprado.

—¿Y eso?

—Es demasiado grande para mí. A nosotros nos sobra espacio, ¿verdad Félix?

El gato ronronea y se hace una bolita sobre las piernas de David.

—Le has gustado.

David lo acaricia detrás de las orejas.

—Que ahora te sobre espacio no quiere decir que siempre vaya a ser así. ¿No te apetecería formar una familia?

—Supongo —respondo con incomodidad—. Me había hecho a la idea de que me quedaría sola.

—Eres un pelín drástica para tener veintiocho años.

—Perdona, abuelo. Tú solo me sacas seis años.

—Por eso lo digo. ¿Cómo alguien tan brillante y atractiva puede tener miedo de quedarse sola?

Me muerdo el labio y mis mejillas se tiñen de rojo.

—Al principio pensaba que me decías lo que quería oír... —le confieso en un susurro.

—¿Y ahora no?

—Me voy haciendo a la idea de que te gusto de verdad.

—Menos mal.

—La verdad es que me encantan los niños. No me importaría conocer a tu hija. De hecho me muerdo de ganas —le confieso, y su expresión se vuelve indescifrable—. ¿Tan malo sería?

—No es eso.

—¿Entonces? —inquiero contrariada—. El día que faltaste al trabajo, ¿tenía algo que ver con ella?

—Sí. Es diabética y le tocaba una de sus revisiones rutinarias. Su madre me avisó de que le habían puesto una reunión a última hora y me preguntó si podía llevarla.

—Espero que todo fuese bien.

—Sí, tranquila. Al principio cuesta hacerse a la idea, pero ahora ya tenemos más experiencia y su enfermedad está muy controlada.

—No quiero que parezca que te estoy presionando para conocerla. Entiendo que quieras estar seguro de a dónde va lo nuestro antes de presentármela. Es lógico.

—Yo tengo muy claro hacia dónde va lo nuestro, Lara.

—Ah, ¿sí?

—Hacia donde tú quieras. Estoy completamente loco por ti. Si me dices que mañana se acaba, me partirías el corazón.

Me derrito como el chocolate a fuego lento. Me inclino hacia él para besarlo. Es un beso cálido y pausado que me deja con ganas de más. Consigo controlarme y lo miro a los ojos con un ligero desconcierto.

—Si tan claro lo tienes, ¿cuál es el problema?

—El problema es... —David se tensa y deja escapar el aire—. Reconozco que al principio no quería hablarte de ella porque Noelia es lo más importante de mi vida. Quizá te parezca muy sobreprotector, pero tengo mis razones. Noelia es una niña muy especial. Tremendamente cariñosa. Hace unos años su madre le presentó a su anterior pareja. Yo creo que se precipitó, porque al poco tiempo lo dejaron y mi hija se quedó chafada. Le había cogido mucho cariño al hombre y no entendía nada. Por eso no quería que pasara por lo mismo. Quería estar completamente seguro de que lo nuestro iba hacia alguna parte antes de dar un paso tan importante.

—Lo entiendo perfectamente —lo tranquilizo, porque está actuando con mucho sentido común—. Pero tienes que hacerte a la idea de que a lo mejor no le caigo bien. No soy una persona muy popular ni extrovertida.

—Imposible. Le vas a encantar.

—¿Por qué?

—Porque me haces muy feliz. Ya le he hablado de ti.

Soy incapaz de no ilusionarme. Y entonces decidió ir más allá. Es ahora o nunca.

—¿Puedo preguntarte algo?

Él asiente.

—¿Por qué abandonaste los estudios? ¿Qué hiciste durante ese tiempo? Cuando leí tu currículum me dejó muy intrigada. No he dejado de darle vueltas al tema desde entonces.

David se lo piensa antes de responder. Al final se encoge de hombros y claudica.

—Otra de las razones por las que todavía no te he presentado a Noelia es porque... bueno, ya no es una niña. Para mí siempre lo será, pero lo cierto es que acaba de cumplir dieciséis años.

Lo miro desconcertada.

—¿Qué? Espera... eso quiere decir que la tuviste con... dieciocho años.

Las piezas del puzzle encajan del todo. Lo miro boquiabierto. Esto sí que no me lo esperaba.

—Su madre se quedó embarazada cuando yo estaba terminando el bachillerato. No podía

permitir que sus padres o mi madre se hicieran cargo de nuestra hija, así que hice lo que tenía que hacer y aparqué mis estudios. Fuimos unos inconscientes y era nuestra responsabilidad. Busqué trabajo, formamos una familia y me tocó madurar antes de tiempo. Me prometí a mí mismo que ya tendría tiempo de retomar los estudios cuando tuviéramos una estabilidad y Noelia fuera más mayor. Cuando cumplió doce años yo ya llevaba varios años fijo en la misma empresa. Así que me presenté a las pruebas universitarias para mayores de veinticinco y me tocó estudiar por las tardes. No fue fácil, pero al final mereció la pena. Y mi hija, mi familia y mi ex me apoyaron un montón.

—Ay... Dios...

—Entiendo que no es lo que esperabas, y también entendería que te diese miedo la situación. Solo os lleváis doce años y ya sé que lidiar con una adolescente no es algo que entrase en tus planes. Supongo que por eso me resistía a hablarte más de ella. Me daba miedo que salieses huyendo.

—¿Qué?

—No quiero que te sientas obligada a estar conmigo, Lara.

Lo miro con incredulidad, y luego me empiezo a reír. Él me mira desconcertado y sin saber qué decir.

—Creí que habías abandonado los estudios porque te habías metido en algún lío. Madre mía, nunca imaginé que fuera porque tuviste una hija.

David no dice nada, y comprendo que teme mi reacción. Me lanzo a sus brazos y le lleno el rostro de besos. Es el hombre más bueno que he conocido en mi vida.

—Eres un gran hombre —le digo, entre beso y beso—. Estaría loca si renunciara a ti.

Él me mira como si le estuviera gastando una broma.

—¿Estás segura?

—Absolutamente —le prometo sin dudar—. Y estoy deseando conocer a tu hija.

David me estrecha entre sus brazos y me mira de una forma en la que sobran las palabras. Me coge como si no pesara nada y me lleva hasta el sofá.

—Lara... eres lo más inesperado y extraordinario que me ha pasado en mucho tiempo.

Lo miro embelesada cuando me va quitando la ropa. Antes solo lo sospechaba, pero ahora soy consciente de que me estoy enamorando de él. Perdidamente. Sin remedio. Lo que sentí por Bruno no tiene nada que ver con esto. David me quiere tal y como soy. Con él puedo ser yo misma sin miedo a defraudarlo.

Le quito la camiseta y le acaricio la espalda. Su cuerpo exuda un calor en el que me pierdo. Me besa los hombros, la garganta, el cuello... Hasta que mi pulso se acelera y le pido más. No hace falta que se lo diga en voz alta, porque él sabe lo que quiero. Nos frotamos por encima de la ropa y él me lame los pechos. Mis pezones se endurecen y sollozo de placer. Arqueo las caderas y le desabrocho los pantalones. Nos buscamos mutuamente. Su mano se introduce por dentro de mi ropa interior y se me escapa un gemido. Frota mi sexo. Lo masturbo y gruñe.

—Estás tan mojada...

Separo las piernas para que me penetre con un dedo. Cierro los ojos y separo los labios. Me encanta. La conexión que tenemos es brutal. Química de la buena. Como si supiera en cada momento lo que necesito y me lo diera sin contemplaciones. Él se quita los pantalones de una patada y yo hago lo mismo. Le doy un empujón para colocarme encima. No me reconozco, pero me gusta la persona en la que me convierto cuando estoy con él. Me siento a horcajadas y él me penetra. Apoyo la frente contra la suya y me acostumbro a su tamaño. Encajamos de una manera

perfecta y deliciosa.

—Estamos hechos el uno para el otro —me susurra al oído.

Echo la cabeza hacia atrás y él me besa el hueco de la garganta. Luego enreda la mano en mi pelo mientras lo cabalgo. Es una tortura deliciosa que acaba en un orgasmo devastador. Me dejo caer sobre él con el cuerpo tembloroso y sudado. Estoy absolutamente perdida.

36. Como una pareja

Los siguientes días se convierten en una vorágine de sexo, pasión y complicidad. David supera el periodo de prueba porque se lo merece. Cada día pasamos más tiempo juntos y nos cuesta ignorarnos en el trabajo. Mi autoestima está por las nubes. Su forma de mirarme hace que me quiera más a mí misma. No sé lo que somos y ninguno de los dos hace el amago de ponerle nombre. Lo único que sé es que nos comportamos como una pareja. Salimos a cenar, a pasear, al cine, nos quedamos abrazados en el sofá de mi casa, duerme conmigo cuando no le toca quedarse con su hija... Montamos en moto. Un día le enseñé mi Harley Davidson y él la acaricia como si fuera un verdadero tesoro.

—¿Me la dejas? —lo pregunta como un niño que quiere que compartan un juguete con él.

—Supongo que es lo justo. Tú me dejaste conducir la tuya.

A veces nos montamos en la moto sin un rumbo fijo. Es sorprendente la de cosas que tenemos en común. Lo juzgué por su apariencia, pero David es mucho más que un puñado de tatuajes y una sonrisa arrebatadora. Disfrutamos de los acertijos, de los programas de matemáticas y las carreras de motos. Es como si estuviéramos hechos el uno para el otro, él tenía razón.

Me agarro a su cintura cuando toma una curva. Reconozco a donde me lleva cuando toma la carretera del paseo marítimo. Sabe que soy una golosa sin remedio. Aparca delante de una heladería que descubrimos hace un par de fines de semana. Salimos con dos cucuruchos y nuestras manos entrelazadas.

—¿Qué somos? —le pregunto, armándome de valor.

Él se detiene para mirarme de esa forma tan misteriosa e inaccesible. Me pongo nerviosa.

—Lo somos todo.

Me emociono porque es justo lo que quería escuchar. David me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia él.

—Me estoy enamorando de ti —me confiesa, y me besa en la frente. No me da tiempo a asimilar sus palabras, porque vuelve a la carga—. ¿Te gustaría conocer a Noelia este domingo?

—¿Qué? —me pilla completamente desprevenida.

David me mira con una mezcla de emoción y temor.

—A lo mejor me he precipitado. No tienes que contestarme ahora. De hecho entendería si tú...

—Sí —lo interrumpo, recomponiéndome de la sorpresa—. Tenemos que pensar en una estrategia para el trabajo. Cada vez se nos nota más.

—Lo sé. No me culpes por no poder despegar las manos de ti.

—¡David! —le grito, cuando me coge el culo delante de una pareja de ancianos.

—Algún día podríamos llegar a ser como ellos.

—¿Viejos?

—No, tonta. Enamorados y con una complicidad fruto de un montón de años juntos.

—¿Te voy a tener que aguantar tanto tiempo? —le vacilo.

David me mancha la nariz de helado de vainilla.

—¡Te vas a enterar! —echo a correr detrás de él y los dos nos reímos como unos críos.

Voy a conocer a Noelia. Se está enamorando de mí. La vida es un camino de rosas en este

momento.

37. Un accidentado torneo de fútbol

El día del torneo de fútbol el personal está más contento de lo normal. David y yo nos miramos con complicidad y actuamos como si solo fuéramos una jefa y un empleado que se llevan bien. Nos cuesta mantener las apariencias, pero lo hacemos porque sabemos que es lo mejor para nosotros. Aunque empiezo a estar harta de tener que disimular cuando no estoy haciendo nada malo. Puedo hacer con mi vida privada lo que me dé la gana, ¿por qué debería dar explicaciones? Lo que más me preocupaba era que pudieran pensar que le estaba ofreciendo un trato de favor a David, pero ya ha superado el periodo de prueba y no tiene nada que demostrar. Y respecto a mí, tengo la conciencia muy tranquila. Soy una excelente profesional que cumple a rajatabla con sus obligaciones.

—Nos toca —me dice David.

Él se coloca como defensa y yo como delantera. Formamos un gran equipo. Pasamos la primera ronda sin ningún problema. He traído cerveza sin alcohol y refrescos porque estamos trabajando. Cada vez me siento más a gusto con los trabajadores. Me incluyen en sus bromas y me siento una más del equipo. Paco no me quita la vista de encima. Sé que la rabia lo carcome por dentro y eso lo hace más peligroso. Está tramando algo. No es normal que se mantenga alejado de todo el mundo y no me busque con sus constantes pullas.

En la penúltima ronda jugamos un ajustado partido contra Jorge y Pablo. Conseguimos ganar por los pelos y ellos se lo toman con deportividad.

—La jefa es buena en todo —dice Pablo.

—No te creas —le quito importancia.

David me pasa un brazo por los hombros y me pongo muy colorada. A veces se olvida de dónde estamos, aunque supongo que no puedo culparlo. Durante el resto del día pasamos todo el tiempo juntos y somos una pareja normal. De todos modos, nadie nos mira raro. Supongo que nos toman por un par de amigos que se llevan bien.

—Es muy humilde —le dice Pablo—. Tenemos suerte de tenerla como jefa. Es una crack.

—¡La mejor! —le da la razón Pablo, y brindan con cerveza sin alcohol.

—Sí, sí... lo que vosotros digáis. Podéis seguir haciéndole la pelota, pero no os va a subir el sueldo —interviene Paco.

—Aunque quisiera no estaría en mis manos —le respondo con sequedad.

—Parece que te toca competir conmigo —me dice, señalando la clasificación.

Me encojo de hombros para distender la tensión. Jamás entenderé por qué me tiene tanto odio.

—No te lo tomes como algo personal. Solo es una partida de fútbol.

Paco agarra los manillares como si le fuera la vida en ello. David me guiña un ojo y se coloca a mi lado. Comienza la partida y Paco lanza con tanta fuerza que no logro ver la bola. Marca un gol y grita como una bestia.

—No pasa nada —le digo a David.

—Ya no te crees tan buena, eh —me provoca Paco.

No respondo. David, por el contrario, es incapaz de quedarse callado.

—¿Por qué no la dejas en paz?

—¿Tú que eres? ¿Su escudero? —se mofa Paco.

Le hago un gesto a David para que lo deje estar. Paco es la clase de persona que te provoca hasta llevarte al límite. Entrar en su juego no merece la pena.

—¡Gol! —grito entusiasmada cuando consigo igualar el resultado.

Paco se enfurece y comienza a murmurar improperios. Su pareja intenta tranquilizarlo y se lleva la peor parte. La partida se vuelve muy ceñida y los demás nos observan. Me entusiasma que algunos me animen como si fueran de mi equipo. Paco se cabrea todavía más y le da una patada al fútbol. Solo queda una bola. Vamos empatados y gana el que marque.

—Tranquila —me dice David—. Solo es un juego.

Asiento con una sonrisa y hago lo que puedo. Paco lanza la bola hacia la portería y David logra bloquearla. Me la pasa, chuto y marco. Los empleados aplauden y David me da un abrazo. Paco comienza a gritar como un energúmeno. Al principio lo ignoro, pero entonces rodea el fútbol y se acerca a mí de manera amenazadora.

—¡Tú! —me señala con un dedo y la cara congestionada por la ira—. ¿Te crees que siempre puedes salirte con la tuya?

David se coloca a mi lado y le pone una mano en el pecho para que no se me acerque más.

—¿Tú de qué vas? Solo es una maldita partida de fútbol.

La cara de Paco se contrae en una mueca maliciosa. Nos mira de manera alternativa y pone cara de asco.

—¿Te gusta follarte a la jefa? —le grita, y todos se quedan callados de golpe.

—Cuidado con lo que dices —le advierte David.

—¿O qué? —Paco le da un empujón que apenas lo mueve—. ¡O qué! ¿Me vas a pegar? Eres su perrito faldero y tienes que seguir sus órdenes.

Jamás he visto tan furioso a David. Da un paso hacia Paco y tengo que ponerme en medio porque temo que la situación se descontrole. Me vuelvo hacia David y le suplico con la mirada que no haga nada. Él resopla y maldice en voz baja.

—¡Estáis liados! —grita Paco, hablándole a todos los empleados—. Los vi en la convivencia. Lo enchufó en la empresa y le ha pasado la mano para que supere el periodo de prueba. Hace lo que le da la gana. ¿Queréis a una jefa que tenga predilección por todo aquel que se folla?

—¡Basta ya! —David lo coge de la camisa, completamente fuera de sí—. ¿Por qué no te comportas como un hombre y la dejas en paz? Le tienes tanta envidia que harías lo que fuera con tal de quitarla de tu camino. ¿Y sabes qué? No le llegas ni a la suela de sus zapatos. Esta mujer tiene más inteligencia en el dedo meñique que tú en todo tu cerebro. Eres una basura de ser humano.

—David... —le pido, poniéndole una mano en el hombro.

David lo suelta con un gruñido.

—¿Lo veis? —Paco está satisfecho de haber conseguido lo que buscaba—. ¿Lo veis? No os miento. Están liados.

—Paco, para de una vez —le dice Jorge, con evidente malestar.

—Lara es buena persona. Yo no te creo —Pablo se pone de mi parte.

La mayoría asiente y se une a mi causa. Paco monta en cólera y comienza a despotricar. Respiro profundamente, me armo de valor y decido ser sincera.

—Paco tiene razón —les digo, y todos se quedan boquiabiertos—. David y yo estamos saliendo juntos. Todo empezó poco después de que él se incorporara a la empresa. Su contratación no tuvo ningún interés personal ni lo enchufé por encima de otros candidatos. Era la persona que

más se merecía una oportunidad.

—¡Tú qué vas a decir! ¡Mentirosa! —insiste Paco.

Lo ignoro y continuo con mi versión.

—Si os cuento esto es porque no siento la necesidad de esconderme ni de justificarme porque no he hecho nada malo. Mi relación con David forma parte de mi vida privada y espero que la respetéis. Durante estos dos años he tratado de ganarme vuestra confianza y vuestro respeto. Soy humana y he cometido errores, pero ante todo he demostrado ser una profesional imparcial de los pies a la cabeza. Si alguien piensa lo contrario, me gustaría que diera un paso al frente y lo dijera.

Nadie se mueve del sitio. Paco los observa incrédulo. Me he quedado la mar de tranquila.

—¡Zorra de mierda! ¡Esto va a llegar a lo más alto! ¿A cuántos más te has tirado para tenerlos de tu parte? —Paco pierde los papeles y se muestra tal cual es.

Jorge, Pablo y unos cuantos más le paran los pies.

—¿Por qué no te callas de una maldita vez? —le espeta Jorge—. No voy a permitir que le faltes el respeto.

—Ni yo.

—Yo tampoco.

Contemplo con una mezcla de orgullo e incredulidad que todos se ponen de mi parte. Paco se ve obligado a marcharse cuando unos cuantos le piden que se largue. Estoy tan mareada por lo que acaba de suceder que voy directa al baño para encontrarme conmigo misma. Ya está. Lo he hecho. Siento la presencia de David sin necesidad de girarme hacia él.

—Creí que íbamos a mantenerlo en secreto.

—Algo tan bonito no hay por qué esconderlo —le respondo con tranquilidad, y me vuelvo hacia él.

David me mira de una manera que me cautiva por completo. Sus ojos brillan cuando se acerca a mí. Coge mi mano y se la lleva a sus labios.

—Estoy orgulloso de ti —me dice emocionado—. Has hecho que me sienta el hombre más afortunado del mundo.

—No ha sido para tanto...

—Ha sido la leche. Y por fin se le han bajado los humos a ese idiota. Si vieras la cara que se le ha quedado cuando se lo han llevado a rastras...

Los dos nos reímos. No lo he visto, pero me lo puedo imaginar. David me acaricia la mejilla y me mira como si fuese la mujer más hermosa del mundo. Así me siento cuando estoy con él. Especial, valiosa, única.

—Te quiero, Lara.

Pestañeo confundida, como si no lo hubiera oído bien. David me acaricia la boca con la suya y mi respiración se acelera.

—Estoy completamente enamorado de ti.

—¿Estás seguro? —me tiembla la voz.

—No, estaba bromeando —pone los ojos en blanco y le doy un pellizco—. Por supuesto que estoy seguro. Y me gustaría que fueras mi pareja si tú sientes lo mismo. Aunque podemos ir despacio si te sientes más cómoda. Lo que tú quieras, Lara. Solo déjame estar contigo durante el resto de mi vida, por favor. Ya no sé vivir sin ti. Joder, ¿parezco muy desesperado?

—Un poquito —me río, antes de besarlo—. La respuesta es sí.

Su expresión de alivio me hace mucha gracia.

—Ya lo sabía —se hace el digno.

Nos reímos antes de sellar nuestra relación con un beso que me sabe a gloria.

38. Noelia

Los siguientes días los vivo como si estuviera en una nube. Después del numerito de Paco, conseguí que todos los empleados firmaran un escrito en el que se exponían sus malas prácticas. Además, no me costó encontrar testigos del accidente laboral que sufrió uno de los empleados por su culpa. La junta directiva no tiene otra opción. Me hubiera gustado que lo despidieran, pues es lo mínimo que se merece. Pero al final optan por reubicarlo en otra ciudad. Yo no quepo en mí de la alegría, y en la empresa hay un ambiente más sano desde que él no está. Jorge pasa a ser el nuevo jefe de mecánicos. Se lo merece porque es un buen hombre que lleva muchos años trabajando en la empresa.

Y respecto a Noelia... hoy es el día.

Estoy tan nerviosa que me he cambiado cuatro veces de ropa. Voy a conocer a la hija de David y quiero causarle buena impresión. Él me ha hablado tanto de ella que ya la siento como si fuera mi hijastra. Uf, la palabra se las trae. Por la diferencia de edad tal vez podría ser mi hermana pequeña... o una amiga.

¿Le caeré bien? Espero que sí. Pondré todo de mi parte para que vea que quiero a su padre y que no intento arrebatárselo. Sé que está en una edad complicada y solo espero que no me vea como a una intrusa. Cruzo los dedos cuando me bajo de la moto y caminamos hacia el portal.

—Mi piso no es tan bonito ni tan grande como tu casa.

—¡Me da igual!

—¿Estás nerviosa?

—Un poquito.

David me da un beso en la frente.

—No tienes por qué estarlo. Os vais a llevar bien.

Noelia nos abre la puerta antes de que su padre meta la llave en la cerradura. Es una joven de ojos azules y piel morena. Ha salido a David. Sus ojos me escrutan con una mezcla de curiosidad y recelo.

—¡Menos mal! —exclama satisfecha—. Pensé que no me la presentarías nunca. Tú debes de ser Lara.

—Encantada.

No sé si darle la mano o dos besos. Ella es más lanzada y me abraza con una fuerza inusual para su edad. Luego me coge del brazo y me arrastra hacia el interior de la vivienda.

—Tú y yo tenemos muchas cosas que contarnos —me dice con total familiaridad—. Mi padre no paraba de hablar de ti. Que si Lara esto, que si Lara lo otro. ¡Te pone por las nubes! Y yo estaba deseando conocerte porque me da que está demasiado enamorado y que no puedes ser tan perfecta. Tienes que ser muy especial, eh. ¡Es la primera vez que me presenta a una novia!

Me vuelvo hacia David pidiendo auxilio y él se ríe. Noelia acapara mi atención y comienza a acribillarme a preguntas. Se me escapa una sonrisa cuando coge mi casco y me pregunta entusiasmada que si yo también conduzco. Tiene los ojos de su padre. Me da que vamos a llevarnos bien.

El club de las solteras

El club de las solteras es una serie de historias autoconclusivas e independientes que tienen en común a tres mujeres: Lara, Lina, Cris, Lola y María. La primera historia publicada es la de Lara “Cuanto más lejos mejor, mi amor”. Y el próximo libro será el de María.

Mi intención era crear personajes reales. Mujeres fuertes, independientes y que se apoyan entre sí. Todas tenemos una amiga que toma malas decisiones y a la que prestamos nuestro consejo, ¿a que sí? O a veces, simplemente, esa amiga eres tú. ¡Ya está bien de creer que las mujeres somos nuestro peor enemigo! En este libro quería subrayar el valor de la amistad y la importancia de quererse a una misma. Espero de corazón que hayas disfrutado de la historia de Lara y que tengas muchas ganas de saber más sobre María.

Sobre mí

No soy muy amiga de las redes sociales (no tengo Twitter, Instagram, página de fb... en definitiva, ¡qué soy un bicho raro!), pero si te ha gustado este libro o quieres enviarme un mensaje, puedes escribirme al siguiente email: beccadevereuxautora@gmail.com ¡te responderé lo antes posible! Además, te avisaré de las próximas publicaciones.

Espero que esta historia te haya hecho pasar un rato muy agradable.

¡No olvides dejar tu opinión en Amazon! Gracias por leerme.

Y si te ha gustado este libro...

Tienes en Amazon la historia de Tessa: [Querido plan b](#)

La historia de Nati: [¿por qué no?](#)

La historia de Tana: [Sms: soltera muy selectiva](#)

La historia de Javi: [La pareja imperfecta](#)

La segunda parte de la historia de Tana: [Sms: sigo muy soltera](#)

La historia de Malena: [¡Este highlander no es para mí!](#)

¡Qué las disfrutes!